

Vida después de la muerte de Maria

Cómo sobrevivir a la muerte de un hijo



Montserrat Yuste
Eduard Mondéjar
Joan Carles Trallero



Vida después de la muerte de Maria

Montserrat Yuste

Eduard Mondéjar

Joan Carles Trallero



ISBN 978-84-940052-8-2 (electronic)

© Hipatia Press y autores 2019.

Este libro es una publicación de acceso abierto de Hipatia Press.

Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Sin Obra Derivada 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>), que permite libremente compartir -copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato- siempre que se reconozca la autoría y no se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Título Obra: Vida después de la muerte de Maria

Autores: Montserrat Yuste, Eduard Mondéjar, Joan Carles Trallero

Diseño portada: Beatriz Villarejo

ÍNDICE

Prólogo

Joan Carles Trallero 7

PARTE PRIMERA: LAS CONVERSACIONES

Introducción a la 1ª conversación 13

18 de Mayo de 2018 16

Introducción a la 2ª conversación 47

1 de Junio de 2018 50

Introducción a la 3ª conversación 79

22 de Junio de 2018 81

Introducción a la 4ª conversación 107

29 de Junio de 2018 109

Introducción a la 5ª conversación 127

10 de Julio de 2018 130

PARTE SEGUNDA: EL RELATO

Montserrat Yuste

Agradecimientos 154

Me presento 159

Empezamos por el final... 160

El principio de todo 162

Maria se hace mayor 175

El principio del final 194

Una luz se apaga 215

Oscuridad... 222

La travesía por el largo desierto 227

El aquí y el ahora 241

Las primeras luces 250

Dolça... 265

PRÓLOGO

Siguin com siguin (les morts), en el moment que succeeixen, ens esgarrapen l'ànima i fan que s'obri un profund abisme entre el passat i el present.¹

Maria Vilanova

Nunca olvidaré el día que los conocí. Cuando me los presentaron, lo que más me llamó la atención fue la luz que veía en los ojos y en la expresión de Montse, y la serenidad impregnada de tristeza, pero serenidad, en definitiva, de Edu.

¿Cómo era eso posible? ¿De dónde salía? Habían perdido a la pequeña Maria² hacía pocos meses, y ahora su simple presencia nos impactaba a todos.

Aquel día era domingo. El equipo de colaboradores de la Fundación estaba preparando un vídeo que sería proyectado durante el inminente concierto lírico que celebramos cada año en

¹ Sean como sean (las muertes), en el momento en que suceden, nos arañan el alma y hacen que se abra un profundo abismo entre el pasado y el presente.

² María en catalán.

primavera, para recaudar fondos destinados a nuestros proyectos. Diversos familiares de enfermos atendidos, o beneficiarios directos, estaban entregando generosamente su testimonio, para que pudiera entenderse mejor qué es lo que hacemos en la Fundación y la importancia que llega a tener nuestro apoyo para personas concretas y en situaciones determinadas y absolutamente reales.

Se respiraba un ambiente muy especial, el que se crea cuando se mezclan a partes iguales buena gente, buena voluntad y entrega incondicional, y cuando el sufrimiento con sus diferentes caras y etapas encuentra amorosa acogida. Montse y Edu, pese a que todo era aún muy reciente para ellos, quisieron participar y dar su particular y valioso testimonio.

En una sala recogida y discreta, personas humanas escuchaban, grababan y acompañaban a otras personas humanas con heridas en curso de cicatrizar o todavía muy vivas y dolorosas. En el trasiego de entrar y salir de quienes estaban presentes mientras Montse y Edu hablaban ante la cámara se intuían la emoción y el impacto. Manos que se frotaban los ojos húmedos, pañuelos que trataban de enjugar unas lágrimas que se resistían a ser retenidas, pero ella, Montse, manteniendo la sonrisa, y él, Edu, manteniendo la serenidad.

El fragmento de su breve entrevista se colocó en la parte final del vídeo que se montó con todo el material registrado. El día del concierto, durante la media parte, cuando el vídeo fue proyectado, el público enmudeció, para estallar a continuación en un emotivo aplauso cargado de significado. Y entre los asistentes que abarrotaban el salón de actos del Colegio de Médicos, allí estaban Montse y Edu, valientes, como siempre.

* * *

No mucho tiempo después, me hicieron saber que Montse había reunido sus vivencias y pensamientos por escrito, y que los dos se estaban planteando la forma de darlo a conocer. Les lancé la propuesta de estudiarlo juntos poniendo mi humilde y corta experiencia en eso de escribir a su servicio y al de su todavía embrionario proyecto. A los tres nos ilusionó la idea, pero las circunstancias, esas compañeras casi siempre sorprendentes y casi nunca previsibles, nos obligaron a aparcarse el proyecto durante una temporada.

Entrada la primavera del 2018, más de dos años después de que nos conociéramos, retomamos el contacto, y la ilusión rápidamente se reactivó de forma exponencial. Lo queríamos hacer, y lo íbamos a hacer.

En primer lugar, yo necesitaba leer lo que Montse había escrito. Cuando lo tuve entre las manos me di cuenta de que aquello no era una recopilación de notas desordenadas sobre lo que le había pasado por la cabeza y por el corazón durante aquella durísima experiencia de perder a una hija. Era un relato en mayúsculas y con todas las letras. Y me dispuse a leerlo, generando antes las condiciones de recogimiento que lo honraran adecuadamente, y dedicándole la atención y concentración que merecía.

Me cuesta encontrar palabras para describir esa primera lectura, como a Montse le debió costar encontrar palabras para describir sus sentimientos. Sobrecogedora, demoledora, emotiva hasta extremos que a través de la lectura raramente había experimentado, impactante, triste, muy triste, pero al mismo

tiempo esperanzadora, y después de leerlo más de una vez, transformadora.

Tuve la necesidad de dejar sedimentar las sensaciones y los sentimientos que el relato me había provocado. ¿Y ahora qué? Yo no podía de ningún modo atreverme a modificarlo. El relato de Montse era el relato de Montse, tenía valor por sí mismo y cualquier injerencia habría supuesto rebajarlo. Pero, tal vez sí que podíamos complementarlo, con la finalidad de facilitar el objetivo principal del propio relato, que no era otro que servir de ayuda a los lectores de diferentes formas, tal como se explica más adelante.

Entre mayo y julio de 2018 mantuvimos cinco conversaciones alrededor de la mesa del comedor de su hogar, el hogar de Montse y Edu, el que fue (y es) el hogar de Maria, el que es el hogar de Dolça. Conversaciones desde la confianza y la sinceridad, desde la ausencia de temor a la manifestación de sentimientos y emociones, sin miedo a revivir momentos muy dolorosos. Conversaciones que han constituido un ejercicio de valentía (la que siempre han mostrado), de generosidad y de honestidad. Conversaciones que a menudo han sido regadas con abundantes lágrimas, pero también animadas a veces con carcajadas. Conversaciones que ahora compartimos contigo, lector.

Este libro consta, por tanto, de dos partes. En la primera, reproducimos las mencionadas conversaciones, que permitirán adentrarse en el mundo de esta pequeña pero gran familia que nos abre las puertas de sus vivencias, de su dolor ante la pérdida de Maria, y de su felicidad, aunque pueda parecer contradictorio. En la segunda, el relato de Montse constituye una crónica en vivo de lo que sucedió y de cómo lo vivieron.

Lector, este libro se puede leer de diferentes maneras. El orden que hemos escogido es empezar por las conversaciones, y a continuación acometer el relato de Montse. Tal vez habrá quien preferirá hacerlo al revés. O incluso quien dejará la segunda parte para más adelante. Cada lector es soberano y libre de leerlo como desee.

Pero, lector, no estás ante un libro cualquiera. Si nos lo permites, nos atrevemos a recomendarte que escojas el momento, y el lugar, para leerlo, sin prisas, con la mente abierta, y con el corazón también abierto a lo que puedas sentir.

* * *

Por voluntad explícita de Montse y Edu, todos los derechos de este libro están cedidos a la Fundación Paliaclicnic, con la finalidad de contribuir al sostenimiento de sus proyectos de soporte en la enfermedad avanzada y al final de la vida.

Joan Carles Trallero

PARTE PRIMERA

LAS CONVERSACIONES

INTRODUCCIÓN A LA 1ª CONVERSACIÓN

Cuanto más tememos a la muerte, más tememos a la vida y, por tanto, menos vivimos.

Ken Wilber

Confieso que los admiro profundamente. De hecho, admiro a toda aquella persona que es capaz de trascender su sufrimiento y convertirlo en una palanca de transformación.

La vida sin sufrimiento no existe. Creer lo contrario supone aceptar una falacia como muchas otras de las que la sociedad del bienestar nos quiere convencer, porque no soporta hacerse a la idea de que la condición humana, en algún u otro momento, comporta eso, sufrimiento, y muerte.

No sabemos lo que nos espera, ni cuándo irrumpirá en nuestra vida el acontecimiento que tal vez lo cambiará todo para siempre. Y como esta incertidumbre nos aterra, preferimos la negación, y vivir como si eso no fuera a suceder nunca. Una cortina de humo para ocultar nuestro propio miedo. Este mismo miedo se apodera de muchas vidas, más pendientes de que nunca lleguen la adversidad, la enfermedad, o la muerte, que no de vivir la vida, que se supone que es para lo que estamos aquí.

Cuanto más tememos a la muerte (y al sufrimiento), más tememos a la vida, y lo que es peor, menos vivimos.

Entonces, si el sufrimiento y la muerte han de llegar un día, hagamos lo que hagamos para rehuirlos, ¿significa eso que estamos condenados al miedo, y al no vivir?

Pero ¿y si resulta que no es así? ¿Y si quien ha pasado por una de las peores experiencias vitales por las que se puede pasar nos muestra con su testimonio que no solo es posible sobrevivir a una pérdida espantosa, sino que es posible una transformación, desprenderse de buena parte de este miedo, y cambiar radicalmente la actitud frente a la vida?

Montse y Edu fueron golpeados, y bien fuerte, por el destino, o por lo que sea que está detrás de los acontecimientos que conforman el hilo conductor de la vida. Realizaron (y siguen realizando) un dolorosísimo aprendizaje, que desean compartir y dar a conocer con este libro para ayudar a quienes lo lean. Esfuerzo, coraje, tenacidad, generosidad, mucha valentía, y sobre todo mucho y mucho amor, han sido los ingredientes empleados para cocer a fuego muy lento su renacimiento, si es que se puede llamar así. Y nos lo quieren mostrar, exponiéndose con la misma generosidad con la que afrontaron la pérdida de Maria.

Que nadie se confunda. Montse y Edu no son dos iluminados, dos seres de otro planeta que sonríen beatíficamente cuando hablan de Maria. En absoluto. Son dos personas humanas y bien humanas que llevan el dolor dentro, que lloran (y mucho), y que tienen la tristeza tatuada en su piel para siempre. Pero el milagro es que al mismo tiempo son felices y viven la vida que ahora

tienen con menos miedo y con mucha más sabiduría. Y desprenden luz.

Montse y Edu iniciaron su andadura juntos hace unos veinte años.

Maria nació el 11 de junio de 2013, y murió el 20 de noviembre de 2015, con poco más de dos años de vida, cambiando para siempre la vida de sus padres.

El 3 de marzo de 2017 nació Dolça. El ciclo de la vida, el inescrutable ciclo de la vida y la muerte seguía adelante y se abría paso cargado, eso sí, de toneladas de amor incondicional.

18 DE MAYO DE 2018

SE PUEDE ESTAR TRISTE Y SER FELIZ AL MISMO TIEMPO

JC: Me gustaría que os presentarais...

M: Soy Montse, soy mujer, soy madre, soy amiga, soy optimista, soy alegre y soy una persona muy afortunada. Me siento muy querida, tengo un trabajo muy bonito, tengo una familia preciosa y en general pienso que la vida me sonríe y me ha sonre ido mucho.

E: Soy Edu, soy marido, soy padre, soy hombre, soy amigo e igualmente me siento afortunado, aunque parezca que no pueda ser. También me siento triste, pero la tristeza no me quita el sentimiento de gratitud y de sentirme especial. Todo lo que he vivido me ha dado la capacidad de poder apreciar lo que estoy viviendo ahora, y eso me hace sentir muy afortunado. Y pese a estar triste, también me siento alegre. Parece que son dos cosas contrapuestas, pero puedo dar fe de que ambos sentimientos pueden convivir y se puede estar triste y ser feliz al mismo tiempo.

M: Todos convivimos con el sufrimiento y la alegría, de lo que se trata es de qué lectura quieres hacer de la vida, si quieres ver lo negativo o quieres ver lo positivo. El sufrimiento está,

es real, y está siempre. Yo intento mantener una actitud positiva y alegre, pero necesito mis momentos, esos momentos de poder decir «vaya mierda» o «qué putada lo que me ha pasado», y llorar, en lugar de guardarlo en un cajón aparentando que no existe. Los necesito, cada vez son menos, y hay días en que ya no tengo ninguno, pero están, y no pasa nada. Ni los podemos negar, ni les podemos dar demasiada cancha.

JC: Encontrar el equilibrio...

M: Sí, necesitas tus momentos para enfadarte y mucho con la vida.

JC: ¿Estás enfadada con la vida?

M: Sí, hay momentos en que estoy enfadada, pero sobre todo muy triste. Pienso que Edu está más enfadado que yo.

E: Lo he estado antes, ahora ya no. Estaba enfadado no con nada en concreto, sino en general, me molestaba la gente, no quería ver a nadie. Ahora ya no lo estoy tanto, pero no soy el mismo, me siento herido, dañado, y emocionalmente mucho más susceptible que antes, pero en un ámbito superficial. A la hora de la verdad, si reflexiono, veo que lo que me molesta no es en absoluto importante, que lo importante son otras cosas que tenemos la suerte de tenerlas con nosotros. Viene un sentimiento de pena, pero automáticamente se convierte en sentimiento de acompañamiento. Un acompañamiento triste, porque siento que me acompaña Maria, pero allí donde no puedo estar físicamente, donde no la puedo tocar. Es la sensación de no estar nunca solo, ni yo ni Montse, porque

también siento que ella está igualmente acompañada por Maria. Aparte de Dolça, claro, que nos acompaña siempre allí donde vayamos.

JC: Siguiendo con las presentaciones, ¿quién es Maria?

M: Maria es *Manina*, ella siempre había querido que la llamáramos *Manina*, insistía mucho en ello, y cuando pienso en ella pienso en *Manina*.

E: Es un ángel, pero no como lo entendemos aquí. La siento como un punto de luz que está en el lugar más sagrado que hay en el universo. Y está jugando. Yo concibo el universo como una luz muy grande a la cual todos iremos a parar, y ella está dando vueltas en este universo, jugando y riendo, y pasándose bien, como siempre había hecho, ella siempre se reía y corría.

Y además de esto, Maria es también nuestra hija. Cuando me preguntan, «¿cuántos hijos tienes?» Yo siempre respondo que tengo dos niñas, Maria y Dolça, y espero que no me pregunten nada más, pero nunca acaba aquí la conversación, y entonces viene el disgusto... «Y ¿cuántos años tiene Maria?» «Pues ahora cumpliría cinco». Entonces ves cómo cambia la cara, y yo pienso «has preguntado tú, no es culpa mía, yo solo digo lo que es». Pero claro, como no se contempla el hecho de que los niños puedan morir, nunca nadie se lo espera.

JC: ¿Te molesta que te lo pregunten?

E: No, me sabe mal por ellos. Pero también es una manera de hacerla visible, porque la vida la ha invisibilizado, y es que

cuando uno se va parece que haya dejado de existir. O sea que al preguntarme la hacen visible a ella, y también hacemos visible toda la vida que nosotros estamos viviendo, y esto se ha de saber, porque es bueno.

M: Es que está muy presente, y no solo con nosotros, todos la tienen muy presente. En la guardería me la nombran muchísimo, Dolça les recuerda mucho a Maria, y a menudo me dicen: «en esto es igual que Maria, hace muchas cosas como Maria». Vemos mucho a Maria en Dolça, Maria está en ella también.

JC: ¿Cómo era Maria?

M: Era muy alegre, muy divertida, claro que eso lo fomentábamos nosotros, jugar era la dinámica vital que teníamos en casa.

Y, por otra parte, cuando pienso en Maria pienso que era una maestra. Cuando nació era una niña muy deseada y muy amada, nos volvimos un poco locos. A mí me desbocaba todos los sentimientos, la quería con mucha alegría, pero también con enfado, me enfadaba mucho con ella, siempre tuvo un carácter muy fuerte, sabía lo que quería desde que nació, tenía una personalidad muy marcada en todo. A veces tenía comportamientos que parecían de adulto, hacía cosas propias de alguien mayor. Incluso, como hablaba bastante, nos hacía reflexiones que me dejaban boquiabierta, «pues yo esto no lo había pensado, y ahora qué le digo...» Era como muy adulta, y en la etapa del hospital ya era *superadulta*, *supermayor*.

Ayer tuve un momento en que necesitaba reencontrarla, pues se acerca la fecha de su cumpleaños, que es una fecha que a mí me cuesta mucho, porque también fue cuando la dejamos marchar, y necesitaba sentirla, verla, y por la noche estuve un rato viendo algún vídeo y escuchando algún mensaje de voz de cuando estábamos en el hospital, y me vienen imágenes de cuán adulta estaba. Incluso la noche antes de morir, cuando ya estaba sufriendo el fallo multiorgánico, en conversaciones que tuvo por *WhatsApp* con mi madre se nota lo mayor que estaba y lo bien que lo llevó todo hasta el último momento, y esto me la reafirma aún más como la maestra, como la consciencia que vino aquí. Tenemos mucho la sensación de que ella siempre había tenido claro lo que quería, y lo decía todo el mundo, «esta niña sabe lo que quiere y sabe lo que hace y sabe a dónde va». A veces nos chocaba, la dejábamos hacer, pero también la teníamos que marcar, que educar, porque debido a este fuerte carácter era necesario ponerle unos límites.

- E: Yo tenía la sensación de que ella ya lo sabía todo, lo que le ibas a explicar ya lo sabía, pero hacía como que lo estaba aprendiendo. Ella marcaba el ritmo, iba sobrada de todo. Decidió cuándo debía dormir en su habitación y cuándo podía prescindir de los pañales. Lo hizo cuando quiso y en el momento que creyó oportuno. Fue una maestra estando aquí, y la lección nos la ha dado cuando se ha marchado, y nos la está dando continuamente.
- M: Está muy presente en todas partes, todos hablan de ella, tal vez a los familiares es a quienes más les cuesta..., seguramente porque la vivieron más de cerca.

- E: El hecho de que nosotros hablemos y nos expresemos sin hacer un drama sino con naturalidad, y de que estemos trabajando para mantenerla presente de una manera muy sana y recordándola de forma muy bonita, mueve a la gente a hacerlo también así. El primer día que Dolça fue a la guardería algunas educadoras apenas podían mirarla, y ahora hablan de Maria con toda naturalidad, y con alegría, la que sentían cuando Maria estaba allí con ellas. Y esto me hace sentir que las cosas avanzan, que puede parecer que no ocurre nada en relación con Maria, pero sí que ocurre.
- M: Incluso gente que he conocido en el trabajo la tiene presente y habla de ella. Hemos conseguido normalizar el proceso. Pero, como decía, con la familia está resultando más difícil. Hoy lo he intentado con mi padre, cuando me ha acompañado en coche a la escuela donde trabajo, recordando uno de los mensajes que había escuchado ayer noche. Maria aprendió ella sola a enviar *WhatsApp*, era una *crack*, y salía de ella espontáneamente. En uno de los últimos mensajes que envió a mi madre le decía: «yaya Neus, hoy no quiero tortilla..., yaya Neus, te quiero mucho». Y en el mensaje también dice: «avi³ Jordi, te quiero». Pues he estado a punto de decirle a mi padre que había vuelto a escuchar este mensaje, pero he pensado que sería mejor no decirle nada, porque automáticamente me vendría con aquello de que lo he de dejar atrás, que ahora tengo a Dolça, que no he de pensar en Maria. A él le hace mucho daño, mis padres la querían muchísimo. Y lo he dejado correr, he pensado que ya

³ Abuelo en catalán

encontraría otro momento. Sería una manera de naturalizarlo, pero no está preparado. Ahora solo tienen ojos para Dolça. Tengo ganas de dar este paso adelante con mis padres sin que sea algo negativo, pero ahora es demasiado complicado.

JC: Cada uno hace lo que buenamente puede, y tal vez se hace difícil visto desde fuera entender vuestra manera de afrontarlo.

E: Pero es que no hay otro modo.

M: Y sobre todo nos pasa con la familia. En general todos lo entienden.

E: Si no lo afrontas así, ¿cómo lo haces? La alternativa es no afrontarlo.

JC: Es lo que en cierto modo hace quien considera que hablar es retroceder.

M: A mí eso me duele, para mí eso sí que es una pérdida. Me duele mucho la negación de su existencia como vía para afrontar el dolor.

E: Lo que siempre tuvimos muy claro fue que Maria se merecía mucho más que esconderla bajo una piedra.

M: Sé que ella lo entiende, yo la siento bien, como que nos está ayudando a hacer lo que hemos de hacer de forma natural. Sé que también está con ellos, pero les deja actuar. Algún día lo conseguiremos, estoy segura. Un día la sentirán como la sentimos Edu y yo.

HAY VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE DE UN HIJO

JC: ¿Cómo resumirías el relato que has escrito en un par de frases?

M: El resumen es que hay vida después de la muerte de un hijo. Aunque parezca extraño y por difícil que sea, que lo es, se puede sobrevivir a la muerte de un hijo, de una manera muy positiva y muy transformadora.

JC: ¿Cómo ha sido para ti la experiencia de escribir este relato?

M: Ha sido muy duro, pero era muy necesario.

JC: Lo escribes no mucho tiempo después...

M: Lo hice en tiempo real, era mi forma de ordenar todo lo que me estaba pasando. Yo sentía que si no lo escribía era como un agujero negro que me arrastraba, que me destruía. Pensé que necesitaba plasmarlo en papel y ordenarlo, y que eso me ayudaría a no olvidar nada, todo aquel aprendizaje que me estaba dando la vida lo tenía que plasmar al momento para que no desapareciera y no cayera en el olvido. Lo hice en tiempo real porque si no la propia inercia de los días y de los acontecimientos me llevaría a olvidarlo o a transformarlo en algo diferente. Así evitaba que me engulleran la rabia, la pena, el caos y la muerte. Escribirlo era mi manera de caminar, ordenar, transformar, ayudar a los demás, y sobre todo no perderla, porque a medida que van pasando los días la vas perdiendo. Sí que recuerdo los olores, el tacto, la voz, pero todo se va diluyendo, y si tienes otro (hijo) todavía se diluye más.

JC: Lo que plasmabas en el papel, ¿lo contrastabas con Edu?

M: No.

JC: Tú (Edu) has visto el relato ya acabado...

E: No exactamente, me lo iba explicando. En el hospital se pasaba horas escribiendo, y contestando mensajes de la gente, así convertía en palabras lo que estaba sintiendo. En la etapa posterior sí que hubo fragmentos que compartimos. Me decía si lo quería leer, pero para mí era muy complicado, y todavía lo es.

M: Te costó mucho leerlo.

JC: (Edu) no has tenido la necesidad de poner por escrito lo que sentías...

E: Habría querido, pero siempre me ha frenado alguna cosa, llámale pereza, llámale que no era el momento. Mi sueño también refrenado era hacer algo paralelo, para que hubiese su visión y mi visión, supongo que influenciado por el libro de Ken Wilber y Treya⁴, pero no salió. Siempre le estaré agradecido a Montse por escribir este relato, describe aquellos días que mi cerebro me empuja a olvidar pero que mi sentimiento y amor hacia Maria sí que quieren recordar. Lo ha escrito muy bien y de forma muy clara y real, y así, cuando lo leo, me permite volver a tocar a Maria. El relato de

⁴ Wilber, K. (1995). Gracia y coraje en la vida y en la muerte de Treya Killam Wilber. Madrid: Gaia Ediciones.

Montse ha apaciguado la pérdida. Es un tesoro que tenemos, cuando la quiero tocar voy al relato, es una joya que nunca le podré pagar.

JC: Ciertamente, tu relato es como una crónica en vivo, y eso le da el valor de lo que acabas de explicar, al leerlo experimentas la sensación de que tienes la cámara allí puesta y vas viendo lo que pasa, todo, lo que es bueno y lo que no es bueno, todo está ahí.

El relato lo inicias con una frase de Ken Wilber, que dice: «Vaya donde vaya y vea lo que vea, en mi corazón y en mi alma permanecerás para siempre conmigo». ¿Expresa esto lo que sentís?

M: Sí, y tanto. Cuando amas profundamente a alguien te fusionas con él, y más aún con un hijo, que sale de tus entrañas. Y aunque se vaya físicamente, esta fusión queda intacta y lo sientes dentro de ti, fusionado con tu ser y tu alma.

JC: Tu relato, ¿es una historia de dolor? ¿Es una historia de amor? ¿Es una historia de ambas cosas?

M: Es una historia de amor, es una historia de dolor, de sufrimiento y de pena, y es una historia de optimismo. Es un cúmulo de todo ello, pero la finalidad ha sido siempre presentarlo en positivo.

JC: Y ¿cuál es para vosotros la motivación principal para hacer pública esta historia tan íntima?

M: Ayudar a saber convivir con el sufrimiento, con un hecho doloroso, y a transformar las dificultades en posibilidades. Es

una historia creadora y de concienciación. Siempre en positivo. Si yo supiera que puede hacer daño a alguien, ya no querría publicarla. Pero tengo muy claro que, aunque nos haga llorar, es en positivo. El otro día una muy buena amiga me confesaba que muchos días había tenido que acudir a terapia después de estar conmigo, porque se le hacía muy costoso, pero no me lo decía como una queja sino abiertamente en positivo. El aprendizaje no siempre es fácil, la vida no es fácil y aprender tampoco lo es. Mi mensaje sería que no hace falta que te pase a ti para que aprendas lo mismo que he aprendido yo. Uno tendría que ser de piedra para que este relato no le afecte, o tal vez hay gente que lo lea y no le afecte para nada, pero todo aprendizaje de hechos traumáticos implica un proceso de dolor, no nos lo podemos ahorrar, ni hemos de pretender ahorrárnoslo. Por tanto, seguramente al leerlo lloras, porque no hay otra manera de enfrentarse a ciertas cosas en la vida. Nadie puede afrontar la muerte o el sufrimiento por primera vez sin sentir parte de este sufrimiento, forma parte del camino, lo has de pasar. Si este aprendizaje lo vives en frío, entonces no te llega. O sea que creo que la gente llorará al leerlo, pero será un llanto transformador.

- E: Yo creo que el relato es de amor, y el amor hacia un hijo tiene eso, momentos de alegrías, de optimismo, de sufrimiento que en nuestro caso fue más evidente... La finalidad del relato es transformar, y dar continuidad al aprendizaje que hemos hecho con Maria. Yo a veces le decía: «Montse, para un poco, que estás llorando mucho». Temía que se hundiera. Pero ella seguía, «lo he de explicar para que la gente lo sepa». Su motivación en todo momento era ayudar a los demás, que la muerte de Maria sirviera para algo.

M: Desde el principio tenía muy claro que esto había sucedido por alguna cosa. Incluso cuando conocí a J. y a todos vosotros pensé que este era el sentido, conocer a esta gente, hacer esta tarea. Maria vino a hacer este trabajo, y si yo no hago el esfuerzo se perderá, y sería un desperdicio de energías y de ilusiones de todos. Ella se dejó la vida, y que su muerte no sirviera para nada me resulta insoportable. Tenemos esta misión conjunta de sensibilizar y transformar, lo sé, tengo la certeza.

E: Pero es desde el amor, hacia Maria y hacia el mundo, no es vanidad, es amor cien por cien, pero el amor tiene muchas caras.

M: Yo siento con fuerza que lo hemos de hacer, lo sentí desde el principio.

TENER A MIS HIJAS HA SIDO LO MÁS IMPORTANTE QUE YO HARÉ EN TODA MI VIDA

JC: Ya que hablamos de amor, ¿cómo os conocisteis?

E: Uy, eso sí que es hacer memoria, hace veinte años, en el 98.

M: Nos conocimos en la universidad.

E: Fue un momento de aquellos que dices, ¿casualidad? Era un período vital en el que coincidimos los dos en el momento justo para conocernos, estábamos superando cada uno su

propio trauma personal relacional, y nos encontramos cuando de hecho no nos queríamos encontrar con nadie, estábamos haciendo espacio para estar solos.

M: Nos conocíamos de un año antes, pasó el verano, nos matriculamos en horario de tarde precisamente para no coincidir con nadie conocido, pasar desapercibidos y reencontrarnos a nosotros mismos, y sucedió.

E: Nos encontramos de verdad.

M: Fue muy natural, ni él buscaba nada ni yo tampoco. Teníamos 22 y 24 años. La conexión entre los dos era grande, todo fluía muchísimo. Empezamos a salir juntos aquí y allá, a hablar mucho, a vivir el mundo, y surgió. Nos encontramos siendo aún muy jóvenes y hemos crecido juntos, con mucha complicidad y sobre todo mucho amor.

E: Y para mí fue el revulsivo para mejorar mis calificaciones, no era muy buen estudiante. El contacto con Montse solo me ha aportado cosas positivas, siempre, en todos los niveles.

M: Toda nuestra relación ha sido muy bonita. Excepto algún episodio, como cuando nació Maria, que Edu se trastornó un poco...

JC: Y ¿cuál era entonces vuestro proyecto de vida?

M: No teníamos, todo fue ocurriendo con fluidez, no pensábamos ni nos planteábamos qué haríamos.

E: Lo que sí debo decir es que, cuando pienso en cuál era mi sueño más íntimo sobre cómo quería que fuera mi vida, pues

era precisamente lo que estamos viviendo, estamos trabajando en lo que, en el fondo, siempre habíamos deseado. El camino no lo imaginas, solo teníamos claro que los dos queríamos ser profesores, pero cómo hemos llegado hasta aquí evidentemente no nos lo podíamos imaginar, ni nos imaginamos lo que vendrá, siempre nos viene mucho más de lo que esperamos. En el fondo más íntimo, sin engañarnos, estamos haciendo lo que realmente anhelábamos hacer. Es cierto que a veces la vida nos ha llevado por caminos que no queríamos, o nosotros elegíamos mal, pero al final hemos recibido más de lo que habíamos deseado.

JC: Pasaron unos cuantos años hasta que os decidisteis a tener el primer hijo. ¿Os daba miedo?

M: No, como siempre estábamos muy inestables económicamente, eso para mí era un freno, nunca acababa de ser el momento laboralmente hablando, hasta que nos dijimos, «es igual, estamos en paro, pero ahora es el momento». Llegué a pensar que lo teníamos que dejar estar, por el hecho de que no podríamos mantenerlo, pero Edu dijo que «ni hablar, no podemos renunciar a este sueño». Y dicho y hecho. Y nos superó, resultó ser mucho más de lo que esperábamos. Yo nunca me había imaginado el amor que te nace cuando tienes un hijo. Antes, cuando la gente me hablaba de sus hijos, yo pensaba que no había para tanto...

E: Aquello que piensas «siempre hablando de los hijos, qué pesados...»

M: Y cuando tuvimos a Maria, me nació un amor desmesurado, con mucha ilusión y una alegría muy grande, y Edu se volvió

un poco loco, entró en una fase de posesión y de control, supongo que porque se sentía inseguro. Yo en cambio estaba pletórica, muy tranquila y segura.

E: Era tanto el amor que sentía por Maria que no lo supe gestionar, me sentía descontrolado y desbordado por la cantidad de estima. Era como beberse un vaso de luz y que empezara a salirte la luz por todos los orificios del cuerpo, era como si estallara por dentro. Eso nos generó un problema de pareja.

M: Porque negaba que no lo supiera gestionar, decía que él estaba bien y que no le pasaba nada. Fue un momento complicado, pero yo me sentí lo suficientemente segura como para obligarlo a trabajarlo. Finalmente se dio cuenta de que el tema era serio, y cambió de actitud. Y es que es tanto el amor que sientes que no se puede explicar, has de vivirlo. Claro que no todo el mundo lo vive igual, hay quien lo vive como una molestia...

JC: Pero se trata de vuestra vivencia...

M: Sí. Realmente, al nacer Maria entendí muchas cosas de las personas de nuestro entorno que ya tenían hijos.

JC: La experiencia de ser padres...

M: Fue espectacular.

E: Grandiosa.

M: Tener a mis hijas ha sido lo más importante que yo haré en toda mi vida, con diferencia.

- JC: Habrá quien pueda pensar, desde la frialdad de la distancia, que tal vez preferiría no vivir la experiencia de tener un hijo para no pasar por la experiencia de perderlo...
- M: Yo la tendría mil veces, y la perdería mil veces. Incluso sabiendo que se iría, lo volvería a hacer.
- E: Si tu vienes y me dices, te concedo que estés un día con ella, pero sabes que en 24 horas se volverá a marchar, ¿qué crees que respondería? No lo dudaría...
- M: Claro que, si no la hubiera tenido, seguramente te diría que no...
- JC: Pero estamos hablando desde la experiencia que sí habéis tenido...
- E: Que conste que no somos unos fundamentalistas de la paternidad...
- M: Y respeto profundamente a quienes deciden no tener hijos, y los entiendo.
- E: Hay gente que no tiene hijos y tiene una vida muy plena. Hay muchas cosas que yo no viviré, y estoy muy contento con lo que he vivido. Lo mismo debe suceder a los que no tienen hijos, pueden vivir cosas que yo no he vivido y sentirse muy satisfechos con lo que hacen. La cuestión es que lo que hagas en la vida tenga sentido, también puedes tener hijos y no encontrarle el sentido para ti. Todos conocemos personas que tienen hijos y que desearían no haberlos tenido. O sea que no es el hecho, es cómo lo vives. Nosotros lo hemos vivido así,

y lo volveríamos a vivir, y daríamos casi todo lo que tenemos por volver. Y digo casi porque también está Dolça.

NO HAY NADA PEOR, O NO ME LO SÉ IMAGINAR, QUE VIVIR LO QUE HEMOS VIVIDO

JC: Antes has mencionado que ayer escuchaste mensajes de Maria. No ha de ser nada fácil, pienso que hay que tener mucho valor...

M: Estuve meses sin poder escuchar mensajes ni ver fotos, pero ayer, al escucharlos, aluciné al constatar cómo estábamos pese a todo, cómo era posible, porque yo sé cómo me sentía en mi interior, sé lo duro que fue el hospital y lo rotos que estábamos por dentro, y todo el esfuerzo que realizábamos hacia fuera para que la gente no sufriera, para que Maria estuviera bien. Hasta el último día yo estuve enviando mensajes en positivo para todos, y mensajes de alegría con Maria, y Maria respondía también con alegría, e incluso al día siguiente de su muerte yo seguía enviando mensajes de voz a amigas, cuando apenas podía ni hablar, avisando de lo que había pasado. Qué fuerte, cuánta valentía, pero yo entonces no me daba cuenta, de hecho, no lo considero valentía. Al volverlo a escuchar, me doy cuenta de que no era consciente de que le habíamos echado tanto valor. Supongo que por eso después estábamos tan destrozados por dentro, habíamos hecho tanto para que nuestro entorno lo viviera de la mejor manera... Ahora me remueve mucho por dentro, pero estoy muy contenta del esfuerzo, y no es mérito propio,

es porque hemos tenido muchísima ayuda. Y es por eso por lo que a pesar de sufrir una cosa tan... inenarrable, porque es inenarrable, se puede salir adelante. En este sentido pienso, qué *guay*, hay gente de nuestro entorno que nos dice que somos referentes, ahora entiendo el significado. Al principio no entendía por qué me lo decían, pero ahora sí, y si puede servir de ayuda a otras personas en este camino, entonces eso está muy bien. También hubo momentos que no, como cuando María se estaba muriendo, entonces no era posible ningún tipo de actitud positiva, te estás muriendo con ella en aquel momento y es imposible hacerlo bien. Pero al margen de aquellas horas tan traumáticas, pienso que el resto ha sido transformador. Y no me quiero poner ninguna medalla, no es para mí, ha sido un gran trabajo de conjunto.

JC: Y de este trabajo conjunto, ¿os sentís orgullosos?

M: Sí, me siento muy afortunada, tenemos mucha suerte con nuestro entorno, es único, es nuestro tesoro. Allí donde voy me siento siempre muy acompañada, y capaz de todo, te sientes tranquilo y seguro. Incluso cuando pienso en la muerte, y pienso mucho. Cuando miro a Dolça pienso hasta qué día estaremos juntas. Tengo pensamientos trágicos, pero los vivo con serenidad y con la convicción de que lo llevaré bien. Llego a pensar que, si Dolça muere, o muere Edu, o yo me pongo enferma y me muerdo, lo llevaré bien.

JC: Esto que estás expresando ahora, ¿crees que es un discurso hecho desde la razón, o es un discurso íntimo que de verdad te sale de dentro?

- M: Es como lo siento. Mi abuela murió justo al nacer Dolça, yo estaba muy unida a ella, que me había criado, y lo viví con esta serenidad. Ella se estaba resistiendo mucho a irse, y yo la cogía de la mano y le decía «no tengas miedo, yaya, yo estoy aquí contigo, no tengas miedo de irte». Lo viví con mucha naturalidad, lloré en el tanatorio, pero fue por la emoción al decir unas palabras. Y le decía a Edu que estaba muy extrañada, siempre había pensado que viviría muy mal la muerte de mi abuela y que sería un drama, y en cambio fue muy bien.
- E: Tenemos un aprendizaje respecto a la muerte. No hay nada peor, o no me lo sé imaginar, que vivir lo que hemos vivido. Que muera Maria casi de repente, pues en un mes pasamos de la perfección a la muerte, rápidamente y sin aviso previo, y tener que superarlo, te lleva a ver la muerte de cara, tenerla a tu lado y convivir con ella con normalidad. Recuerdo mucho la sensación de que la fuerza con la que tirábamos hacia adelante era la fuerza que había dejado Maria. Por ella llamaba a todos para decirles que había muerto, por ella estaba deshecho, pero estaba allí, y por ella seguiríamos hasta donde hiciera falta. Pensaba, ahora no podemos decaer, ahora toca darle voz a Maria y afrontarlo de la mejor manera posible. Nos preguntábamos: ¿ella cómo nos quiere ver?, ¿cómo quiere que estemos? Y ella quería que estuviéramos bien y nos había dicho que todo iría bien.
- M: Todos los mensajes que nos llegaban eran como este, todos, «estoy bien, adelante...»
- E: Hay que decir que caímos en la oscuridad. Pero tenemos muy buenos amigos que no tardaron ni dos días en ofrecernos una

salida, nos regalaron un viaje a Cambridge donde nos esperaban, y allí pudimos coger distancia y vimos la primera luz. Fue el punto a partir del cual todo fue creciendo, qué ayuda tan grande, recuerdo mucho aquel viaje como la primera luz que se encendió en nuestro interior, como una mano que te estira hacia fuera del agujero.

Y aunque Montse diga que en los peores momentos no estuvo suficientemente fuerte, yo creo que no podía hacerlo mejor.

M: Tú estuviste mucho más a la altura... En el momento en que murió Maria estabas al pie del cañón, mientras yo estaba desmayada por los rincones.

E: Montse entró en unión con Maria, y le dio la fuerza para marcharse. Siempre ha estado muy unida a Maria.

M: Maria y yo siempre habíamos tenido una conexión física muy grande. Siempre sabía lo que le pasaba, sabía cómo estaba, no sé cómo explicarlo, si tenía frío, si tenía calor, si tenía hambre, si estaba contenta... Lo sentí siempre así desde que nació. Pero en aquel momento, menos mal que vino Edu, porque yo ya no podía...

JC: Cada persona tiene su rol en cada momento...

M: Fue insoportable, y después tuve durante mucho tiempo la obsesión de que no lo había podido resistir físicamente, y me quise poner fuerte para lo que pudiese venir. Todo el sufrimiento del hospital, de ver y vivir con impotencia todo el daño que le causaban, me tenía agotada. En cambio, Edu estuvo física y emocionalmente, yo ya no podía soportarlo, estaba muy cansada, y emocionalmente tampoco pude... Lo

único que fui capaz de hacer, cuando ya estaba agonizando, fue mojarle los labios por si tenía sed, tenía que hacer alguna cosa como madre...

E: Esta es tu visión, no te perdonas haber desfallecido, pero es que tu energía estaba con ella, claro que tú no la tenías, estabas sintiendo lo mismo que ella y era el empujón que necesitaba para irse.

JC: ¿Te queda alguna cosa por perdonarte?

M: Eso no me lo perdono, y no sé si me lo perdonaré nunca.

JC: Pero ¿qué es lo que no te perdonas? ¿No haber sido tan fuerte como para soportar lo que es insoportable?

M: Sí, porque el sí que lo fue.

JC: ¿Os habéis sentido complementarios el uno del otro?

M: Sí, por supuesto, pero me habría gustado que estuviésemos los dos más enteros, ya era bastante duro.

JC: Pero por lo que yo recuerdo de tu relato cada uno de vosotros tuvo su momento, tú tuviste una cosa, y él tuvo otra.

M: Recuerdo que no acababa de llegar, y eso que vino muy rápido...

E: Yo tuve el pensamiento de que aquel día tenía que venir más temprano, y de hecho cuando me llamaste yo ya estaba de camino.

- M: Suerte que llegó, y pudo estar con ella cuando yo ya estaba desmayada, pero pienso que me vio, a pesar de que estaba agonizando, ella sabía que yo estaba allí, intentaba hablar, pero no podía. Ella lo hizo muy bien. Después pienso que yo lo hice lo mejor que pude, y que la próxima vez estaré mejor. Es muy difícil, esto nadie te lo enseña.
- JC: Esto no se enseña, esto se pasa, y hay quien aprende y quien no aprende.
- M: Se pasa sufriendo, es un sufrimiento tan insoportable, una impotencia tan grande y tan salvaje...
- E: Yo creo que no volveré a vivir una cosa peor que esta.
- M: La primera te coge de sorpresa, con la inexperiencia. Con mi abuela ya fue diferente, claro que era otra edad. La muerte de un niño... es muy dura porque tiene todo ese componente de ternura, es todo tan amoroso, y además tiene ese otro componente de injusticia.
- E: La marcha de un hijo te desgarrar, no es un corte quirúrgico...
- M: Te lo arrancan en vivo... No me imagino nada peor.
- JC: Y ¿cómo os ha hecho sentir la sociedad en general?
- M: A nivel social tienes muchos problemas. Una amiga que tenía una hija enferma me decía: «si yo hubiera vivido en una isla desierta lo habría llevado mucho mejor». La sociedad te lo pone muy difícil, todos te señalan. Yo en el barrio soy la madre de la niña que murió, y lo seré siempre, y ella decía «yo soy la madre de la niña que está enferma». Tenemos

momentos en que nos enfadamos mucho, porque la gente te hace sentir incómoda. Al principio, si yo sonreía, la gente me miraba mal, «¿cómo es que se está riendo?» Llevas encima una carga social muy grande, que genera momentos de culpabilidad, como por ejemplo cuando estoy con Dolça y reímos juntas, y me temo que eso me acompañará siempre. Somos así.

JC: Pero ¿realmente eso te hace sentir culpable?

M: Tengo días en que me siento muy fuerte y pienso que aquí estoy yo, y otros días, cuando me siento más débil, que me pesa. Seguiremos adelante con la cabeza bien alta, pero has de convivir con esta carga.

E: De hecho, una de las cosas que nos ayudó cuando nos fuimos a Cambridge fue precisamente que no nos conocía nadie. Entonces sí que puedes levantar cabeza. O cuando nos fuimos por Navidad a la Vall d'Aran⁵, pues igual, y era un momento y un lugar difícil para nosotros, pero no conoces a nadie, y por tanto no pasa nada.

M: La presión social es terrible, y sé que será así hasta el final. Pero no es por malicia, es porque no sabemos. Si supiéramos un poco, todos lo vivirían mucho mejor, comenzando por el damnificado y acabando por el último.

⁵ El Valle de Arán en catalán

JC: ¿Os planteasteis en algún momento marcharos, cambiar de ciudad?

M: No. Esta era su casa, era su barrio.

E: Hacernos invisibles sí que nos hubiera gustado, pero irnos, no.

TODA SU VIDA FUE UN REGALO

JC: Hay un fragmento del relato en el que dices que Maria os escogió como padres...

M: Eso forma parte de nuestras ideas espirituales. Para nosotros la vida terrenal es una vida a la que uno viene a perfeccionar la consciencia. Pensamos que, antes de venir, haces lo que se denomina el contrato sagrado, en el cual estipulas lo que vienes a trabajar. Todos venimos aquí a desarrollar unas tareas determinadas. Nosotros el contrato lo hicimos antes de venir. Bien, esto que explico no lo decimos nosotros, son creencias compartidas por mucha gente. Y esta creencia nos encaja mucho con todo lo que hemos vivido. Pensamos que nos escogimos mutuamente, ella nos escogió a nosotros porque sabía que la ayudaríamos, y ella nos ayudaría a nosotros en este trabajo de crecimiento y perfeccionamiento. Por eso era tan importante hacerlo bien, porque en caso contrario estaríamos incumpliendo el pacto, y no queremos repetir curso. Hemos de continuar evolucionando. De la misma manera pensamos que no es porque sí que tenemos a

quien tenemos a nuestro alrededor. Hemos venido a hacer un trabajo juntos.

E: Maria y Dolça, en este contrato también está Dolça. Acordamos que después vendría Dolça para ayudarnos a salir adelante. La pena es que en el contrato no acordaron coincidir las dos juntas. Es la gran carencia que tendremos, no verlas aquí a las dos juntas, no tanto por ellas, sino por nosotros.

JC: Y lo que comentabais en el sentido de que la veáis tan madura y avanzada para su edad, tan viva, tan lista, ¿tiene relación con esto que estáis explicando?

M: No lo digo yo, gente que la ha conocido ha tenido en gran medida esta percepción. Mi madre lo comentó mil veces, siempre decía «esta niña ha venido aprendida, esta niña ya sabe». Era un bebé y ya transmitía lo que quería y cómo lo quería con una seguridad apabullante. Sabía lo que venía a hacer. Y es una sensación que ha tenido la gente que la ha conocido. Nosotros la hemos dejado fluir, marcando unos límites, porque la teníamos que ayudar a crecer. Incluso llegaba a discutir con mi suegra, en el sentido de que había que marcarla y reñirla para educarla y a las abuelas ya se sabe que eso les cuesta más. Son niños, por conscientes que sean, y ella buscaba los límites.

JC: Era muy autónoma, independiente...

M: Mucho, tenía mucha personalidad.

E: Recuerdo que Montse me decía «no puede ser que con ocho meses me diga qué ropa se quiere poner», pero es que era así.

- M: Yo pensaba que no podía ser, hacía cosas que eran antinaturales. Como madre, le tenía que decir las cosas, pero ella era la que me las decía a mí. Todavía no hablaba, y con el dedo ya decía que no cuando no quería algo. Y a mí eso me chocaba.
- E: Por un lado, estaba bien que fuese independiente, pero por otro la teníamos que preparar para la sociedad. Era como un juego. Cuando comenzó a hablar decía «mami, pórtate bien».
- M: Sí, «mami, pórtate bien». ¿Cómo que mami, pórtate bien?
- JC: Y ¿cómo se vive esta sensación de autonomía e independencia en una niña de un año, dos años, desde la realidad de ser unos padres tan amorosos y entregados y desbordados de sentimiento?
- M: Lo vivíamos con mucha alegría.
- E: Era muy divertido.
- M: Pero había que marcarla constantemente, sentía que todo el tiempo la estaba regañando, «Maria no, Maria eso no...»
- E: Los amigos nos ayudaron mucho, compartíamos con ellos la idea de educar con libertad y amor, pero con límites. Lo enfocábamos en que ella estuviera guapa. Si no estaba guapa, porque estaba enfadada, debía apartarse, y le decíamos: «cuando estés guapa vuelves». Y eso lo recuperamos y apreciamos mucho cuando estábamos en el hospital.
- M: Sí, allí pude ver los frutos de todo el trabajo, se portaba tan bien, todos alucinaban, nos decían «cómo se nota que sois

educadores», y yo respondía «no, no». Lo habíamos trabajado durante muchos meses, la hacíamos reflexionar, «Maria, así no estás guapa...»

JC: ¿Era esta la tarea que os correspondía hacer con ella? ¿Necesitaba, con su independencia y bagaje de aprendizaje, el complemento de unos padres que la acabaran de educar?

M: Ella lo que necesitaba era que la amaran mucho. Curiosamente, era una niña un poco arisca.

E: No le gustaba el contacto físico, o, mejor dicho, le gustaba cuando ella quería.

M: Era tan independiente que le molestaba y no toleraba que la acariciaran. Y yo pensaba, cómo es que no puedo tenerla ni un rato cogida en brazos, porque te apartaba y quería estar sola, haciendo lo que le apetecía. Al principio lo vivía con pena, pero lo asumimos y aceptamos, y era solo cuando ella quería. Te acercabas a hacerle una caricia, y te decía «ahora no, mami». Pero más tarde venía y te decía «mami, ahora sí», y le dabas un achuchón. Tuvimos que asumirlo como parte de su carácter y de que tenía las ideas siempre tan claras. Siempre decía «yo sola, mami, yo solita...» El mecánico que está al lado de casa nos comentaba riendo que cuando oía «yo solita» ya sabía que Maria llegaba.

E: Cuando estábamos en el hospital fue cuando mostró más necesidad de cariño. De repente, te abrazaba con fuerza y nos pedía que nos abrazáramos los tres, y eso era una novedad de muy poco tiempo hacia aquí. Pensamos que una de las principales cosas que tenía que aprender al venir aquí era el

amor de los padres. Y cuando ya lo había aprendido, fue cuando se marchó.

M: Y los últimos días aquí en casa, antes de que supiéramos el diagnóstico, decía «papi, cógeme como a un bebé». Y entonces ya tenía dos años, ya era una niña, a menudo decía «yo ya soy mayor», y hacía cosas de niña mayor.

E: Ella no comía papillas, tomaba cremas. No le podíamos decir que comía papillas. Era el mismo plato, y le decíamos «no son papillas, es una crema», y entonces sí que se lo comía. Y antes de ingresar había empezado el último curso en el parvulario, y daba la sensación de que estaba a punto de aprender a escribir, en el hospital firmaba los dibujos con una *M* que le habíamos enseñado, y la trazaba muy bien, no eran garabatos. Daba la impresión de que ya lo estaba desarrollando, y de que si no escribía era porque no quería. Ya lo hemos dicho, venía aprendida.

JC: También explicas que el primer día de escuela iba tan tranquila, no como aquellas típicas imágenes de la televisión en el primer día del curso en las que se ven niños llorando...

M: No, no, y Dolça es igual, tienen unas pautas de comportamiento muy parecidas, las maestras me lo dicen. Hoy la he acompañado hasta la puerta, y me dice adiós con la mano y me cierra la puerta de la clase en las narices, y la maestra venga a reírse, «es que aquí se lo pasa muy bien». Sí, claro, ya sé que se lo pasa muy bien...

JC: A Maria la disfrutasteis muchísimo, no os perdisteis nada. ¿Sois conscientes de eso? Porque no todos los padres lo pueden decir...

M: Absolutamente. Y mira que teníamos a la familia en contra. Mi padre me decía «no se os caerá la casa encima, no, siempre estáis fuera, no paráis», y me aturdía con este tema. Pues ¿qué teníamos que hacer? Lo vivíamos a tope.

E: Y el verano que nos regaló fue... Nosotros siempre íbamos una semana a la Vall d'Aran. Y en el apartamento que habitualmente alquilábamos justo aquel verano decidieron que no lo alquilarían por semanas sino por temporadas enteras. Lo hablamos, y finalmente nos dijeron que podíamos ir un mes. Pensamos que era mucho tiempo, qué haríamos allí tantos días, creíamos que nos aburriríamos... Pues fue una pasada.

M: Lo vivimos con tanta intensidad...

E: Nos hizo un gran regalo.

M: Toda su vida fue un regalo. Y cuando ocurrió, entendí por qué lo habíamos vivido con tanta intensidad, nos encajaron todas las piezas. He hecho cosas que no sabía por qué las hacía, pero sentía que las debía hacer, y después lo entendimos. Y no es una creencia nuestra, de todo esto que estoy explicando tenemos testigos. Lo digo porque según cómo puede parecer que «estos dos están flipados», pero toda la gente de nuestro entorno sabe que es cierto y también lo han vivido intensamente. Todo es muy real, no es que hayamos enloquecido porque la echamos de menos. Y como

desde el principio sentimos que teníamos que compartirla mucho, todos lo vivieron. Pero cuando murió me arrepentí de esto, porque el dolor era mucho mayor. Todo el barrio, la familia, la guardería, todos la vivieron intensamente.

JC: ¿Y por qué fue así?

M: Porque yo sentía que debía ser así, que Maria tenía que vivirlo muy intensamente todo.

JC: ¿Y tenéis la misma sensación con Dolça?

M: No, no tanto. Pero también es por miedo. Porque cuando Maria murió fue muy duro, y esto amplificó mucho el dolor. Y yo le decía a Edu que si teníamos otra no habría tanta proyección hacia fuera. Pero Edu me decía que eso era injusto, y que Dolça se merecía tener la misma intensidad de vida con todos que había tenido Maria. Porque Maria fue muy feliz, la conocía todo el mundo, se relacionaba con todos, tuvo muchas interacciones, y fue muy bonito.

E: Nosotros tal vez no hemos hecho la misma proyección, pero Dolça ya se ha encargado de hacerla. Vas por la calle y todo el mundo la conoce.

M: Y en la escuela la conocen en todas las clases. Eso me da un poco de miedo. Maria era más tímida en la escuela, más reservada, pero es que con Dolça no hay reserva que valga, es muy cariñosa y simpática y se mete a todos en el bolsillo. Maria no era tan simpática, lo era con la gente que la quería, pero si no le entrabas pues no le entrabas, y había gente que no le entró nunca. En cambio, Dolça va por la calle saludando a todos.

E: Todavía no habla, pero lanza besos sonoros.

M: Yo miro de ser más discreta que con Maria. Pero es incontrolable. Que sea lo que tenga que ser.

INTRODUCCIÓN A LA 2ª CONVERSACIÓN

Dad palabra al dolor. El dolor que no habla gime
en el corazón hasta que lo rompe.

William Shakespeare

El duelo comporta soledad. Mucha soledad. Quien ha sufrido la pérdida queda aislado en un territorio inaccesible para los demás. Algunos se acercan, otros mantienen la distancia, y otros salen corriendo. La sociedad opina, la sociedad juzga, la sociedad dicta lo que te conviene y durante cuánto tiempo es aceptable que estés de duelo. Pero nada de todo eso es válido para quien está sufriendo.

No sabemos gran cosa sobre cómo acompañar el duelo. Todo se hace con buena intención, pero el propio miedo e incapacidad agravan la sensación de incompreensión y aislamiento. Es así con demasiada frecuencia.

Pero lo cierto es que el valor que aportan quienes sí deciden estar presentes, y entregarse sin condiciones, es determinante para ayudar a salir del pozo y empezar a ver la luz. No es fácil. Todos hemos experimentado la horrible sensación de no saber qué decir, ni qué hacer, ante una situación como la que vivieron Montse y Edu. Estamos demasiado condicionados por el hacer sobre el

estar, pensamos que si no podemos hacer nada en concreto entonces no servimos, no somos útiles, y eso es falso. No entendemos que quien está de duelo lo que más necesita es precisamente la presencia, el estar, y que no nos pide nada más. Si entendemos eso, acompañaremos mejor a los que lo están pasando mal, como queremos que nos acompañen a nosotros cuando la rueda de la vida invierta los papeles. Y qué importante es el soporte para salir adelante. Y un soporte sostenido en el tiempo, porque con su paso cambia la convivencia con el dolor, pero este no desaparece.

Claro que nuestra impericia ante el dolor del otro tiene mucho que ver con la negación de la muerte. En el momento en que deja de negarse, por la vía de la experiencia propia, o por la vía del aprendizaje, nos convertimos en compañeros que consuelan simplemente con su presencia, y que saben estar, y callar.

La misma negación se manifiesta entre los profesionales sanitarios, o el sistema en su conjunto, cuando por ejemplo se muestra incapaz de acoger de forma adecuada, sensible y cuidadosa, a una familia aterrorizada por una noticia que ha sacudido sus vidas despiadadamente en cuestión de horas. No sé si es negación, o si es ceguera ante el sufrimiento emocional, no importa el por qué, pero hay mucho por mejorar.

¿Y el misterio? ¿Le dejamos espacio? El misterio, referido a aquello que no podemos racionalizar pero que sucede, y que se manifiesta con señales que podemos o no aceptar, está presente en todo el relato, y ya aparece con fuerza en esta segunda conversación.

Las emociones se van desgranando, y los pensamientos y las vivencias empiezan a subir en intensidad. Tratemos de abrir la mente, y el corazón, a lo que nos cuentan Montse y Edu.

1 DE JUNIO DE 2018

CLARO QUE NECESITAMOS SEGUIR HABLANDO DE MARIA

JC: ¿Qué papel han tenido los amigos en vuestro proceso?

E: Ha habido un poco de todo, los hay que se han acercado, los hay que se han alejado...

M: Hay una gran dualidad en este proceso. Pese a que hay gente que está contigo, a tu lado, al mismo tiempo sientes una gran soledad. Por más que te acompañen y te quieran siempre tienes este sentimiento de que estás solo, y yo dos años y medio después sigo sintiendo lo mismo. Si no te ha pasado a ti directamente, por más empatía y entrega que haya, siempre hay una distancia. Sabe mal decirlo, puede parecer desagrado, pero es muy difícil acompañar un dolor como este. Por mucho que quieran entregarse, que casi nunca es del todo, la gente te acompaña hasta donde puede, conecta contigo hasta llegar a un punto que se convierte en una barrera a partir de la cual ya no pueden ir más allá. Hay quien se topa con el límite enseguida, solo mira un poco por encima y ya no puede seguir adelante, y hay quien llega muy lejos, pero siempre hay un límite, porque es algo muy doloroso, y cuanto más empatía tienes con el otro más dolor sientes. Pero aun siendo así, siempre lo hemos agradecido muchísimo,

nunca hemos esperado ni pedido una entrega total porque sabíamos que era imposible. Ha habido gente que de forma inesperada y cuando nosotros no esperábamos nada nos han acompañado hasta muy lejos, personas con las que no teníamos una relación profunda pero que en cuanto María se puso enferma se volcaron. Y en cambio ha habido gente muy cercana a la que sí esperabas y que no ha estado. Sabemos que era muy difícil, de hecho, pienso que si hubiera sido yo dudo mucho que hubiese podido estar a la altura. Lo hemos vivido con agradecimiento y sin reproches, cada uno hasta donde pueda y a su manera.

JC: Acompañados, pero en soledad...

M: Sí, es un proceso de mucha soledad. Únicamente la persona que lo pasa puede entender lo que significa. Ni las palabras, ni las imágenes, no hay absolutamente nada externo al ser humano que pueda alcanzar a comprender lo que se siente interiormente. Creo que la única persona que puede entender lo que siento es Edu.

E: En un proceso como este surge la verdadera capacidad que tenemos para afrontar el dolor, y hay personas con más o con menos capacidad. Y al margen de la capacidad, también es cuestión de valentía, e igualmente hay personas más valientes que otras. Pero viéndonos a nosotros mismos, cómo hemos actuado o cómo hubiéramos actuado, tenemos claro que no podemos juzgar a nadie. Hemos aprendido la importancia de entregarse. El día del diagnóstico al cabo de un par de horas ya teníamos a una persona con nosotros en el box de urgencias, y vino dándonos toda la libertad, como diciendo «no te preocupes por mí, yo vengo a acompañarte, tú haz lo

que tengas que hacer, y yo estaré aquí hasta que haga falta». Y no era una persona muy cercana, había amistad, pero no éramos íntimos. Y en cambio hubo personas que habrías deseado que estuvieran cerca pero no tuvieron la capacidad, se excusaban diciendo que no querían molestar. Nosotros valorábamos la presencia, sin más, no se nos pasaba por la cabeza que pudiesen molestar, pensábamos que no se querían enfrentar y lo tenían que justificar. Las amistades valientes y sinceras fueron las que nos levantaron cuando estábamos más destrozados, como cuando nos cogieron y nos invitaron a ir a Cambridge.

M: Las interacciones fueron muchísimas y de todo tipo, con presencia, con mensajes, es cierto que tenemos muchos amigos, pero nos llegaban de entornos muy distintos, del trabajo, de la guardería, de los grupos de amigos, del barrio, de vecinos, de todas partes. Y cuando Maria ya había muerto continuaron todas estas interacciones. Pero a lo largo del tiempo se han ido diluyendo, y muy poca gente ha quedado al pie del cañón y a fondo. Las personas ya no te hablan del tema, se aproximan, te hacen propuestas con las que te están diciendo que siguen atentos a cómo estás, pero ya no se habla directamente de Maria. Casi nadie.

JC: ¿Necesitaríais que os continuaran hablando directamente de Maria, a día de hoy?

M: Sí, y tanto.

E: Es que nosotros continuamos sintiendo, en estos dos años y medio hemos aprendido a convivir con el dolor, pero el dolor no ha disminuido, la añoranza de no poder estar con Maria

está tan presente como el primer día, el vacío que queda, el silencio que deja, el ruido de Maria continúa faltando... Que nos hayamos acostumbrado a vivir con esto no significa que no hablemos de ello, que no relacionemos constantemente lo que hace Dolça con Maria, que no sintamos la inquietud de que Dolça y Maria se están mezclando en la memoria... Es una realidad muy viva, y que lo será siempre. Por tanto, claro que necesitamos seguir hablando.

M: Maria es presente, no es pasado. Pero solo es presente para Edu y para mí, y por eso necesitamos hablar. El entorno social presiona mucho para que sea pasado. Es una lucha. Y agradezco mucho cuando alguien me pregunta o habla de ella, entonces me alivian el dolor y la carga.

JC: Sin el soporte de los amigos, ¿habrías podido salir adelante?

M: No.

E: En absoluto. Ha habido unos pilares que nos han ayudado a salir del pozo. El primero ha sido la pareja, el soporte que nos hemos dado el uno al otro de comprensión, de no dejarnos caer, de caer tú cuando el otro ya se ha levantado y encontrar ese equilibrio basado en el amor. El segundo, las amistades. Y el tercero, la ayuda de la Fundación Paliaclic con J. y todos los que habéis venido después. Estos tres elementos son los que han hecho posible que nos levantáramos y siguiéramos adelante. La unión de la pareja ha permitido acelerar el proceso de recuperación, pero sin los amigos y sin la Fundación no habríamos podido.

- M: Totalmente de acuerdo. Somos diferentes de cómo éramos, pero somos. Sin estos soportes, pienso que desapareces, te diluyes, te hundes, te vas, te mueres...
- E: Todavía estamos saliendo, hay días que me siento en la cuerda floja, y sé que hemos de seguir luchando, si dejamos de luchar podemos caer cada día un poco más en la pena y dejar de ver todas las cosas bonitas que tenemos, que son muchas. El agujero sigue estando, lo tenemos aquí.
- JC: Ante una situación como la vuestra, la gente a menudo no sabe qué ha de hacer, ni qué ha de decir. ¿Cuál pensáis que sería la mejor manera de aproximarse, de ser más útil o de más ayuda, para quien está pasando por lo mismo que vosotros?
- M: A mí lo que más me ha ayudado es que estén. No esperas que te digan nada, ni que te solucionen nada. A veces no tienes ganas ni de que estén porque estás tan hundido que prefieres estar solo, no ver a nadie ni hablar con nadie, pero eso no es lo que te ayudará. Solo el hecho de saber que están, pero de verdad, mirando el problema cara a cara, hablando con sinceridad y con sentimiento, como diciendo «no sé por lo que estás pasando, pero lo siento mucho y estoy aquí contigo», te concede ese espacio para que tú puedas hablar, o llorar, o no decir nada. Entonces ya verás qué es lo que necesita la persona en aquel momento, si quiere o no quiere hablar, si prefiere una distracción como ir al cine, pero siempre mirándola a ella y no mirándote a ti. Y si no sabes qué decir, pues mejor no decir nada, pero estar. Lo que no ayuda es que quieran disimular y animarte a hacer cosas como si cambiar de tema fuese la solución, sin verte.

- E: Se trata de amar. Y para amar, primero, estar. Pero estar con la máxima calidad posible. ¿Qué necesitaba Maria cuando estaba en el hospital? Que estuviéramos allí, cogiéndole la mano, y recorriendo el camino con ella de la mejor manera que podíamos. Maria no necesitaba que le dijéramos que no pasaba nada ni que disimuláramos, necesitaba que le dijéramos la verdad, que le explicáramos las cosas, y que en los momentos difíciles la cogiésemos, la abrazásemos, y camináramos juntos con ella. Pues es lo mismo.
- M: Sí, este primer punto es básico, dejar que sea la persona que está pasando el duelo la que decida cómo quiere estar y se pueda expresar. Un segundo punto es no querer ir por delante diciéndole cómo ha de estar ni lo que ha de hacer recurriendo a tópicos y frases hechas, porque eso se siente como una frivolidad. Y un tercero es ser muy cuidadoso con la forma de comunicarte, mirando a quien tienes delante y no a ti mismo. Por ejemplo, mucha gente se aproximaba a nosotros sin vernos, sin entender para nada cómo estábamos en aquel momento, sentían que tenían la obligación moral de acompañarnos, pero acababan hablando de sus problemas con sus hijos, sin darse cuenta de que nosotros habíamos perdido a nuestra hija y que eso que explicaban no lo viviríamos con ella nunca más.
- JC: Esto tiene que ver con la poca capacidad que tiene mucha gente de enfrentarse al dolor, al del otro y al propio...
- E: Sí, nos hemos encontrado de todo. Hay quien enseguida ves que todo es postureo, y te cogen ganas de decirle que ya se puede marchar. Hay quien desearía estar, pero no es capaz, y cuando está ante ti ves que lo está consumiendo su propio

miedo. Y hay quien se lanza a estar para acompañarte en lo que haga falta, y eso es lo que funciona. En cualquier caso, lo que estamos explicando que hacen muchas personas no es por malicia, es por incapacidad. Hay quien durante este proceso ha aprendido, al principio no podían, pero ahora sí que lo hacen, la experiencia les ha enseñado a enfrentarse.

M: Pero yo pienso que la gente que no ha sabido estar y se ha alejado tampoco lo sabrá hacer ahora. El aprendizaje lo ha hecho quien ha querido hacerlo, y han sido pocos. Hay una incapacidad muy grande y muy generalizada para afrontar situaciones como esta.

JC: Lo que no significa que no os quieran...

M: Sí, seguramente, y les ha hecho mucho daño la muerte de Maria y el hecho de no saber estar, y tienen remordimientos, todavía ahora hay gente que cuando me ve notas que no saben cómo ponerse.

E: Notas que desearían quedar y charlar, pero no saben cómo hacerlo, y piensas «pues cuando aprendas ya quedaremos...»

M: No nos veían a nosotros, veían su peor pesadilla, y no podían mirarte a los ojos. Nosotros también lo hemos tenido que hacer, no lo queríamos ver, pero está aquí, pues si está aquí, vamos a trabajarlo. Y eso es lo que deberíamos hacer todos.

JC: ¿Y las ausencias, las personas que pensabais que estarían y no estuvieron? ¿Cómo las habéis vivido?

E: En lo que respecta a los amigos, fácil: si no han estado, no están. Piensas que es una lástima, después lo vas

entendiendo, no se lo tienes en cuenta porque piensas que a saber lo que habrías hecho tú. Y si al cabo de un tiempo algunos han vuelto a entrar en contacto con nosotros, se lo hemos comentado, que hemos echado en falta su presencia, y te dan la razón. Son conversaciones muy emotivas que permiten normalizar nuevamente la situación.

M: Lo que tuve muy claro es que la vida pasa muy rápido, que no se puede perder el tiempo, y que no puedes darle lo mismo a quien ha estado plenamente que a quien no ha estado. Por justicia. Yo estaría a todas con quien había estado y estaba a todas, y ha sido un proceso natural. Lo que no significa que con los otros no tengas una alegría al verlos ni que no te los quieras.

E: Pero en el caso de la familia...

M: Es un tema no resuelto, y que seguramente no se resuelva nunca del todo. Sencillamente, hemos aceptado cómo han estado. Al ser tan cercanos a María algunos se han centrado mucho en su propio dolor y no han sabido ver el nuestro. Eso, en muchos momentos, nos ha hecho sentir muy solos y lo que es peor, que teníamos que tirar de ellos. Otros, la mayor parte del tiempo, han optado por seguir la política de «si no se habla no existe». Y se hacía como si María no hubiese existido nunca. Y ni se hablaba ni se dejaba hablar. Pero no se lo podemos echar en cara, lo han hecho lo mejor que han sabido.

JC: Es el posicionamiento habitual con el tema de la muerte, tema del cual a nivel social no se habla, porque molesta.

- E: A la mínima escuchas aquello de «venga, va...» como diciendo que ya está bien y que hay que cambiar de tema, tal vez porque no soportan hablar de ello o incluso oír hablar de ello. O bien te dicen que ahora has de pensar en Dolça, pues claro que pensamos en Dolça, pero también podemos pensar en Maria...
- M: Les cuesta asumir ningún tipo de proceso, ni simbólico ni de ninguna clase. Y eso lleva a que con frecuencia te obliguen a hacer cosas sin respetar tu duelo o cómo te sientes aquel día o en una fecha determinada, sin dejarte margen de libertad para escoger cuándo quieres estar y cuándo no. Y pienso, no me obligues a nada, déjame vivir mi proceso y respétalo. Es una conflictividad que se suma a tu propia conflictividad interna. Y eso es constante desde que murió Maria.
- E: Es lo que decíamos antes del soporte, de la entrega, del amor, de vernos de verdad. Por ejemplo, si te invitan a una comida el día antes del aniversario de Maria, lo ideal sería que nos dijeran que les gustaría que fuéramos pero que si al final no vamos pues que no pasa nada y que brindarán por nosotros. En lugar de eso, sentimos que nos obligan a asistir tanto si queremos como si no. Pero es una realidad que tenemos asumida, y por eso si tomamos una determinación nos mantenemos firmes y hacemos lo que creemos que hemos de hacer. Sabemos que nos quieren y que lo hacen lo mejor que saben y pueden. Ya hemos comentado que cada uno se enfrenta al dolor como puede.

LE HEMOS ENCONTRADO SENTIDO A LA MUERTE DE MARIA

JC: El proceso vivido ¿os ha hecho más libres?

M: Sí, yo me he liberado mucho, ha puesto las cosas en su sitio, y sin remordimientos. Antes los tenía, tanto con la familia como con los amigos, si hacía o si no hacía... Ahora tengo mucha clarividencia para dar el valor que corresponde a cada cosa.

E: Te das cuenta de lo que es importante y de lo que no lo es. Y como hemos tenido que reconstruirnos desde el dolor hemos aprendido a tener seguridad, a respetarnos a nosotros mismos, a hacer lo que era bueno para nosotros. Sin este aprendizaje no habríamos podido levantarnos.

M: Estos procesos te llevan al núcleo, a lo esencial, somos como una cebolla de la que ante hechos tan importantes se desprenden todas las capas y tan solo queda el núcleo. Y como solo queda este núcleo y desaparece todo lo que es superfluo, lo sientes muy intensamente, es el núcleo de supervivencia que te ayuda a seguir respirando. Después de la pérdida, durante el duelo, quedas desnudo, has de volver a construirlo todo, y al hacerlo tienes muy claro lo que es importante y lo que no. A veces nos despistamos y de nuevo volvemos a poner más capas de la cuenta, pero en conjunto mantenemos la clarividencia que nos permite ser más libres. Los procesos de muerte comportan una destrucción personal, yo experimenté cómo los valores y las ideas que tenía ya no eran lo que pensaba, era como una especie de

desprogramación o desconfiguración total que requería volverme a programar.

- E: Yo recuerdo cómo, aquí mismo, hablábamos con J. que era una oportunidad para reconstruirnos a los 40 años de vida. Tú naces, y te vas haciendo, pero no te planteas cómo quieres ser, a dónde quieres llegar, cuáles son tus valores, sino que todo lo vas incorporando sin pensar en profundidad. De repente, a los 40 años ya no eres nada, porque la destrucción es total, solo te queda un pequeño hilo de luz, y esta imagen es muy real. Es como cuando cae una bomba atómica y no queda nada, excepto ese pequeño punto luminoso. Y a partir de ahí te vuelves a crear como persona.
- M: Pero con la consciencia despierta. Tienes una concienciación clara de cómo son las cosas. Antes lo intuías, ahora tienes la seguridad y la libertad para discernir lo que es importante para sobrevivir. Esto lo viví muy intensamente en el hospital, lo que nos mantiene vivos como seres humanos no es el comer, ni el dormir, ni siquiera la salud, es el amor y la entrega, este es el hilo de vida. Eran aquellas miradas con las que nos veíamos bien adentro y nos decíamos que pasara lo que pasara estaríamos allí, con ella. Incluso Maria, cuando se marchaba, tenía esta mirada profunda. Ella siempre me pedía la manita, y en las fotos siempre aparecemos con las manos cogidas, era lo que ella más necesitaba. Cuando todo se desvanece y ya no queda nada, queda eso, que es lo esencial. Por esta razón casi desde el principio supe que saldríamos adelante, porque lo más importante lo teníamos.
- E: Ken Wilber dice en uno de sus libros que esta luz es lo único, es lo que nos conecta con todo. Este lugar esencial donde la

sentíamos era lo único que nos quedaba de Maria. Y en la reconstrucción fue importante pensar cómo queríamos que nos viese Maria desde el lugar donde estuviera.

M: Lo más bonito fue que las personas que nos acompañaron y siguieron atentas a lo que pasaba también captaron esto que estamos explicando, y resultó catártico. Personas de nuestro entorno también vieron este núcleo, y eso transformó sus propias vidas en aquel momento y después. Ha sido un proceso muy creador. La gente que fue valiente y que nos estimaba y se entregó totalmente, trascendiendo su yo y mirándonos a los ojos en el proceso de la enfermedad y de la muerte de Maria, entendieron y vieron claro sin necesidad de pasar por lo que nosotros pasamos. Muchos todavía nos lo dicen y nos hablan de esta transformación. Incluso personas que no conocieron a Maria expresan que lo ven a través mío, como les sucede a algunos alumnos.

Esta experiencia con lo que es esencial te ayuda a normalizar la muerte, piensas que no pasa nada si te vas, porque el núcleo, la luz, seguirá. Maria se ha ido en cuerpo físico, pero yo continúo teniendo conmigo su luz y me siento conectada con ella, como también con otras personas queridas que ya se han marchado. Es reconfortante y te da fortaleza para enfrentarte a la muerte, para seguir caminando.

JC: ¿Y es este descubrimiento del que habláis lo que os ha ayudado a no instalaros en la amargura y en la queja? Porque estáis tristes, en vosotros conviven sentimientos contradictorios, y así será durante mucho tiempo, o siempre, pero no estáis amargados ni quejándoos de lo que os pasó...

- E: Es gracias a darle sentido, a negarnos a aceptar que no sirvió para nada. Maria no murió en vano. Nuestro gran esfuerzo, y mérito a la vez, ha sido saberle dar sentido a lo peor que hay en el mundo, porque de entrada lo que sientes es un vacío de sentido total. No solo estamos volviendo a dar sentido a nuestras vidas, sino que le hemos encontrado sentido a la muerte de Maria. Además, intervienen otros factores, como el soporte de los amigos, o como la espiritualidad. Y nuestro talante, que es optimista y luchador.
- M: Es una cuestión social. Vivimos en una sociedad muy instalada en la queja, es una manera de captar atención y energía de los demás. Culturalmente somos muy así, especialmente los catalanes, es la cultura de la queja y el pesimismo estéril. Y eso hay que romperlo y cambiarlo. Por otra parte, a nosotros hay dos cosas que nos han ayudado mucho a mantenernos en este optimismo. Una es el hecho de pensar cómo nos querría ver Maria, porque ella era muy alegre y risueña. Si en algún momento yo estaba seria o no me encontraba bien, me miraba como diciendo que no le gustaba nada. Y por tanto teníamos que estar contentos porque era lo que ella querría. Y, en segundo lugar, y prácticamente desde el primer día, sentí el peso de una responsabilidad, la de que de mí dependían muchas cosas, y que si yo me hundía se multiplicaría por diez el dolor de todos.
- JC: Eso es muy generoso, porque cuando a una persona le ocurre algo tan grave, la tendencia es a sentir que el centro del mundo está en lo que le está pasando.

M: Pues fue así, y lo hice conscientemente, y costándome un gran esfuerzo, pero es que lo tenía muy claro, ya lo tuve claro en el hospital. Cuando al morir Maria a mi hermana le dije «me quiero morir», porque era insoportable y lo único que quería era desaparecer, y ella me respondió «y a los demás qué, ¿que nos den?», sentí sobre mí esta gran responsabilidad. En el tanatorio, pese a que no quisimos que hubiera velatorio ni nada, nos dejaron una hora, y vino mucha gente, que no sabemos ni cómo se enteraron, era una riada constante de gente, había una cola de no sé ni cuántas personas. Yo solo lloraba, no podía hablar. Pero al ver cómo estaba la gente pensé que me tenía que reponer. Y esta responsabilidad hacia los demás me ha ayudado a mí a estar bien, a esforzarme más para estar bien. La idea de que si estaba bien haría mucho bien a otros era un revulsivo y le daba sentido al esfuerzo.

E: Queríamos dejar el mejor recuerdo posible de Maria. Y por la misma razón, con los médicos y el hospital tuvimos muy claro que no queríamos buscar ningún conflicto, pero sí recibir explicaciones, y transmitir lo que había ido bien y sobre todo lo que no había ido bien para que no volviera a repetirse, pero sin buscar la confrontación. Porque no tenía sentido, y porque no era lo que habría querido Maria. La idea de cómo le gustaría vernos a Maria nos ha ayudado en muchos momentos del duelo. Yo no he sentido tanto esta responsabilidad hacia los demás que explica Montse. A veces tengo la sensación de que hemos hecho *el primo*, preocupándonos de que los demás estuvieran bien y no de nosotros. Y pienso que si hubiéramos montado el número nos tratarían mucho mejor. Algunos se han acomodado y son ellos los que se han instalado en su pena.

M: Yo me digo a mí misma que no lo hemos hecho bien, que tal vez tendríamos que haber montado dramas y hundirnos, pero como nos ven bien porque nos hemos esforzado mucho para estar bien, se dejan ir. Con estas personas no nos ha funcionado, ha sido peor.

AL PENSAR EN AQUEL DÍA LA PALABRA QUE ME VIENE A LA CABEZA ES LA NÁUSEA

JC: Una de las cosas que más inquieta del relato es la velocidad a la que sucede todo, pasáis en un momento del todo va bien a que todo se precipite. Hay un día, que no olvidareis nunca, en que todo cambia para siempre, cuando os dan el diagnóstico.

M: Al pensar en aquel día la palabra que me viene a la cabeza es *la náusea*, esa náusea que vino a mi vida y que ya no me ha abandonado. Una sensación muy desagradable con el estómago revuelto, y a partir de esta náusea, la descomposición interna, te desconfiguras mental, física y emocionalmente. Sufres un shock y tu cuerpo se descompone. Y todavía ahora siento esta náusea, y el ahogo, el no poder respirar porque tienes un nudo bien adentro que no te deja.

E: A mí me viene a la cabeza el terror. Cuando Montse me llamó, y yo volvía desde Girona, quedaba un espacio para la duda, aún no nos habían dicho nada concreto. Pero ya delante de M., la pediatra de Maria, cuando nos lo estaba explicando,

sentí este terror, te quedas sin fuerzas, te dices que no puede ser y que no lo estás entendiendo. Sentía un helor muy intenso que me atravesaba la espalda. Y me puse automáticamente en modo lucha, pensando en qué se debía hacer y poniendo orden. Tenía claro que no podíamos dejarnos caer, y fuimos muy resolutivos y rápidos con lo que dependía de nosotros. En poco más de una hora informamos a nuestros padres, vinimos a casa a hacer la maleta, y nos fuimos al hospital. Y mientras preparábamos las maletas, Maria tuvo la oportunidad de escoger lo que se quería llevar al hospital porque le dijimos que estaríamos fuera durante mucho tiempo. Fuimos capaces de explicarle que estaba enferma, que tenía una cosita en la sangre a causa de la cual teníamos que llevarla a un lugar para cuidarla, y que cogiera lo que se quisiese llevar. Y ella escogió, y después, en el hospital, no echó en falta nada, o sea que supo escoger muy bien. Pero una vez en el hospital ya desaparece cualquier tipo de control, y ya no controlas absolutamente nada.

M: ¿Ves? Yo eso no lo recuerdo, solo recuerdo la náusea, y a Maria preguntándome por qué lloraba. Sentía mucha inseguridad, con mi físico totalmente descontrolado, y eso me duró unos días. Y se acompañaba de un cierto sentimiento de culpabilidad, porque debía estar fuerte y mostrarme firme, y en lugar de eso estaba físicamente descontrolada. Pero me tranquilizaba tener a Edu a mi lado.

E: Yo también recuerdo la cara de Jana, la hermana de Montse, que estaba aquí cuidando a Maria mientras nosotros estábamos hablando con la pediatra. Cuando volvimos a casa nos preguntó, y no tuvimos ni que responder, creo que lo llevábamos escrito en la cara, y en aquel momento se creó

una situación difícil de explicar con palabras, hizo un cambio de chip, como diciéndose «ahora no toca», le cambió la cara, pero tomó una actitud activa, en el sentido de «qué hay que hacer», y supo mantener esta actitud hasta más allá de la muerte de María. Veías que por dentro estaba desecha, pero aparentemente mantenía la sangre fría y aguantaba para poder ayudarnos.

JC: Informar a la familia debía ser...

M: Recuerdo cómo de camino al CAP⁶ Edu llamó a su madre, pero ella no entendía nada, no podía asumir lo que le estábamos diciendo. Después recuerdo cuando fuimos a casa de mis padres y se lo explicamos, mi padre empezó a sollozar como un niño pequeño.

E: Dar estas noticias significa destruir a las personas a quienes se las das.

M: Quedan como en shock, la gente repetía «no puede ser, no puede ser». Pero es que nosotros estábamos igual, no sabíamos la que nos estaba cayendo encima ni lo que estaba pasando ni lo que estábamos haciendo.

JC: Vosotros informasteis sin estar en demasiado buenas condiciones para hacerlo...

⁶ Centro de Asistencia Primaria

- E: No, no lo estábamos. Cada uno reacciona como reacciona, a mí me salió hacer y ejecutar, y Montse se descompuso por dentro pero no por fuera.
- M: Formamos un tándem extraordinario, nos complementamos muy bien.
- JC: Por eso estáis juntos.
- M: Eso nos ayudó a llevarlo con cierta dignidad.
- JC: Y una vez en el hospital, ya perdéis totalmente el control de lo que se hace, quedáis en manos de otros...
- M: El hospital es el terror, ella llorando, nosotros viendo lo que le están haciendo, pinchándola, sacándole sangre, y tenías que permanecer allí disimulando.
- E: Sentías todo el daño que le hacían a ella, todo el dolor.
- M: Y todo sucede muy rápido, en urgencias estás sufriendo tanto que no te das cuenta de lo que está pasando, no sabes nada, después te suben a planta, te explican, pero tampoco entiendes lo que te están diciendo. Tu estructura cotidiana se desvanece y solo queda la nada, la incertidumbre. No sabes ni qué hora es, no comes ni cenas, no puedes comer porque solo sientes la náusea.
- E: Es tal el descontrol que recuerdo como una gran victoria conseguir una segunda butaca para poder sentarnos los dos a su lado en la habitación.

- M: Te pasas todo el tiempo preguntándote «ahora qué tenemos que hacer, ahora a dónde hemos de ir...» No entiendes nada, no te explican demasiado, no conoces el funcionamiento del hospital, no sabes cómo quedarán cubiertas las necesidades básicas de ella, no te informan, no te acompañan, los médicos te hablan de forma críptica... Y eso lo vivimos así nosotros, que somos personas con estudios, pero imagínate si además no tienes formación ni estudios...
- E: Haría falta una acogida mucho más sólida. No puedes entrar en un hospital con un diagnóstico de posible leucemia y que no sepas cómo funciona nada y que te sientas más solo que la una. E insisto en que nosotros teníamos recursos, por ejemplo, éramos los únicos que teníamos esta segunda butaca (que conservamos durante todo el ingreso), pero tuvimos que hablar con unos y otros para hacerles entender que queríamos estar juntos, si no lo hubiéramos forzado un poco, aquella misma primera noche ya nos habrían separado, y habría sido terrible. ¿Cómo puedes quedarte solo la primera noche en el hospital pensando que tu hija tiene leucemia? Como mínimo estábamos los tres juntos encerrados en una pequeña habitación, la única seguridad que teníamos, la de estar juntos. Después, más adelante, te van explicando que es mejor alternarse para que uno pueda descansar y mantenerse fuerte, y entonces ya te vas situando y te vas organizando. Al cabo de dos o tres días ya nos habíamos resituado, y empezamos a pedir toda la información sobre lo que se estaba haciendo y sobre el protocolo de tratamiento. Pero, aun así, si no llega a ser porque apareció J...
- M: Pero apareció porque lo pedimos, si no lo hubiésemos pedido ni nos habría conocido. Cogí al médico y le dije cómo me

sentía y le pregunté si en el hospital disponían de algún tipo de soporte psicológico para los familiares. Entonces, como quien cae en la cuenta, mencionó a la Fundación Paliaclic y nos puso en contacto con J. Pero eso debería haber sido un protocolo establecido desde el primer momento.

E: No costaría tanto, una reunión de media hora en la que te expliquen la situación, el plan de actuación, el papel que nos corresponde como padres, los recursos de que dispones. Una acogida que es muy necesaria. En cambio, hasta la segunda semana no entró J. en el caso, y porque Montse lo solicitó. Ella nos ayudó mucho a poner orden.

JC: ¿Qué visión tenéis de los otros niños que estaban ingresados? ¿Cómo lo recordáis?

M: Muchos de los niños de la planta pertenecían a grupos vulnerables, y entonces veías una doble soledad, la soledad de un grupo étnico incomprendido por los médicos que les atienden, y la soledad de la enfermedad. Yo intentaba aproximarme, iniciar alguna conversación. Y al lado teníamos a otro niño con una situación muy extraña, el padre pese a que estaba de baja no aparecía en todo el día, el que estaba siempre, todo el día y toda la semana era el yayo, al anochecer venía la madre, le daba la cena y se iba, y el padre se quedaba a dormir y se marchaba a primera hora. Teníamos buena relación con ellos, pero no lo entendíamos, nosotros habríamos querido estar siempre con ella, y nos turnábamos por obligación, no se nos pasaba por la cabeza no estar a su lado todo el tiempo posible. De hecho, Maria se enfadaba cuando se iba uno de nosotros, no lo entendía, nos quería a los dos. O sea, que no hicimos demasiada piña, supongo que

por esta variabilidad de ser todos tan diferentes, y también porque es un hospital en el que hay pocos niños y eso no facilita que se genere un ambiente de camaradería.

- E: Yo tuve muy poca relación con las otras familias. La nuestra era una habitación muy cerrada y Maria no podía salir, y entonces tienes poca relación con los otros. Solo de vez en cuando el niño de la habitación de al lado venía con el yayo a ver a Maria, él sí que podía salir de la habitación, y entonces hablábamos un poco en el pasillo. Pero al margen de eso, yo no hablaba prácticamente con nadie, soy tipo tortuga, me meto dentro del caparazón.
- M: Eso va a caracteres, Edu es más reservado, yo soy más de relacionarme, y hablaba con otros padres y madres.
- E: Y veías que los médicos, sin darse cuenta, no nos trataban a todos igual, con nosotros probablemente se sentían más a gusto, por una cuestión cultural, y eso nos favoreció.
- M: Incluso ya pensábamos en poner en marcha algún proyecto de investigación que estudiara cómo superar esta doble vulnerabilidad en el hospital, o qué recursos se podrían invertir para romper estas barreras y estas dinámicas de falta de entendimiento mutuo.

EMPEZÓ A HACER COSAS COMO SI SE ESTUVIERA DESPIDIENDO

JC: ¿Cómo vivió Maria estas cuatro semanas? ¿Hubo una evolución?

M: Los primeros días estaba como asustada, aun siendo una niña muy segura de ella misma. Se le escapaba el pipí pese a que ya hacía un año que no llevaba pañales, tartamudeaba, y mostraba pánico cada vez que entraba una enfermera. Después comenzó a controlar nuevamente el pipí, pero no dejó de tartamudear, y cuando veía entrar a la enfermera su mirada me buscaba y decía «mami, mami». Al principio estaba más animada, preguntaba por los niños de su clase, si la vendrían a ver. Pero después ya dejó de preguntar por los niños, yo creo que aceptó que no los vería, fue como si se hiciera mayor.

E: Fue madurando, a medida que los medicamentos la iban deteriorando estaba más seria, cada vez tenía menos fuerzas. Las primeras semanas se reía, la última semana ya no se reía, y si sonreía daba la sensación de que lo hacía por ti, como esforzándose. Ella no lo vivió mal. Llevaba allí como tres semanas y decía que no se quería ir. Pero sufrió una degradación física muy importante.

M: Yo creo que no era consciente de todo este deterioro, era muy pequeña. En un adulto habría sido devastador y causaría estragos en su personalidad. Pero ella lo llevaba bastante bien. Había días en que estaba más apagada, y otros en que

se animaba un poco. Al final ya no podía sostenerse en pie, no podía caminar, estaba toda hinchada.

JC: ¿Qué nivel de comprensión de lo que estaba pasando pensáis que ella tenía?

M: Nosotros le explicábamos que tenía unos bichitos malos en la sangre y que los médicos y las enfermeras la estaban curando. No necesitaba más. Preguntaba si ya no los tenía, y le decíamos que todavía le quedaban unos cuantos.

E: Eso era porque quería volver a casa, y porque hubo un resultado muy bueno de un análisis que nos trajo el médico y le explicamos muy contentos que ya casi no quedaban bichitos malos y que el tratamiento estaba funcionando.

M: Nosotros aparentábamos la máxima normalidad, y eso ayudaba a que lo llevara con la misma normalidad. Pero me di cuenta de que se estaba haciendo mayor, le cambió la mirada, estaba más serena, y después empezó a hacer cosas como si se estuviera despidiendo, era una sensación que yo tenía, y que me negaba a ver, y lo atribuía a mi miedo que estaba proyectando lo peor. Pero mirándolo desde la distancia veo clarísimo que no era mi miedo, era cierto.

JC: ¿Son los mensajes que mencionas en el relato? ¿Mensajes sobre lo que iba a suceder pero que tú no querías escuchar?

M: Sí. Aquella mirada que no olvidaré nunca, determinadas reacciones que tenía... Y yo me sentía extraña y estaba muy rara, como si tuviera dentro de mí a Maria otra vez, notaba los pechos hinchados como si hubiera de volverme a salir

leche, los últimos días era como si estuviese entrando dentro de mí, como si se revirtiese el proceso de traerla al mundo.

JC: Y eso ocurría antes de que se desencadenara la complicación final...

M: Sí, yo no entendía por qué me estaba pasando aquello, y no me gustaba nada la sensación. Me llegaban constantes mensajes sobre la pérdida, sobre el hijo que muere. Era muy desagradable para mí, y me insistía a mí misma que estaba hablando el miedo. Veía sus reacciones y me preguntaba por qué lo hacía, no me gustaba lo que veía. Y cuando murió me di cuenta de que hacía días que me lo estaba diciendo. Pero nunca puedes estar preparado para una cosa así. No lo quieres ni lo puedes ver, por evidente que sea. Recuerdo tanto aquella sensación de que se me estaba escapando, como cuando ella estaba sentada en el orinal, y yo la tenía que sujetar, aguantándole la cabeza, y notaba que se me iba. Sentía que se estaba marchando y yo no podía hacer nada más que sostenerla. No lo podía soportar, era horrible. Por eso tengo la certeza de que las personas, cuando están en estas fases finales de la enfermedad, saben que se van a marchar.

JC: ¿De verdad tienes la sensación de que ella se despidió?

M: Y tanto, ella llevaba muchos días despidiéndose, y cada vez era más evidente. Y eso iba en contra de lo que estaba pasando, porque parecía que todo iba muy bien. Y como padres nos agarrábamos a eso, por supuesto, teníamos ilusión...

- E: Es que nos íbamos de alta a casa al día siguiente. De hecho, cuando murió, aquí había gente limpiando y preparando nuestra casa para la vuelta. Y nos quedaba la duda, porque no estaba bien de la barriga, y preguntábamos al médico, y nos decía que sí, que se podría marchar, que no tenía importancia. Y las analíticas iban mejorando.
- M: Toda la atención la ponían en las analíticas, y tal vez por eso les pasaron por alto otros síntomas. Lo analizamos con el médico a posteriori, claro que a toro pasado es más fácil, pero no vio ninguna señal de alarma los últimos dos días. Incluso la última noche, ellos como médicos deberían haberse dado cuenta de lo que estaba sucediendo, hacia el anochecer se empezó a poner taquicárdica, y decía que le dolía la cabeza y le dolía la barriga como en un bucle, y eso debería haber hecho saltar las alarmas, pero no lo vieron.
- E: Nos dieron una explicación lógica, pero no nos convenció. El médico también nos explicó que si le hubieran hecho más caso habría ido a la UCI con antibióticos endovenosos, pero tal vez también habría ido mal, no podemos saber lo que habría pasado. Nosotros siempre hemos pensado que Maria se fue porque se tenía que ir, y nunca hemos pensado que habríamos podido hacer algo diferente para evitarlo.
- M: Sinceramente, yo estuve durante unos meses con la idea de pedir explicaciones, pues entendía que había habido algún tipo de negligencia. Dudé. Pero Edu me insistió en que no debíamos ir por ese camino. Valoramos pros y contras. La rabia no deja de ser una fase del duelo. Y finalmente con el médico lo hablamos abiertamente. Pero de qué serviría cargárselo todo, entendimos que era el proceso de Maria. La

realidad está ahí, eso sucedió, y no lo podemos obviar. En esos últimos días, el dolor y la angustia se multiplicaron, porque tú no eres médico, pero ves que las cosas no van bien. Y se sumaba el proceso espiritual, con todas aquellas señales... Fue muy duro, de una dureza extrema, con una gran sensación de impotencia y de que no podías hacer nada, y sintiendo que yo me moría. El último día le decía a Edu que no podía más, estaba consumida completamente, intuía el remate que venía.

E: Cuanto peor estaba Maria, peor estabas tú.

M: Es la única vez en la vida que he tenido esta sensación de ya no poder más, de no poder continuar, de no poder vivir, de no poder con la vida. Necesitaba morirme porque no podía soportar lo que estaba pasando. Pero el cuerpo sigue adelante. Es imposible expresarlo en palabras. Que la vida de tu hija se te escape de las manos, con aquella ternura que tenía Maria... Tengo momentos con Dolça en que la miro, y la abrazo, y la toco, porque con ella he recuperado el tacto de Maria. Pero ahora lo vivo diferente, con consciencia, pensando que «si te vas yo estaré aquí contigo». Ahora tengo consciencia de la muerte, cosa que no te enseñan, y esta falta de consciencia lo hace todo mucho más doloroso. Con consciencia, es más plácido, y ahora lo entiendo, pero después de haber vivido una experiencia terrible. Me lo podría haber ahorrado, y por eso creo que es importante hacer este libro. Es muy importante el trabajo que hacéis desde la Fundación Paliaclic, esta concienciación respecto a la muerte, que hace que vivas mucho mejor, y eso no tiene precio.

- E: Yo recuerdo que cuando estábamos allí, en el hospital, la posibilidad de morir no era una opción. La preocupación eran los efectos secundarios de la quimioterapia, pero en absoluto que no lo superara. Te bombardean con estadísticas, pero no te hablan para nada de la muerte, le quitan importancia a todo.
- M: J. fue la única que sí que habló, que nos introdujo el tema de la pérdida, el resto no hablaban ni te dejaban hablar. Y cuando decías que tenías miedo de que pasara algo malo todos te gritaban que no. Era una negación constante. ¿Cómo se puede estar negando a unos padres que tienen un hijo en una situación tan grave? Deberíamos haberlo pensado antes, empezar a poner hilo a la aguja por si pasaba alguna cosa, y si no pasaba pues genial.
- E: Sí, pero de verdad que yo no contemplaba la opción de que muriera, sabes que hay niños que mueren, pero ella no, ella saldrá adelante. Y en una semana las cosas empiezan a derrumbarse, y en un día se acaba todo. La mañana del día anterior estaba bien, fue hacia el mediodía que se empezó a encontrar mal. Le dije a Montse que ya me quedaba yo, que no se preocupara, que todo iba bien.
- M: Pero yo no quise, aunque me habría ido a gusto porque estaba desecha, me sabía mal por Edu.
- E: Siempre hay algo que notas, que percibes, una sensación extraña, me fui pensando que al día siguiente vendría muy temprano, aunque no sabía por qué, pero lo sentía así.

- M: También estabas preocupado por mí, aquel día me viste muy acabada.
- E: Seguramente influyó, pero no tengo la consciencia de que esa fuera la razón, era la certeza de que tenía que venir más pronto. El día antes había tenido mucho la sensación de que Maria no quería que me fuese. No era como otros días, que se enfadaba y lloraba cuando me iba, y después se le pasaba. Era mucho más especial que otros días, y esperé a que se durmiera para marcharme. Cuando lo recuerdo, sé que me estaba diciendo que no me fuera porque era la última noche. Pero no puedo castigarme con este pensamiento, además, me tenía que ir, no podía quedarme, y tal como he dicho la opción de la muerte no la contemplaba.
- JC: Y tú, Montse, ¿tienes la sensación de que te despediste de ella?
- M: Sí, y Edu también.
- E: Yo la tenía cogida de la mano cuando murió. Llegué cuando aún estaba consciente, sé que me vio, y entonces se dejó ir del todo. El caso es que al entrar en la habitación y verle la cara me di cuenta por primera vez de que se moría. Montse estaba en el pasillo completamente hundida, y aún tuve que escuchar de una enfermera «papi, no te preocupes, tranquilo, que no es nada», y mientras le estaban dando una tila a Montse.
- M: Pero yo le decía a Edu, «la niña no está bien». Y fuera todo eran carreras y caos.

E: Yo ya no salí de la habitación, le cogí la mano y me dije que no me movería por nada del mundo, ni siquiera para ir a buscar a Montse.

M: Suerte que, en medio de aquel caos, donde nadie sabía lo que tenía que hacer, nos quedamos con ella hasta el final.

E: Le dije: «Maria, cierra los ojos y duerme», y me hizo caso.

INTRODUCCIÓN A LA 3^a CONVERSACIÓN

No inventamos el sentido de nuestra vida, lo descubrimos.

Viktor Frankl

Las fechas son importantes, pueden llegar a serlo mucho para quien ha sufrido una pérdida tan devastadora como es que se te muera un hijo. A veces, no somos lo suficientemente conscientes de esto, cuando mostramos nuestras carencias a la hora de acompañar el duelo de alguien a quien queremos, y menospreciamos el valor de la fecha, que no tiene por qué diluirse con el paso de los años.

El 11 de junio, aniversario de Maria, que cumpliría 5 años, no había de ser un día nada fácil para Montse y Edu. Un día que quedaba encajado entre dos de nuestras conversaciones. Un día que ellos, con toda seguridad, tenían marcado en rojo. No les hacía falta la agenda ni el calendario. A mí sí que me hacía falta, y me lo anoté, porque también estoy realizando mi particular aprendizaje con ellos dos. Yo no acostumbraba a dar esta importancia a las fechas. El día 11 les envié un mensaje de apoyo, simplemente para hacerles saber que los tenía presentes. Nada más. La respuesta de Edu, además del agradecimiento, hacía referencia a que habían pasado cosas. Debería esperarme todavía

unos cuantos días para desvelar el misterio, si es que había alguno. Pues y tanto que lo había.

Nos volvemos a topar con el misterio, con las señales, con las presuntas casualidades que posiblemente, probablemente, o con toda certeza, no lo son de casualidades.

En la esfera del misterio el mundo médico no se siente nada cómodo, cuando no lo desprecia directamente. Pero la visión exclusivamente científica es demasiado restrictiva, y se queda corta (y empobrecida) para explicar muchas cosas que intervienen en la salud o en la enfermedad de las personas. Otra carencia.

Abrir los ojos nos puede ayudar a descubrir el sentido que tienen las cosas, aquel sentido que en el momento en que suceden no vemos, porque estamos demasiado cerca, y no tenemos perspectiva. Y cuando todo adquiere sentido, la vida resulta más fácil, o cuanto menos, deja de ser absurda.

22 DE JUNIO DE 2018

CREO QUE MARIA AHORA MISMO SE ESTÁ RIENDO MUCHO

JC: Ya ha pasado el día 11...

M: Sí, un día crítico. Bien, no es el día, es toda la semana.

E: Tiene doble dirección, es difícil la semana antes, y también lo es dos o tres días después.

M: Pero cada vez va mejor.

JC: ¿Y el mensaje que me enviaste? ¿Ocurrió algo especial?

E: Sí, sí que pasaron cosas.

M: Y tanto. Unos días antes pedimos hora en el CAP para Dolça. Nos avisaron desde la guardería que le había aparecido un lunar muy grande en el pie, y su educadora insistió en que la lleváramos al pediatra, que esto se tenía que vigilar. Naturalmente, nos alarmamos. Se lo comentamos a la enfermera del CAP, y nos pidió visita para una nueva pediatra. Como nuestra pediatra de confianza, M., se había marchado, nos tenían que asignar una nueva. La enfermera nos explicó que de los diferentes sustitutos que estaban

trabajando en el CAP había una doctora que tendría más continuidad y por tanto nos sugirió que le pidiéramos hora a ella. Pedimos visita para el primer día posible y a primera hora de la mañana. Y nos la dieron para el día 11. Después tendríamos tiempo de irnos a la montaña como teníamos previsto. Y cuando ella abrió la puerta, yo me di cuenta enseguida de que era una de las doctoras del equipo que había atendido a Maria en el hospital, y que además había sido la más cariñosa y cercana a Maria. Al vernos, tuvo un shock. Creo que se descompuso. Y yo me quedé a cuadros. Cuando llamó a Dolça por su nombre le dije: «hola, ¿nos conoces?, ¿te acuerdas de nosotros?» Y respondió: «¿cómo no voy a conoceros?»

Noté que se venía abajo, que se le humedecían los ojos y se ponía nerviosa. Nos hizo pasar, y le tuve que preguntar si estaba bien. Y entonces reconoció que tanto ella como su compañera E. pensaban mucho en nosotros y nos tenían muy presentes, y el hecho de vernos la había impactado. Era todo como muy casual, era su primer día en su nueva etapa como pediatra del CAP, Dolça fue la primera paciente de la jornada, y además era el aniversario de Maria.

E: ¿Qué te parece el humor de la niña?

M: Le dije: «no sé si existen las casualidades, pero creo que Maria ahora mismo se está riendo mucho». Y ella respondió que había cosas para las que como médicos y científicos no eran capaces de encontrar explicación. La noté como muy emocionada, y nos dio a entender que la muerte de Maria había sido un golpe muy duro, y que después de aquello prefirió optar por otros espacios de trabajo y especialización

como la atención primaria. Cuando aquello pasó, ella estaba en prácticas en el hospital, y la experiencia tan traumática la decantó hacia otro camino. Maria la había marcado mucho. Y después nos comentó si preferíamos cambiar de médico, pero le dijimos que por nosotros no hacía falta ningún cambio, y así se quedó. Qué manera de empezar el día 11.

E: Hizo algún comentario sobre el día que murió Maria. Dijo claramente que no se lo esperaban. Era como si le hubiera quedado pendiente decirnos eso. Creemos que se emocionó mucho con el encuentro porque cuando ya nos íbamos, justo cuando iba a entrar la siguiente visita, les dijo: «un momento...» Pensamos que lo hizo para coger aire...

JC: La vivencia desde el lado de los médicos, y especialmente para una persona joven e inexperta, no debía ser nada fácil, pensando entre otras cosas qué habían hecho mal para que pasara lo que no tenían nada previsto...

M: Todavía guardo un bolígrafo que esta doctora le había regalado a Maria, estaba mucho por ella... Y tengo unas cuantas fotografías de ellas dos juntas.

SE FUE PORQUE SE TENÍA QUE IR, Y NO SE PODÍA EVITAR. NO HAY CULPABLES.

JC: Ya que hablamos de los médicos... En el relato me llamó mucho la atención este período en el cual Maria no acababa de estar bien, pero que no se le daba importancia. De hecho,

y como médico puedo afirmarlo, no había ningún dato objetivo como para hacer saltar la alarma. Pero finalmente se solicita una analítica, más por insistencia vuestra que por otra cosa, y todo cambia. ¿Cómo gestionasteis todo esto con vuestra pediatra?

- M: El diagnóstico fue el shock, el gran impacto. Pero antes en ningún momento pensamos que pudiera haber nada malo. Yo sí tenía una sensación extraña desde que había acabado el verano, que había sido muy bonito y mágico. Volvimos con mucho empuje y muchos propósitos, pero todo estaba como parado, estos propósitos o proyectos no avanzaban por una u otra razón. Sentía una cierta extrañeza por este hecho, pero nunca pensé que el cansancio de María o las decimitas de fiebre podían ser por algo grave. No se me pasó por la cabeza absolutamente nada. De repente te dan la noticia, y quedas en shock, y ya no te enteras de nada, se te lleva el huracán, y pierdes el control de todo.
- E: Cuando empezó con las décimas de fiebre, o las llagas en la boca, o con mucosidades en el pecho, y la fuimos llevando a diferentes profesionales, siempre pensé que María se curaba muy rápido de todo, y que así sería. Lo pensé hasta el final, que tenía una constitución muy fuerte y se curaba con facilidad. Había sido una niña muy sana, nunca faltaba a la guardería.
- M: Y porque confiábamos en los médicos, si me decían que no era nada importante, pues yo me lo creía, siempre me los había creído. Ahora ya no.

- E: Se mira en la superficie, y en teoría con eso ya hay suficiente. En otoño era normal pensar que las décimas o los mocos se debían a infecciones víricas. No pienso que hubiese ninguna negligencia.
- M: Era prácticamente imposible que sospecharan lo que estaba pasando. Encontraban normal que no acabara de curarse del todo...
- E: Y algunos amigos nuestros habían tenido a los hijos dos o tres meses enfermos.
- JC: Claro, es que en medicina domina la idea de que si sigues el protocolo establecido todo es detectable y todo irá bien, pero eso no es del todo cierto, siempre habrá un porcentaje pequeño, mediano o grande de información que se escapa y que se continuará escapando, es una variable que no se puede integrar en este protocolo. Este hecho, ¿os ha generado más miedo, por ejemplo, con Dolça?
- M: No. Pero ya no me creo a los médicos. Desconfío de lo que me dicen, lo que pasa es que no tengo otra alternativa. Pienso que van dando palos de ciego, probando y experimentando, y algunos encima con la actitud de que saben muy bien lo que hacen, cuando en realidad no es verdad. Y pasa con niños y con adultos, en la medicina en general. Es esta sensación de *a ver si acierto*, y escucho comentarios de otras personas que tienen la misma sensación. Y no creo que ya nunca supere esta desconfianza.

JC: Montse, estás siendo muy dura, ¿lo dices por los profesionales, o por la medicina de la que disponen y que pueden practicar?

M: Falta mucho por investigar y por conocer, se ha avanzado, pero todavía queda mucho por saber y por hacer. Además, hay un factor incontrolable que tiene que ver con la evolución espiritual del ser humano, y que hace que el mismo tratamiento le funcione a uno y a otro no. Y a nivel individual les falta un poco de humildad, algunos parece que como han estudiado mucho y se han preparado a fondo están por encima del bien y del mal y por tanto lo que ellos dicen es la verdad y punto.

No es que tenga más miedo, es desconfianza. Pero si un día me llaman porque pasa alguna cosa nunca será un golpe tan duro como la otra vez, estoy más preparada.

E: El protocolo de actuación te lleva a la solución más posible, con la hipótesis más probable, y si hay oculto algo más pues ya saldrá. Todo se basa en datos estadísticos. Y entiendo que haya de ser así, no se puede hacer un análisis a todo el que viene con décimas de fiebre, evidentemente, hemos de asumir que la medicina no es un escáner que te ve por dentro y te dice lo que tienes, sino que te dice lo que es más probable. Pero no van más allá, y nuestra experiencia ha sido que más allá había mucho más. ¿Qué sensación tengo ahora cuando voy al médico? Pues me dicen lo que tengo, porque es lo más probable, y espero, y si es otra cosa ya saldrá. La desconfianza, por tanto, se debe a este funcionamiento según estadísticas y probabilidades.

M: Pero ellos se creen que tienen la verdad absoluta...

E: Sí, tal vez deberían ser más humildes, pero también es cierto que si dudan no se los creerá nadie, y aún será peor. Por tanto, han de estar muy seguros, o cuanto menos parecerlo. Debo decirte que M., la pediatra de Maria, nos explicó que después de lo que pasó se había hecho un hartón de pedir análisis, porque perdió esta seguridad que se basa en la estadística. Y también es cierto que, en el caso de Maria, aunque la detección fue muy precoz, porque no es habitual detectar una leucemia en un CAP, el momento del diagnóstico no influyó para nada en la evolución, si la hubiesen detectado un mes antes el tratamiento habría sido el mismo.

JC: Pero, dejando a un lado la actitud, deberíamos valorar si la medicina actualmente se puede hacer de otra manera. Efectivamente, el proceso diagnóstico es en buena medida una cuestión estadística, y si piensas de entrada en lo más improbable eso te convierte en un mal profesional. Tenéis que pensar que para el médico trabajar con una horquilla de incertidumbre, de todo aquello que se escapará, puede llegar a ser terrorífico. Porque esta incertidumbre existe, tanto si la admite como si la niega. Y también los pacientes y los familiares pueden no admitir la incertidumbre, y quieren respuestas seguras que de hecho no te pueden dar.

E: Es un desencanto. Para que el sistema funcione, todos nos lo hemos de creer.

JC: El sistema se basa en que la medicina y los médicos saben lo que hacen y lo hacen muy bien, y los pacientes lo creen. Pero si eliminas cualquiera de estas dos premisas, tienes el caos

total. Y como este caos es todavía peor, pues todo el mundo acepta estas reglas del juego. Aun así, se pueden hacer bien muchas cosas, pero aceptando que hay una importante dosis de incertidumbre. El problema es que no se acepta, porque la incertidumbre es muy angustiada.

E: Eso lo hemos aprendido ahora, no nos lo habían enseñado en la universidad ni en ninguna parte.

JC: Hay demasiadas cosas que no se enseñan ni en la escuela ni en la universidad.

E: Aceptar esta horquilla de incertidumbre que tú comentas te hace entender que el tratamiento que te ofrecen es el mejor de entre los posibles, pero que no tienes la garantía de que irá bien.

M: Pero no te dan toda la información, la parte negativa te la ocultan, yo tuve que insistir mucho para que me dejaran ver el protocolo y los posibles efectos secundarios.

E: Tal vez saben que no pueden darte toda la información para no generarte dudas constantes y ellos como expertos mantienen el control de la información.

M: Yo de la etapa en el hospital me he quedado con la sensación de que como éramos unos padres facilitadores, correctos, respetuosos, de buen trato, bajaron la guardia. Si hubiera sido una madre histérica que les presionara y estuviera más encima de ellos, tal vez habrían estado más atentos, o el día antes la habrían ingresado en la UCI. Es una certeza que tengo, y me duele mucho. Y el carácter me ha cambiado, ahora no lo permitiría, no les dejaría hacer y seguir con su

protocolo, me he vuelto más intolerante. Desgraciadamente, es el único idioma que conocemos, en nuestra sociedad no sale a cuenta ir por las buenas, estamos acostumbrados a relaciones de autoridad y no igualitarias, y para que te hagan caso has de ser malcarado e ir con muy mala leche.

- E: Pecaron de falta de humildad, y de exceso de mecanización del trabajo. Aquella noche no estaba el Dr. A., y si no está quien más sabe aún se sigue más al pie de la letra el protocolo. Yo creo que pensar que si hubiéramos sido más pesados habrían modificado el plan de actuación no es una certeza, es una suposición, que en parte viene dada por el sentimiento de culpa que te queda de que tal vez habríamos podido hacer alguna cosa más para que Maria aún estuviera viva. Pero cuando llego a este punto pienso que Maria no murió por ninguna negligencia sino porque era su momento.
- M: Porque lo queremos creer para consolarnos. Si decidí hablar con el Dr. A. desde la creación y no desde la destrucción fue para poder ayudar a mejorar este tema. Y le creo cuando me dijo que se habían reunido los equipos para analizar lo que había pasado, y que harían cambios en los protocolos de actuación.
- JC: Una cosa es el sistema, y otra son las personas. Habéis reconocido que el Dr. A. no estaba aquella noche. ¿Qué pensáis de él? ¿Os da confianza? ¿Con qué sensación os habéis quedado?
- M: Es una persona que siempre me ha dado muy buenas sensaciones, me ha generado confianza, lo queríamos. Al principio tuve con él una conversación en la que le dije si

podía estar tranquila dejando a Maria en sus manos, me dijo que por descontado, y yo lo creí. Y me lo creo ahora. Yo sé que él hizo todo lo posible. Le tengo en alta estima. Es un médico con sensibilidad, es un profesional que hará grandes cosas. Pero no creo en el sistema ni en cómo funciona.

JC: En lo que respecta al Dr. A., el gesto de venir aquí a vuestra casa a hablar y a dar la cara tiene mucho valor y dice mucho de él...

E: Y asumió la responsabilidad.

M: Pero él no era el único responsable, había todo un equipo, él no puede estar las 24 horas del día, es humano. A mí me tranquiliza saber que después de aquella conversación en casa se empezaron a mover cosas en el hospital, lo sé. Y a mí me gustaría continuar participando, como madre o como testimonio, ya le ofrecí al Dr. A. mi colaboración. Creo que tengo una tarea por hacer, querría trabajar con ellos aportando un testimonio que ayudara a tomar conciencia de lo que pasan las familias en situaciones así y a no bajar nunca la guardia. Eso pasa en todas las profesiones, no se ha de mecanizar el trabajo, pero cuando se trata con personas, hay que tener muy presente que cada persona es un mundo con todas sus circunstancias particulares, claro que eso requiere un esfuerzo y una inversión de tiempo y de energía muy grande, pero es que es vital. El hospital estaba totalmente mecanizado en su funcionamiento, y eso no puede ser. Es la razón por la cual no vieron lo que estaba pasando.

JC: Hay que tener en cuenta que el sistema, con su organización y con la carga asistencial que impone, acaba empujando a los

profesionales hacia esa mecanización a la que se acogen como una especie de defensa, lo cual dificulta hacer este esfuerzo de individualización que tú explicas. Es una ecuación complicada, y el sistema evidentemente tiene carencias.

- E: Pues esta es la negligencia, no ver más allá, no valorar individualizadamente lo que está pasando y dar la sensación de que quien toma las decisiones ni siquiera está allí, en la planta. La negligencia es convertirnos en números cuando nosotros nunca nos comportamos como si fuésemos números. Entiendo que la mecanización posiblemente es la forma de trabajar que menos errores produce, porque la subjetividad parece que aparentemente puede producir más tendencia al error. Pero se puede ser objetivo a nivel médico, y subjetivo y flexible a nivel humano, y quien no pueda serlo pues que lo deje estar y se dedique a otra cosa.
- M: Yo creo que les falta formación, si tuvieran formación continuada sobre estos aspectos, y los llevaran a escuchar testimonios de primera mano, todo iría mejor y nos ahorraríamos muchas cosas. Tiene solución, pero hay mucho por hacer. He intentado convertir mi negatividad hacia el sistema en ideas en positivo para mejorarlo, pero me ha costado mucho, y todavía no lo he conseguido del todo.
- JC: En vuestro caso, sea por la posible negligencia del sistema, sea porque tenía que ir así, las consecuencias fueron trágicas. Pero el mismo engranaje está actuando cada día en las consultas, en los despachos, en las habitaciones de los hospitales, con temas menores o no de tanta intensidad. La medicina que tenemos es así, y pienso que cada vez más.

- E: Sin olvidar que esta medicina es la mejor solución que conocemos para combatir las enfermedades, para curarlas, sabiendo que no todo se puede curar, pero que se puede mejorar mucho. Como tú dices, la dinámica es la misma en todas partes, ocultando lo que puede ser malo o no queremos oír y poniendo el foco solo en lo más probable. Nosotros lo seguimos viendo cada vez que vamos al médico, pero a nosotros ya nos ha pasado todo aquello que nunca pasa, y nos molesta que le quiten siempre importancia a todo, cuando venimos de donde venimos.
- JC: En un momento del relato, dices que Maria escogió al Dr. A...
- M: Sí, es lo que pienso.
- E: Y si miras hacia atrás para ver cómo llegamos hasta el Dr. A., alucinas.
- M: Hay otro conjunto de cosas ligadas.
- E: Todo empieza el día que fuimos al CAP a escoger pediatra para Maria. Queríamos a una doctora que nos habían recomendado, pero nos dijeron que no podía ser. Entonces preguntamos por las otras opciones que teníamos, y nos dieron diversos nombres, uno de ellos M., y la escogimos a ella, entre otras cosas porque nos dijeron que acababa de tener un hijo (volvía de la baja maternal) y eso nos pareció un punto muy favorable para tratar a nuestra hija. Sentimos que tenía que ser ella, sin saber bien por qué. Posteriormente, el día que nos dieron el diagnóstico de una posible leucemia y que debíamos ir con urgencia al hospital, nosotros le

preguntamos qué teníamos que hacer y a dónde debíamos ir, y ella nos explicó las diferentes opciones...

M: ...pero después de insistirle nos recomendó el hospital X. porque conocía al Dr. A. de haber estado haciendo prácticas allí y nos lo presentó como de su más absoluta confianza. Y de hecho lo llamó en aquel mismo momento. Y cuando lo conocimos, a mí me gustó mucho, era una persona con mucha humanidad, que me daba tranquilidad, siempre pudimos hablar de tú a tú, el rompía esta barrera que ponen algunos médicos. Lo respetábamos mucho, pero sentíamos que la relación era igualitaria. Además, el hospital X. está en las montañas a donde íbamos siempre a caminar con Maria. A nivel emocional y espiritual tenía mucho sentido que estuviese allí. Todo estaba ligado.

E: Sé que mirando hacia atrás todo es más fácil, pero cuando lo hacemos vemos que en la vida de Maria todo estaba ligado y muy bien cerrado desde el principio hasta el final, y el Dr. A. fue un elemento clave de este principio y final, y pensamos que con él nos quedan cosas por hacer, y este libro podría ser de ayuda, una motivación para hacer ver que hay que seguir trabajando en esta línea. Tal como nos transmitió la nueva doctora de Dolça, sabemos que Maria está muy presente en aquella planta de oncología. Por eso el otro día cuando nos vio daba la sensación de que nos había visto el día antes, y que nos decía lo que le había quedado pendiente de decir, el «no nos lo esperábamos». Y seguro que también hay por ejemplo enfermeras que se quedaron con cosas por decirnos, o que ya no nos volvieron a ver porque no estaban en aquel turno... Mucha relación humana se cortó en seco, como es

lógico. Pero siento que hemos de hacer muchas más cosas con ellos. Aunque antes todo necesita un poco de reposo.

El Dr. A. es un profesional que escucha, valiente, y siento que trató a Maria como habría tratado a sus hijos, siguió el protocolo de tratamiento que estaba recomendado a nivel europeo en aquellos momentos, e hizo todo lo que la medicina le permitió.

JC: ¿Le habéis perdonado, si es que pensáis que había algo que perdonar?

M: Nunca he sentido que él tuviera la culpa.

E: Era el camino de Maria, que escogió a los protagonistas y a cada uno de ellos le tocaba jugar un papel, y algunos papeles son menos agradables que otros. Era una niña que vivía como si le faltara el tiempo, y es que en verdad le faltaba, porque no disponía de mucho. Por eso se comía el mundo. Y todo acaba encajando. Se fue porque se tenía que ir, y no se podía evitar. No hay culpables.

EL TRATAMIENTO POSTERIOR, EN LA FASE DEL DUELO, FUE UNA AUTÉNTICA RECONSTRUCCIÓN HECHA CON ORDEN

JC: ¿Cómo fue de importante para vosotros la entrada en escena de J.?

- M: En medio de la angustia, del miedo, de la inseguridad, de la contención, con J. recibíamos una ráfaga de aire fresco, te podías dejar ir, explicarle tus temores, cómo te sentías. Tenías la tranquilidad de que como profesional nos daría herramientas que ayudarían a que la cosa fuese mejor, sabiendo lo que decía, porque sabía cómo tratar el tema. Fue un gran alivio.
- E: Era como si te abrazara.
- M: Podías descargar aquel peso tan grande, respirar, coger aire y dejar ir la angustia.
- E: Como cuando estás muy cansado y te sientas a reposar. Y era muy profesional, identificaba en todo momento lo que necesitábamos.
- M: Te escuchaba de verdad, sin el reloj en mano, con esta humanidad que tiene ella. Edu y yo estábamos en medio del huracán, con todo descontrolado alrededor, y ella era el único punto de anclaje que te ayudaba a gestionar el caos. Escuchaba queriéndote ayudar, desgranaba cada problema que planteábamos en puntos concretos, y te daba herramientas para cada uno de los puntos.
- E: Y el tratamiento posterior, en la fase del duelo, fue una auténtica reconstrucción hecha con orden.
- M: Duró aproximadamente un año.
- E: Una reconstrucción desde la reflexión contigo mismo, hacia dónde quieres ir, por qué quieres ir hacia allí. Estás

desmontado, tú entregas las piezas, y ella te las va dando en orden y te dice dónde va cada una.

JC: Una reconstrucción guiada...

M: Y que es muy importante.

E: El proceso fue muy rápido.

M: Incluso demasiado, después la echamos en falta, durante el embarazo de Dolça, y cuando nació...

JC: Podríamos decir que de alguna manera vosotros fuisteis unos privilegiados por poder contar con este soporte. ¿Cómo os imagináis al resto de padres, su vivencia, sin este soporte?

M: En oscuridad.

JC: ¿Pensáis que una ayuda como esta debería estar integrada en el tratamiento estándar, para todos?

M: Y tanto.

E: Por descontado, no hace falta ni plantearlo.

M: Yo creo que las personas que no tienen un soporte como este nunca salen de la oscuridad, se quedan en el agujero negro y nunca más ven la luz, y si la ven es al cabo de muchos años y después de hacer un trabajo personal muy grande. Es fundamental tener una ayuda profesional para poder salir del pozo, es indispensable, tan importante como el tratamiento físico.

- E: Necesitas a alguien que te guíe.
- M: Son temas esenciales para la supervivencia humana, para la salud mental de las personas. Una cosa así te trastoca mucho a nivel emocional y psicológico, y necesitas esta guía emocional y psicológica, tan importante o más que cuidar lo físico. Y conozco casos, de manera directa o indirecta, que no salen adelante, es un dolor tan intenso y tan penetrante que es imposible gestionártelo sin ayuda.
- JC: Y esta carencia, ¿debería estar cubierta desde el momento del diagnóstico, en la fase de acogida, independientemente de cómo evolucione después cada caso?
- E: Sería ideal que en el hospital hubiera una persona que realizara esta acogida emocional, desde el principio. Porque ya en urgencias el terror que sientes es tan grande... y aún más si ves que te has convertido en la prioridad del servicio de urgencias.
- M: A tu alrededor todo el mundo está aterrorizado, incluso los profesionales, todo a tu alrededor se desintegra, y tú estás allí en medio desintegrándote también. Hace falta alguien con la cabeza un poco fría que sepa cómo tratarte.
- E: Tú no sabes a lo que te estás enfrentando, ni entiendes qué significa lo que te van diciendo. Y, además, has de sostener emocionalmente a tu hija, a quien por primera vez en su vida están poniéndole una vía endovenosa y se quiere marchar corriendo. Con alguien a tu lado que te acoja y te lo vaya explicando de forma comprensible y amorosa todo sería más sencillo. Somos personas, y la parte emocional debería ser lo

principal. Antes que cuerpo somos espíritu. Teniendo en cuenta nuestra experiencia, que la medicina llega hasta donde llega, es necesario que alguien te acompañe.

NECESITAMOS CREER EN ALGO QUE TENGA SENTIDO PARA NOSOTROS

JC: Vuestras creencias, vuestra dimensión espiritual, vinculada o no a una práctica religiosa, ¿ha supuesto una ayuda para salir adelante?

M: Sí. Necesitas encontrar respuestas, y las creencias espirituales te dan respuestas. Si no tienes respuestas, si no entiendes nada, todo cuesta mucho más. Es importante creer en alguna cosa. Quiero decir, creer y creértelo. Pero eso es inherente al ser humano desde sus inicios.

E: Desde el mundo físico es incomprensible e inasumible que muera una niña de dos años. Este mundo físico te da una explicación de lo que ha pasado, pero no te puede responder al por qué, el mundo terrenal es muy limitado. Por eso creemos en algo más que lo que es visible.

JC: ¿Habéis encontrado respuestas?

M: Sí, desde el principio.

E: Hay un sentido total.

JC: ¿Creéis que todo está, de algún modo, conectado?

M: Y tanto. Todo y todos. Nos ocurren muchas cosas, lo que sucede es que no prestamos atención a las señales y no las vemos. Pero si en medio del teatrillo en el que estamos inmersos te detienes un momento y te dejas sentir, ves mil señales, mil sutilezas que te informan de conexiones espirituales. Has de estar atento.

E: Todo y todos, los que vemos y los que no vemos. Maria nos enseñó a quererla más allá del plano en el que nos encontramos, y a ir a buscar y sentirla allí donde esté. Cuando percibo que estoy sintiendo a Maria y que está en este otro plano, cojo una perspectiva en la que veo muy claro que el teatrillo en que vivimos nos aleja de la posibilidad de conectarnos con nuestros seres queridos que ya no están con nosotros. Entonces, todo adquiere sentido, y lo entiendes todo. Entiendes por qué se ha marchado Maria, entiendes su proceso, entiendes por qué vino, entiendes por qué nosotros... Maria nos ha enseñado muchas cosas, pero por encima de todo nos ha enseñado a amar más allá de lo que ya sabíamos amar nosotros. Y por eso ahora cuando vemos a Dolça ya no vemos solo a una niña, vemos una consciencia, tenemos esta visión de que hay alguna cosa más allá de nuestro mundo. Detrás del mundo físico hay un mundo espiritual que Maria nos ha enseñado a sentir. Y cuando lo sientes, te da mucha paz. No puedes tocarla, pero sí puedes estar con ella, el amor que tengo por ella me lleva hasta allí. No te la devuelve, terrenalmente hablando, pero el momento de paz de sentir que estás con ella no tiene precio.

JC: Esta dimensión espiritual, ¿puede llegar a llenar el vacío de incertidumbre del que hablábamos antes? Es decir, la medicina, con su lógica de la causa-efecto, deja muchos agujeros sin respuesta, y esta incertidumbre, ¿puede ser compensada por la certeza que nos ofrece la dimensión espiritual?

M: Sí, es como decir, no entendemos por qué está pasando esto ahora, pero seguro que está pasando por algo. Te tranquiliza pensar que los acontecimientos no suceden por azar, sino que tienen algún sentido. Cuando pasó todo lo de Maria, en aquel momento estábamos muy ciegos, porque estábamos demasiado cerca, pero cuando coges un poco de distancia, entonces todo adquiere sentido. Pero no solo somos nosotros, no son comidas de coco nuestras, es que la gente que nos rodea también lo va entendiendo, nos llegaban mensajes de todas partes. Eso ayuda mucho. Las creencias llenan este vacío que no entendemos, necesitamos creer en algo que tenga sentido para nosotros y nos dé respuestas y nos ayude a ser felices. Naturalmente, siempre que sea un bien para ti y para los demás, o sea, no todo vale. Y las diferentes creencias pienso que llevan todas al mismo cosmos o lugar común, le damos diferentes nombres, pero en el fondo todos confluimos. Así ha sido siempre, desde hace miles de años, y no creo que toda la humanidad esté loca. Hay alguna cosa. Y cuando tienes una experiencia cercana a la muerte, entonces las señales se multiplican...

JC: Quieres decir las certezas...

M: Sí, no son casualidades...

- E: Yo pienso que las personas que dicen que solo creen en el mundo físico lo que ocurre es que tienen mucho miedo de perder el control. O sea, se cree solo en aquello que se controla. Y el miedo te limita porque, qué pequeño es el mundo si solo es aquello que puedes tocar o palpar, es muy reducido. Pero lo digo desde el respeto, porque cada uno sobrevive como puede y hace lo que puede.
- M: Es que creer en alguna cosa da miedo, precisamente porque no está bajo tu control.
- JC: ¿Creéis en alguna clase de providencia o destino?
- M: Es una pregunta complicada, no sé si a los contratos sagrados los podemos llamar destino.
- E: Sería demasiado simple responder sí o no. Nosotros creemos que antes de venir acordamos trabajar una serie de cosas, como consciencias, con otras consciencias que nos acompañan a lo largo de nuestro camino por la tierra. Por tanto, venimos a trabajar algo. Si lo hacemos o no lo hacemos, es nuestra elección. Te encuentras ante un reto, y puedes superarlo, o sentarte a mirar hacia otro lado. María vino a conocer el amor de los padres. Ahora que ya lo ha conocido, pues se ha marchado. No dependía de ella. Ella hizo lo posible para que nosotros la amáramos y posiblemente por eso nos escogió a nosotros. ¿Destino? Sí en el sentido de que es lo que vienes a trabajar, pero no en el sentido de que tú decides si lo trabajas o no. Y si no trabajas lo que está previsto durante tu estancia en el planeta, pues tocará repetir curso, y vuelta a empezar, pero cada vez será más difícil el reto.

- M: No es un destino cerrado, predeterminado, sino que tienes una hoja de ruta como consciencia y tú decides por dónde vas, también dependiendo de cómo de atento estés a las señales. Cuanto más atento estás, más fluido es todo. Tienes más información, y el conocimiento te hace libre. Aprendes a descifrar las señales y a entenderlas y cuando las dejas entrar la vida es mucho más fácil. Al menos, yo lo vivo así. Si deajo fluir todo lo que me llega, tengo mucha más seguridad, y cada vez tengo más certezas. En cambio, si me obturo y me cierro entonces me siento más insegura.
- E: Vivimos dos vidas en paralelo, la vida terrenal, el teatrillo, y la vida como consciencia, que es nuestra evolución. En la medida en que el teatrillo se deshace, la consciencia toma más protagonismo, y estás más atento a las casualidades, a las señales, para entender la tarea que has venido a realizar. El teatrillo nos despista.
- M: Pero el teatrillo también es el lugar donde podemos desarrollarnos y evolucionar como consciencia, como pasa con el trabajo, por ejemplo. Son dos vidas en paralelo pero que están vinculadas.
- JC: Este conocimiento espiritual del que habláis, ¿es un conocimiento experiencial, o teórico?
- M: Es una combinación de ambos, como en la vida. Empiezas sintiendo cosas que no sabes cómo explicar, empiezas a hablar con otras personas, te informas, y empiezas a ligarlo todo. Como en cualquier investigación, te planteas unas preguntas, hay unos referentes teóricos, hay una parte práctica que ayuda a entender la teoría, y así vas avanzando.

E: Yo añadiría que el origen de este conocimiento es fruto de la intuición. Tú, en primer lugar, sientes, y este es el punto de partida, no el análisis teórico. Esta intuición la sientes como cierta, una certeza intangible, y a partir de aquí la experiencia, la lectura, la interacción con los otros, te permite ir poniendo nombre a todo. En mi aprendizaje espiritual nunca ha ido primero que me explicasen algo que no supiese, siempre ha ido primero la intuición.

M: Viene a ser el despertar de la divinidad que llevamos dentro.

E: Conectarte contigo mismo.

JC: ¿Qué papel juega para vosotros vuestra guía espiritual según la denominas en el relato?

M: A. es una compañera de vida, es una amiga más, no es ningún gurú. Es una persona que siempre ha estado ahí, y es a quien acudes cuando tienes ante ti un reto espiritual de primera magnitud. Pero al margen de eso, siempre está, estamos en contacto permanente. La vamos a ver un par de veces al año, cuando hemos tenido alguna crisis existencial siempre nos ha ayudado a desenredarla. Es un referente más teórico.

JC: No es clave en vuestro desarrollo espiritual...

M: No, es una figura más, una amiga. Yo me eduqué en un colegio religioso, y Edu siempre ha tenido una vena mística.

JC: ¿Se pusieron a prueba vuestras creencias cuando sucedió todo?

E: Yo sentí que me habían estafado, porque me habían escondido el futuro, o yo no había sabido leerlo. Fue ya después de morir Maria cuando empecé a entenderlo todo, y al poder ir al plano donde estaba Maria y sentirla ya no puse en duda nada.

M: Yo sí que me enfadé, tuve mi crisis, y renegué de mis guías espirituales, estos guías que nos acompañan.

JC: ¿A quién te refieres?

M: Son almas que nos guían y acompañan en la vida. Aún estoy enfadada, y no sé si nunca dejaré de estarlo. A mí me gustaría estar celebrando el día de su cumpleaños con mi hija como todo el mundo, y solo puedo recordar el día que nació y el día que la tuve que dejar ir.

E: En días como el de su cumpleaños, o el cumpleaños de Dolça, piensas que qué lástima, que por qué no pueden estar las dos juntas. Lo que habría sido verlas a las dos juntas, aunque fuera solo por un día. Pero no hemos tenido esta posibilidad, y pesa.

M: Yo las siento juntas.

E: Pero no físicamente.

M: Me llegan mensajes de mucha gente, de la familia, ven a Maria en Dolça, te dicen «hace esto como lo hacía Maria, tiene las mismas reacciones que su hermana, parece que tenga una hermana mayor». Y es que hay cosas muy únicas y especiales que las dos las hacen igual, como si Maria se lo hubiera explicado a Dolça. Y cuando Dolça mira la foto de

Maria me mira y se ríe mientras la señala. Y pienso que tal vez la ve.

JC: ¿Lo sentís así, que están juntas?

M: Y tanto, y no lo pienso solo yo.

Yo que enseñé historia a veces pienso que cuánta importancia nos damos cuando nuestra existencia es tan efímera. Somos un granito entre millones y millones de personas a lo largo de miles de años, no somos nada, somos tan vulnerables... Y ahora que estamos haciendo esto, y tenemos estas conversaciones, pienso que tal vez es absurdo darnos tanta importancia. Pero, en fin, si sirve para ayudar a unos pocos de estos granitos...

JC: Una cosa es la importancia que nos damos, y otra que, dentro de tu tiempo, por efímero que sea, este tiempo lo es todo.

M: No puedo evitar pensar si el esfuerzo ha valido la pena.

E: Este futuro libro le da sentido a muchas cosas. Claro que ha valido la pena. Y además quedará escrito y perdurará.

M: También pienso que puede ayudar a que los papis y mamis que han perdido un hijo no se sientan solos, eso me consuela mucho, porque esta soledad existe.

E: Pero no solo para quien ha perdido un hijo, también para quien ha perdido a un ser querido de forma repentina, creo que sentimos lo mismo y expresamos las mismas palabras.

JC: Los procesos relacionales durante el proceso de duelo son muy similares, aunque el duelo sea diferente. El duelo en nuestra sociedad se lleva fatal, como consecuencia de la negación de la muerte.

E: En todos los hogares hay alguna pena, algún duelo.

M: Pero nosotros, y todos los que perdemos un hijo, tenemos un estigma. Noto sobre mí las miradas de la gente, y me hacen sentir mal.

E: Puede ayudar a afrontar cualquier tipo de pérdida.

M: Que entiendan cómo se siente quien ha tenido la pérdida.

JC: Seguro que ayudará.

INTRODUCCIÓN A LA 4ª CONVERSACIÓN

Puedes despedirte a besos de tus familiares y amigos y poner kilómetros entre ellos y tú, pero al mismo tiempo los llevas en tu corazón, tu mente, tu estómago, porque no solo vives en un mundo, sino que también un mundo vive en ti.

Frederich Buechner

Para seguir caminando a través de la oscuridad, hace falta alguna luz por pequeña que sea, y hace falta la determinación, que se alimenta de la confianza y del soporte que recibimos de los demás. Caminar puede llegar a ser muy fatigoso, y la tentación de abandonar siempre está presente, porque el esfuerzo es titánico. Pero si uno cree que merece la pena, por amor, sigue caminando.

Nadie sabe si su presencia, su silencio compasivo, su respeto al sufrimiento del otro mostrándole al mismo tiempo la disposición de estar atento a sus necesidades de manera incondicional, constituirán la lucecita que guiará su peregrinaje de vuelta a casa. La esperanza se nutre a veces de lo inesperado. En un momento dado, todos podemos convertirnos en la lamparilla que rompe la negrura absoluta, incluso sin quererlo ni pretenderlo.

Y en medio de la larga travesía de la oscuridad de la pérdida, emerge la despedida, como una posibilidad, como una oportunidad. No nos gusta despedirnos. Nos confronta tal vez de forma definitiva con lo que estamos perdiendo o ya hemos perdido. Y la cosificación de los rituales ha uniformado en buena medida estos simulacros de despedida, que pueden ser suficientes y saludables para quienes lo viven a una cierta distancia afectiva, pero que nunca podrán serlo para quienes más dolor están padeciendo. Y, una vez más, hay que tener valor, para preparar y escenificar esta despedida personalizada que concede el permiso a los que están en duelo para empezar de nuevo, para dejar ir a quien de hecho ya se ha ido, y para retomar una vida que será otra vida diferente.

Mezclado con la despedida, nuevamente nos aparece el misterio. Lo que nos explican Montse y Edu no puede dejar indiferente, aunque cada uno lo interprete a su manera. Ellos leen las señales, las sienten, las viven, de una manera muy personal, que conmueve. Y no dejan de soñar, porque si seguimos teniendo sueños es que seguimos vivos.

29 DE JUNIO DE 2018

NOS PROPORCIONASTEIS ESTAS LAMPARILLAS QUE PERMITÍAN SEGUIR CAMINANDO POR EL DESIERTO

JC: En vuestro proceso de duelo para salir adelante, ¿qué fue más importante, y qué fue más decepcionante?

E: Lo más importante es tener tu tiempo y respetarte mucho a ti mismo, hacer lo que te pida el cuerpo en cada momento. Y precisamente lo más decepcionante es no sentirte respetado a veces, por ejemplo, cuando gente muy cercana insiste en que hagas lo que ellos creen que has de hacer, porque no te ven, o porque se ven a ellos antes. Afortunadamente, también hemos tenido alrededor a muchos amigos y personas que nos quieren que sí que nos han dado esta libertad para tener nuestro espacio, nuestro rincón donde recogernos y estar tranquilos, donde poder dejarnos ir. Y para mí en este aspecto el papel de Montse ha sido esencial, hemos sido el uno el motor del otro. Y cuando digo ir a nuestro ritmo no quiero decir no hacer nada, al contrario, creo que fuimos bastante deprisa, no tardamos mucho en volver a trabajar. Y claro, para salir del pozo también fue fundamental la mano de los amigos que nos animaron a pasar unos días en Cambridge.

JC: ¿Cuánto tiempo después de la muerte de Maria ocurrió esto?

E: Unos diez días.

M: Para mí lo más significativo para salir adelante fue tenernos el uno al otro, y tener a nuestro alrededor a gente que nos quería y nos apoyaba acompañándonos. Y en muchos casos era un regalo, porque no lo esperábamos. En cambio, lo más decepcionante fue que quien sí esperabas que estuviese pues no estuvo.

E: Cuando estás en plena caída, estás tan deshecho que ni te planteas que alguien te ayude o que no te ayude, eres como un zombi, una persona que está quieta sentada viendo cómo el mundo da vueltas y vueltas y van pasando las cosas. Esta era la sensación que teníamos sentados en este sofá, sin darnos cuenta de qué hora era ni de la temperatura ni de si teníamos hambre, estábamos como ausentes del mundo. Y en este estado no esperas que nadie haga nada, ni te lo imaginas, no puedes pensar en nada. Y es entonces cuando surge esa mano de un amigo, bien, eran varias personas, que nos dijeron «venid».

M: No fue la única muestra, hubo muchas más...

E: Y tanto, pero esta en concreto fue la que nos sacó de este sofá.

JC: Pero cuando dos personas están en este estado en el que todo les da igual, y con tan poco margen de tiempo, no es nada extraño que ante un ofrecimiento como este digan que no. Y me sorprende o me llama la atención que vosotros digáis que sí, y os vayáis a Cambridge. Sería muy normal caer en la

apatía más absoluta y no querer saber nada ni ir a ninguna parte ni ver a nadie.

E: Pues a nosotros no nos pasó. A los dos o tres días ya habíamos ido a caminar a la montaña y habíamos ido a comprar muebles nuevos, salíamos y hacíamos cosas.

M: Primero estuvimos unos días desconectados de nosotros mismos, desconectados de la vida, porque el dolor era tan grande que era insoportable, pero rápidamente nos dimos cuenta de que nos teníamos que reconectar y tirar hacia adelante, porque lo contrario sería dejarnos morir. Todo estaba desmontado, nosotros, la familia, todo, y teníamos que hacer alguna cosa. Y como lo que venía de los buenos amigos siempre era positivo y transformador, teníamos una confianza ciega en que lo que viniera de ellos solo podía ser bueno. Cuando nos propusieron ir a Cambridge, no nos sentíamos preparados. Y dudé, porque me sentía muy cansada y con síntomas físicos raros, y el momento de coger el avión se hizo muy duro, sentía que me faltaba el aire. Pero fue un acto de fe, si venía de ellos sería bueno, y por tanto debíamos hacerlo. Y fue un éxito, mucho más de lo que nos podíamos esperar, no fue solo tomar un poco de oxígeno, fue mucho más que eso.

JC: ¿Cuánto tiempo estuvisteis?

M: Una semana.

E: Ellas, las amigas que estaban allí, nos cuidaron mucho, con gran delicadeza. Podíamos caminar por una ciudad que es muy bonita, armónica, pacífica, pero además era clave que

no nos conocía nadie. Caminabas por la calle sin el estigma que ya sentíamos aquí. Fue una liberación de la presión social. Estábamos solo el uno por el otro. Y esta perspectiva aportó un puntito de luz que nos permitió seguir adelante, y hacer un plan.

M: Y no hemos parado de hacer cosas, es un poco de huida hacia adelante, porque si estás distraído se hace más soportable.

JC: La huida hacia adelante acostumbra a ser para no hacer consciente el problema, para esconderse y no pensar, pero en vuestro caso no era así, hacíais cosas, pero siempre encaminadas a salir adelante.

M: Sí, de manera muy consciente, desde la reflexión, hablando, exteriorizando y verbalizando, porque esto es como un cáncer, y si no lo verbalizas y no le buscas un sentido a este dolor, el cáncer se te come y eres un enfermo para toda la vida. Yo estoy muy tocada, no soy quien era, no me siento normal, pero estoy mucho mejor de lo que podría estar, y eso me consuela.

E: Si lo escondes, te vas de cabeza a la oscuridad. Si lo encaras y lo trabajas, esta es la vía de salida. J. nos lo dejó muy claro desde el principio, y nos iba guiando, semana a semana, para avanzar paso a paso. Nosotros hemos puesto mucho de nuestra parte, pero la orientación ha sido básica para dar pasos adelante y darlos bien.

M: Tienes una multitud de sentimientos mezclados, el duelo es un proceso muy complejo que tiene muchas caras, y la ayuda profesional permite trabajar cada una de ellas por separado,

identificándolas y dándote herramientas para hacer el trabajo. Vuestra ayuda fue clave. Claro que también lo hablas con los amigos, pero el seguimiento profesional te permite ir más rápido en el proceso de reconstrucción. Poner nombre y apellidos a cada uno de los personajes que aparecen en el duelo favorece plantarles cara y que el proceso no se eternice.

E: Nosotros estábamos malheridos en un territorio totalmente arrasado y sin mapa, solo con la fuerza vital para seguir caminando. Los amigos y vosotros (la Fundación) nos proporcionasteis estas lamparillas que permitían seguir caminando por el desierto. Y el trabajo de volverte a construir prácticamente de cero, decidiendo quién quieres ser y qué quieres hacer, hace que poco a poco cojas seguridad y des pasos adelante más firmes. Y en el desierto arrasado iban apareciendo brotes de vida.

M: Y nos acompañamos mucho el uno al otro. Una persona sola no puede sobrellevar esto, es demasiado grande, acaba contigo. Tal vez hay gente que lo pasa sola, no sé cómo lo deben hacer, yo me vería incapaz.

También me ha ido muy bien ponerme objetivos. Al principio todo era oscuro y no veía luz en ninguna parte. Y encontrar pequeñas metas cuyo logro devolviera el sentido a la vida nos ayudó mucho. Y encontrarle sentido a la muerte de Maria era una de estas metas, una de muy grande.

JC: Y para hacer lo que habéis hecho, dar el paso al cabo de pocos días de ir hacia adelante, poniéndoos objetivos y dejándoos ayudar, ¿hay que tener una fortaleza especial?

- M: Hay que tener mucho coraje, has de ser muy valiente. Y si no tienes este coraje, lo has de sacar de donde sea. Y si no puedes hacerlo por ti, lo has de hacer por los demás. Tuve momentos de pensar que por mí no lo haría, pero lo debía hacer por la gente a la que quería y que me quería. Tenía claro que debía reflotarme por los otros para evitar que todo se hundiera. Hay momentos en que sientes que no puedes, pero hemos tenido la suerte de que personas muy buenas nos han ayudado mucho a no desfallecer.
- E: Yo, si hubiera estado solo, seguramente no habría salido adelante, mi fuerza era Montse. Y también es importante dejarte ir, caer como una pluma y confiar en lo que la gente te va proponiendo, aunque no le encuentres sentido a ir aquí o allá o ni siquiera a respirar. Y poco a poco vas volviendo a conectar y a recuperar un poco de ilusión.
- M: Sencillamente lo compartes, y eso ya es mucho.
- E: Y volver pronto a trabajar, aunque no tuviéramos ganas, nos dio un poco de normalidad, de rutina, y como tenemos la suerte de trabajar con personas muy majas pues también podíamos hablar. Dejarte ir, hablar, pensar, y reflexionar.
- M: Sin presionarte.
- E: Dándote tu tiempo. Si no lo hablas, es muy complicado.
- M: Necesitas ser normal, sentirte normal, y volver a trabajar te devolvía una parte de esta normalidad.
- E: Nunca seremos del todo normales.

JC: El hecho de que vosotros cojáis el toro por los cuernos y pensando también en los otros os esforcéis para salir adelante y ser fuertes se puede malinterpretar por el entorno, que por un lado no te quiere ver llorar, pero al mismo tiempo se siente descolocado si te ve aparentemente bien...

M: Sí, es así. Eres raro, hagas lo que hagas eres raro. Por ejemplo, en la escuela hoy estaba en un pequeño claustro de profesores y ha salido el tema y, aun cuando todas ellas son personas especialmente sensibles y amorosas, notas que algunas no saben cómo comportarse, que están un poco en tensión. Esto creo que no lo superaré nunca.

JC: Es normal que no sepan cómo reaccionar...

M: Es una situación muy extraña, unos te lo recuerdan o te lo hacen recordar siempre, y otros parecen haberlo olvidado totalmente. Es muy difícil encontrar el equilibrio.

E: Te has de conocer mucho para poderte situar en cada interacción dependiendo de cómo se posiciona quien tienes delante. Constantemente has de hacer valer tu persona. Son pocas las personas con las que sientes que te puedes relajar y no estar pendiente de lo que dices o de si expresas tus sentimientos, porque sabes que serás respetado. Por ejemplo, en vuestro entorno de la Fundación, sea en la actividad que sea, nos encontramos cómodos.

JC: Naturalidad.

E: Exacto. No pasa nada. Y con algunas otras personas también estamos tranquilos, pero son contadísimas. Con el resto, siempre tienes este puntito de estar pendiente...

M: Notar que cada vez que sacas el tema se genera tensión es un rollo, y duele.

E: O sea que, normales, no somos.

JC: Si tuvierais que poner un punto de inicio de vuestro proceso de transformación, ¿lo pondríais en Cambridge? ¿Es allí donde veis la primera luz?

M: Sí, necesitábamos distanciarnos físicamente del lugar. Cambiar de aires nos liberó del ahogo que nos producía el espacio físico aquí. Alejarte y estar en un lugar donde eres uno más y donde no te conocen te permite mirar las cosas con perspectiva.

JC: Pero acogido por personas que te quieren, no solo es cuestión de poner tierra por medio...

M: Sí, tienes razón. Porque, por ejemplo, para Navidad, quisimos marcharnos unos días con la misma idea, a una casa en la montaña, y fue muy mal. Allí no fuimos acogidos por nadie, nos sentimos muy solos, y vimos que había sido un error. O sea que va bien marcharte, pero no a cualquier lugar ni de cualquier manera. Pero hay que hacerlo, aquí era todo muy asfixiante, era todo Maria, pero sin Maria.

E: Sin Maria porque había muerto, no era una ausencia cualquiera.

M: Y Maria era como Dolça, una niña que lo llenaba todo. Yo había estado dos años y medio con ella aquí en casa, y ella estaba en todas partes, en cada rincón de la casa, y todavía está.

E: Y su habitación estaba tal cual, y además con todas las cosas del hospital que habíamos dejado allí dentro.

JC: Y entonces, a la vuelta de Cambridge, ¿cómo os lo hicisteis?

M: Volvimos con un plan, un plan para reordenar y redecorarlo todo, y eso nos dio la fuerza.

E: Pintamos todo el piso.

M: Y su habitación quedó igual, pero la neutralizamos, guardamos sus cosas, vaciamos los armarios...

E: Son cosas difíciles pero que se tienen que hacer. Como darla de baja de la sociedad civil. Los amigos se ofrecían para hacer ellos los trámites, pero nos sabía mal, y también eran vías de despedida.

M: Tal vez nos lo podíamos haber ahorrado y hacer caso a los amigos...

E: Nos hicimos demasiado los valientes.

M: Lo peor es tomar consciencia de que eres padre y madre, pero no tienes ningún hijo. Es una situación tan extraña... Cuando te preguntan si tienes hijos, no sabes qué decir, pero yo no quiero decir que no, porque yo he tenido una hija, y te rebelas, eso se me hizo muy duro.

E: Es que decir que no es como traicionarla, porque yo la siento, y me siento padre. ¿Cómo puedo decir que no tengo hijos?

M: Suerte que con Dolça esto se ha podido normalizar.

E: Ahora, cuando nos preguntan cuántos hijos tenemos, dependiendo del contexto, ya empezamos a decir uno, pese a que todavía diría dos, pero para evitar después tener que dar explicaciones en conversaciones superficiales acabo diciendo uno. O si hablas de la pequeña te preguntan por la mayor, y has de decir que murió, con el correspondiente disgusto para quien pregunta, que reacciona como reacciona.

LA TRANQUILIDAD Y LA PAZ QUE NOS DA CAMINAR POR LA MONTAÑA ES COMO EL TREN QUE COGES HACIA ESE LUGAR MÁS ESENCIAL, MÁS ÍNTIMO, MÁS DIVINO.

JC: La montaña está muy presente en tu relato y en determinados momentos de vuestra vida. ¿Qué significa la montaña para vosotros? ¿Qué encontráis en la montaña?

M: Es la conexión. Aquí, con el ruido de la ciudad, nos desconectamos mucho. Esto es el teatrillo, como dice Edu, y la montaña es salir del teatrillo. Es la conexión con el inconsciente colectivo, es la conexión espiritual con todo, con todos los seres vivos, con la naturaleza, con la pureza espiritual, contigo mismo y con el cosmos. Permite separar el estrés, reconectar con lo que es importante. Aquí en la ciudad estoy como comprimida por esta tensión que hay, y cuando llegas a la montaña te descomprimes, te dejas ir, y estás en paz, con serenidad. Por eso de vez en cuando necesitamos salir.

E: Es el medio para llegar a la luz, esa luz más esencial que es donde está Maria jugando. La tranquilidad y la paz que nos da caminar por la montaña es como el tren que coges hacia ese lugar más esencial, más íntimo, más divino.

JC: ¿Es este un descubrimiento que hicisteis juntos, o ya lo habíais hecho individualmente cada uno por su cuenta?

M: Yo ya lo había vivido desde muy pequeña, teníamos una casa en Maçanet de Cabrenys, y allí viví muy intensamente la naturaleza y la conexión con ella. Y Edu lo había vivido con el grupo escolta.

E: Yo no diría que es un descubrimiento. Es algo que está desde siempre. Pero a medida que vas creciendo y vas leyendo y vas hablando le pones nombre a las cosas que sientes.

JC: ¿Es donde encontráis más paz?

M: Por supuesto, sin duda.

E: En estos momentos estoy allí...

JC: Qué suerte.

M: A veces nos transportamos.

E: Todo es cuestión de visualizarlo y sentirlo al mismo tiempo. Siento que estoy allí e incluso escucho el agua del río bajando...

LA DESPEDIDA LO ERA TAMBIÉN DE NUESTRA ANTIGUA VIDA

JC: Pues ya que estamos en la montaña, ¿me queréis hablar de la ceremonia de despedida que hicisteis en el Estany de Sant Maurici⁷?

M: J. nos aconsejó hacer una ceremonia de despedida. Previamente la imaginamos y visualizamos, para pensar cómo la queríamos hacer.

E: Pero empezó antes, en Empúries⁸.

M: Es que hubo dos ceremonias. Antes, por Navidad, hicimos una primera despedida. Entre otras cosas, era necesario hacerlo para que yo me perdonara a mí misma del sentimiento de no haber estado a la altura hacia el final, tenía sentimiento de culpa. Por eso era necesario escenificar acompañarla en esta despedida. Y por Navidad subimos solos al Sant Maurici, y significó dejarla ir, acompañarla hasta el límite del más allá, y volver sin ella. Fue muy duro.

E: Aquel invierno del 2015 hizo mucho frío, pero nevó muy poco. Todo el parque de Sant Maurici estaba helado, con hielo de rocío, no nevado. Y aquellos cristalitas de hielo eran la imagen de la película *Frozen*, que a ella la volvía loca y le

⁷ Lago de San Mauricio en catalán.

⁸ Ampurias en catalán.

gustaba tanto... Y pensamos que incluso la montaña se había vestido de *Frozen* para acompañarnos y despedir a María.

Recuerdo que en Cambridge nos regalaron entradas para ir a un concierto, y en este concierto recibimos mensajes de María, y uno de los mensajes era que la dejáramos libre. Nosotros entonces no entendíamos qué quería decir eso. Más tarde lo fuimos entendiendo, que la debíamos dejar marchar sin retenerla con nosotros, y es lo que hicimos en Sant Maurici.

- M: Fue como simbolizar que la acompañábamos para que se marchara, en aquel lugar tan especial para nosotros, y volvimos sin ella. Pero unos meses más tarde, en junio, por su cumpleaños, fuimos a dejar las cenizas. Sabíamos que lo teníamos que hacer, para completar la tarea de dejarla libre, pero J. nos decía que no nos debíamos presionar, que ya encontraríamos el momento oportuno, que era necesario que nos sintiéramos preparados. Yo entonces no podía, teníamos la pequeña urna de color blanco aquí, sobre la mesa, en medio de este corazón bordado del mantel. Pero a medida que se acercaba el verano me iba pesando más y más tenerla aquí. Al principio me reconfortaba mucho tenerla en casa conmigo, lo necesitaba, pero ahora ya me moría al verla, sentía que estaba enjaulada y que tenía que volar.
- E: Y lo hicimos el día de su cumpleaños. Había dos lugares que le gustaban mucho. Uno era Sant Maurici, y el otro era la playa de Empúries, donde habíamos estado en diversas ocasiones el verano anterior y donde ella se lo pasaba tan bien y siempre decía que quería volver, pero ya no hubo ocasión de volver. O sea que cogimos el coche y para Empúries. Y

después a Sant Maurici, donde ya no hacía frío y había deshelado, todo estaba preparado para acoger sus cenizas.

- M: Creo que estas ceremonias de despedida son muy necesarias, curativas, liberadoras, ayudan en el proceso de sanación. Aunque cada uno lo ha de hacer cuando sienta que lo ha de hacer. Para Navidad ya la habíamos dejado marchar espiritualmente, en junio al llevar las cenizas lo hacíamos también físicamente. Es duro, porque las cenizas son el único vínculo físico que te queda, y cuando te desprendes ya no te queda nada más, pero también te desprendes de una atadura al dolor. De hecho, aquello ya no era Maria, pero lo has de poder hablar y madurar, si no lo hubiéramos hablado tal vez aún estaría aquí.
- E: Estás en un mundo arrasado y necesitas orientación y que te hagan reflexionar. Y no es nada fácil. Y el tiempo, que deja de existir en estos procesos, es diferente para cada cual.
- M: Y hablar de ello es muy doloroso, pero muy importante para avanzar. Hace falta que alguien desde fuera te haga las reflexiones y te vaya planteando los temas en el momento adecuado, porque tú solo no puedes hacerlo, y te aferras, y eso comporta aún más dolor. Cuesta hablar. La gente, cuando sacas el tema, se asusta, o te dicen nerviosos «de esto no hay que hablar». Es un tabú total. Pero se debería poder hablar abiertamente, por ejemplo, lo que querrías como ceremonia para tu despedida.
- JC: Y cuando os despedís, ¿también lo hacéis de una vida vuestra? ¿Comienza otra vida?

- M: Sí, pero en la primera despedida, la de Navidad en el Sant Maurici. Hasta aquel día habíamos sido tres, al menos desde que nació Maria, ahora debíamos iniciar un nuevo camino, una nueva vida. Es lo que escenificamos. Tratamos de dejar lo que pertenecía al pasado y que molestaba y pesaba mucho, y volvimos con nuevos proyectos y nuevas ideas. Incluso sabíamos que teníamos que cambiar de trabajo, porque el que teníamos estaba muy ligado a Maria. Subimos los tres a la montaña, pero solo bajamos dos. Un nuevo camino, una nueva vida, con ella, pero siendo un nuevo Edu y una nueva Montse.
- E: Tuvimos una vida siendo dos, después otra siendo tres con Maria, y después de dejarla marchar una de transición hasta que llegó Dolça. Porque, aquel día, Montse ya vio a Dolça, y por tanto ya sabíamos que vendría, y que sería una niña, y que la llamaríamos Dolça. Lo tuvimos muy claro. En aquel momento entendimos que éramos una familia multidimensional, nuestras hijas estaban en una dimensión y nosotros en otra, una ya se había marchado y la otra aún tenía que llegar. Y cuando llegó Dolça, empezamos otra vida. Cuando murió Maria, nosotros morimos con ella, allí nos quedamos, en aquella habitación de hospital.
- M: La despedida era también de nuestra antigua vida. O sea, nos fuimos los tres, no la dejamos sola, el antiguo Edu y la antigua Montse se quedaron allí en la montaña con ella. Los tres habíamos muerto, Maria y una parte de nosotros con ella, y los que volvían eran nuevos para empezar una nueva vida.
- E: Debía tener algún sentido continuar en este planeta, si permanecíamos aquí por algo sería, porque si era por ganas

habríamos querido morir con ella. Y ahora ya sabemos por qué nos teníamos que quedar.

JC: Y, ¿qué quieres decir exactamente cuando dices que viste a Dolça aquel día?

M: Las veía a las dos, Maria vestida con una ropa muy concreta que recuerdo perfectamente, caminando, y con Dolça cogida de la mano. Dolça era como una mini-Maria, una Maria más pequeña. Y las veía a las dos subiendo hacia arriba. Y supe que vendría Dolça. Le dije a Edu que en verano sería madre. Y efectivamente, me quedé embarazada.

E: Y yo recibía mensajes de ella, por medio de las cartas. Dolça siempre me aparecía. Hacia el mes de mayo me dio otro mensaje: debíamos hacer un acto de amor, o ella no vendría. Rápidamente entendimos que tocaba dar un paso adelante de amor, y liberar a Maria. Si no, Dolça no vendría.

JC: ¿Las cartas te decían eso?

E: La posición de las cartas no se interpreta matemáticamente, pero partiendo de que cada carta y cada posición tienen un sentido, si lo dejas fluir y conectas, intuyes la información y el sentido que tienen. Y el mensaje era claro. Que había que dar un salto al vacío basado en el amor para que viniera una nueva vida. Pero es que, además, cuando leía las cartas, sentía a Dolça conmigo, sentía la misma consciencia que siento con la Dolça de ahora. Espiritualmente hablando, era la misma consciencia que después se materializó en un cuerpo y en una presencia física. Pero ya estaba. Y puedo pensar que yo estaba flipando. Pero fue decir eso, ir a dejar

las cenizas, y en el mes más cansado y más estresante y más duro para Montse, se quedó embarazada.

M: Sí, y parecía imposible, porque fue un mes emocionalmente muy intenso. Todavía ahora no sé cómo me pude quedar embarazada precisamente entonces.

E: Y cuando hicimos la prueba que nos lo confirmó, en aquel momento nacieron otra Montse y otro Edu. Dolça ya estaba en camino.

M: Estas ceremonias o rituales te permiten concretar los pasos hacia adelante, sin que todo sea tan abstracto y etéreo, tener una hoja de ruta te facilita avanzar.

LOS SUEÑOS SON LOS QUE DAN SENTIDO A LA VIDA

JC: ¿Qué es la libreta de los sueños?

M: Pues es la libreta en la que proyectamos los sueños. Cuando hacemos cosas especiales y estamos en un lugar especial, escribimos el sueño, o el deseo, o el propósito. Es una manera de materializar estos deseos y voluntades.

E: Para concretar los propósitos hace falta materializarlos, y escribirlo es la mejor manera de hacerlo. Si no, todo se queda en la imaginación. Y siempre lo escribimos en presente. El pasado ya no está, el futuro aún ha de venir. Este es el punto de partida, pero acaba convirtiéndose en una especie de

diario de momentos importantes, en el que expresamos las emociones y sentimientos. Y si un momento es especial, lo plasmamos en la libreta, y escribimos cuál es el sueño.

JC: ¿Y la habéis continuado utilizando después de morir Maria?
¿Habéis seguido soñando?

M: Sí, pero hubo un parón, un paréntesis, como nos pasó con los álbumes de fotos, con todo. Estábamos demasiado enfadados.

E: Pero lo retomamos. Los sueños son los que dan sentido a la vida.

INTRODUCCIÓN A LA 5ª CONVERSACIÓN

Tan pronto comenzamos a dejar de negar la muerte, hallamos que es posible morir en calma.

Don De Lillo

En esta última conversación irrumpen con fuerza ideas que ya han aparecido en las anteriores. Las afirmaciones van adquiriendo contundencia y peso específico, y muchas de ellas te obligan a detenerte y, como mínimo, a reflexionar un poco.

La negación de la muerte tiene mucho que ver con el miedo. Es natural que así sea. Pero los mecanismos que utilizamos para protegernos de la incertidumbre pisan con demasiada frecuencia el territorio de la soberbia, la de quien cree que lo tiene todo o casi todo bajo control, y la de quien piensa que los acontecimientos dependen fundamentalmente de nuestra acción.

Pero resulta que cuando la negación ya no es posible, porque el transcurso de la vida te ha llevado a un aprendizaje forzoso que convierte la fantasía en un absurdo, y la muerte ya forma parte de ti mismo, cambia la visión de este control, de esta planificación, y cambia la experiencia de vivir.

Ellos nos lo explican con mucha claridad y franqueza. Y mientras hablan, van dejando caer, como quien no quiere la cosa, nuevos mensajes, nuevas señales, nuevos detalles concretos sobre hechos ocurridos, que te dejan ineludiblemente una extraña sensación, que puede llegar a ser mágica.

Las cosas que pasan no han de tener necesariamente un solo y único significado, y menos aún el significado que la ciencia pretende acaparar como la única verdad, descubierta o todavía por descubrir. Somos mucho más que un cuerpo físico, somos mucho más que biología. Lo importante acaba siendo el significado que tienen para cada uno de nosotros, según cómo nos disponemos a leer el libro de nuestro día a día, porque será este el que nos ayudará a vivir, a seguir adelante, y a que todo tome sentido.

10 DE JULIO DE 2018

MI RELATO ESTÁ LLENO DE MENSAJES, Y SIN LOS MENSAJES NO SERÍA EL MISMO

JC: Me decíais que continúan los mensajes...

E: El viernes pasado, en una sesión práctica de tarot dentro de un curso que estoy haciendo, y en el que había cuatro personas más, apareció lo siguiente: que habíamos sufrido mucho, que nos habían roto el corazón, y que teníamos que llevar a cabo un proyecto ilusionante que teníamos entre manos ya hace mucho tiempo. Y ese proyecto era un libro.

M: Pero el resto de las personas no sabían todo esto, lo dedujeron de las cartas.

E: Eso es lo que se veía en una primera lectura más superficial. Pero había más, que era un proyecto que ayudaría mucho a la gente, y que Maria también estaba presente ayudando. Allí estaba la carta que representa a los niños, y que justamente es una niña, que a mí me recuerda a Maria. Y la conclusión era que debíamos poner todo el esfuerzo en sacar adelante el proyecto porque sería bueno para muchas personas. Que conste que yo no iba con ninguna predisposición, ni buscaba ninguna respuesta a ninguna pregunta, fue A. quien me propuso la tirada, me dijo, «¿por qué no preguntas al tarot si

ha de decirte alguna cosa?»), a todo el grupo le pareció bien, y esto es lo que salió.

M: Otro mensaje que recibimos era que Maria tiene como una de sus misiones ayudar a otras personas a hacer el traspaso.

E: Las personas que están en contacto con ella, como es A., nos insisten mucho en que la tarea que lleva a cabo Maria es acompañar a los niños que mueren a hacer este traspaso para ir a donde tienen que ir, desde el nivel de consciencia desarrollada que acompaña a otras consciencias.

M: Pero no solo a los niños. Cuando murió tu primo, Edu, lo primero que me dijiste era que Maria estaba allí.

E: Sí, lo sentía con total claridad, que lo había venido a buscar. Él tenía mucho miedo de morir, todo había sucedido de forma muy rápida, y yo percibía la presencia de Maria para ayudarlo.

M: Y hubo otro caso, en el hospital, una niña de unos dos años y medio, la edad que tenía Maria cuando murió, que estaba en la misma habitación en la que había estado Maria, y que se estaba muriendo, y de repente hizo un cambio súbito hacia la vida. Algunos de los profesionales que habían estado allí nos explicaron que habían sentido que Maria estaba presente en la habitación. En este caso, Maria la ayudó a vivir.

JC: ¿Sois conscientes de que habláis mucho de estos mensajes?

M: Sí, lo sé. Mi relato está lleno de mensajes, y sin los mensajes no sería el mismo. Los ha habido por todas partes.

E: Son certezas. Tengo muy claro que siento a mi hija. La siento en un lugar en el que no la puedo tocar ni la puedo ver, pero viene cuando hace falta, y está aquí. Y eso es lo más grande que me pueden dar en estos momentos. Que la muerte pase de ser una cosa para siempre a que solo sea un cambio de posición o de plano supone una diferencia enorme. Saber que Maria está, y que está pendiente de todo y nos está ayudando, es grandioso. Y sé que ella también sabe que Montse y yo nos damos cuenta de su presencia.

M: Por cierto, ¿recuerdas que un día te hablé del bolígrafo que la pediatra del hospital le había regalado a Maria? Pues hacía tiempo que lo había perdido de vista. Y el otro día, revolviendo papeles y disponiéndome a revisar mi relato, lo encontré, y aquí lo tienes. Como si Maria quisiera participar en la revisión. ¿Qué te parece? Otro mensaje.

LLEVAR LA MUERTE DENTRO ES LIBERADOR, PORQUE TE QUITA EL MIEDO

JC: Vivimos inmersos en una mentalidad racionalista, que nos hace ver la enfermedad (y la muerte) como algo evitable si estamos muy atentos. Pero la realidad nos demuestra una y otra vez que eso solo es cierto a medias, y que muchas variables escapan a nuestro control. ¿Qué pensáis de esto?

E: Es que la idea de que la medicina puede solucionar las enfermedades no es cierta. La medicina ayuda a superarlas. Es un servicio que entra en nuestra vida para ayudarnos a

superar una situación, pero no le corresponde la responsabilidad de que las enfermedades causen o no la muerte. La muerte no es un mal solucionable por la ciencia. Como personas, tenemos un recorrido, durante el cual iremos superando retos, en algunos nos ayudará la medicina y en otros no.

M: La gente piensa que la medicina es infalible, fiable y segura y que tiene la solución de nuestros males. Pero eso es mentira, aunque nos acogemos a este principio como una verdad absoluta. La medicina es un instrumento más para ayudarnos a vivir mejor, pero dentro del recorrido vital que tenga programada la consciencia. ¿Por qué a una persona le funciona el tratamiento y a otra no? No es solo un tema científico, hay un componente espiritual que no podemos controlar. Y ya cuando hablan de alargar la vida y de inmortalidad... me parece una estupidez. ¿Podemos alargar la vida, para que tengamos mejor calidad de vida? Sí, fantástico. ¿Puede ser un gran avance para la humanidad? Y tanto. Pero siempre desde la visión de que son instrumentos para vivir mejor, no para no morir. No creo que la medicina controle la vida y la muerte, simplemente nos puede ayudar a vivir mejor, y no siempre.

E: La medicina es como un paracetamol. Cuando te duele la cabeza, te tomas un paracetamol, y a veces se te va el dolor, y a veces no. Pero tú sigues tu camino, en cualquier caso. En Occidente los conceptos esfuerzo y sufrimiento están totalmente anulados, son invisibles, y las cosas parece que han de superarse sin esforzarse. Queremos una medicina o una solución fácil y rápida para cada cosa que nos molesta.

Pero eso nos aleja de nuestra humanidad. Y los médicos no tienen este poder que se les otorga.

M: Es la manera de no enfrentarnos al miedo, tenemos miedo, y para hacerlo callar creemos en la verdad absoluta de la medicina.

JC: Entonces, aceptar que hay muchas variables fuera del control de la medicina, ¿hace vivir con más miedo?

M: A mí, ahora, ya no.

E: A mí me hace vivir más tranquilo. Tal vez también porque nos hemos enfrentado a la muerte y nos da menos miedo. Creo que aceptarlo por parte de todos, aunque generaría incertidumbres, ayudaría a los médicos, que no se verían con la responsabilidad de tener siempre la solución, y no querrían tener siempre razón.

M: Y ayudaría a la gente a canalizar la impotencia que sientes cuando te pasa alguna cosa y no te encuentran lo que tienes.

E: No tienen la obligación de hallar siempre la solución. Ni tienen los conocimientos suficientes para hacerlo.

JC: Entonces, ¿habéis perdido parte del miedo a morir?

M: Y tanto.

E: Hemos estado mucho tiempo deseándolo.

M: Nos habría resultado más fácil morir nosotros que verla morir a ella. Y una vez vives eso, ¿qué puede ser peor?

JC: Pero una cosa es desear morir, y otra si, después de vuestro proceso de elaboración del duelo y de trabajo personal, tenéis el mismo miedo de morir que podáis tener por ejemplo hace tres años, antes de que ocurriera todo.

E: No, porque Maria está al otro lado. ¿Cómo podemos tener miedo de ir con ella? Sí que dan miedo el sufrimiento y el dolor, pero el hecho de morir... No es ningún final, ahora lo sabemos, y Maria está allí. Mi visión al respecto ha cambiado mucho, ya no tengo este temor a la muerte, hemos estado cara a cara con ella y las personas que entonces éramos murieron y se fueron con Maria.

M: Yo aquel día me sentí morir, lo que sentía es indescriptible. Y después de eso, ya ves la muerte de manera muy diferente, lo relativizas todo mucho más. A veces noto síntomas extraños, y me dicen que vaya al médico, pero pese a que me vienen pensamientos de que tal vez tengo algo malo me lo tomo con tranquilidad, y pienso que ahora viene el verano y quiero disfrutarlo, vivir y ser feliz, y ya iré más adelante al médico, al fin y al cabo, será lo que tenga que ser. Cambia totalmente la perspectiva.

JC: ¿Llevas la muerte dentro de ti?

M: Sí, porque la sentí tan dentro mío cuando ella moría que ya la siento siempre conmigo.

E: Cuando entras en contacto tan directo con el hecho de que una persona se vaya, eso ya siempre te acompaña. El momento en que Maria se fue siempre nos acompañará, la sensación de que alguien a quien amas se marcha, siempre

está contigo. Y eso hace que lo vivas tantas veces que lo normalizas. Si una niña de dos años y medio que un mes antes estaba sana como una manzana se ha ido, evidentemente yo también me iré, Montse se irá, y todos acabaremos marchándonos. Y lo vivo con normalidad.

JC: Y ¿cómo se convive con esta idea, con el hecho de notar la muerte dentro vuestro, y haberla interiorizado? ¿Es una idea atormentadora, o liberadora, o las dos cosas al mismo tiempo?

M: Puede que las dos al mismo tiempo. Nos ha marcado mucho, ojalá no lo hubiésemos tenido que vivir, porque duele mucho, pero a la vez es liberador porque te quita el miedo, llevarla dentro te quita el miedo.

E: Yo añadiría una tercera cualidad, es iluminadora. Tenemos más conocimiento, y vemos más cosas, cosas que normalmente el miedo o la ignorancia no te permiten ver.

JC: ¿Qué pensáis ahora cuando alguien hace referencia a la injusticia de una muerte?

M: Puedes pensar que una muerte es injusta desde el egoísmo y desde el mundo terrenal. A nivel espiritual, no es justa ni injusta. Es así porque debía ser así. Claro que terrenalmente querríamos que fuese de otra manera. Pero no lo concebimos como una injusticia. ¿Quién decide lo que es justo y lo que no lo es? La gente nos decía que era antinatural la muerte de María, y algunos lo siguen diciendo constantemente. Pero no es verdad, los niños han muerto siempre.

E: No es antinatural, es antisocial. Precisamente es la naturaleza la que lleva a María a morir.

M: Y a lo largo de la historia los humanos siempre se han tenido que enfrentar a la muerte de los hijos, y existen ritos funerarios prehistóricos. Una vez vino un famoso científico de Harvard y lo llevamos a Empúries. Y en el museo vimos un pequeño muñeco articulado que habían encontrado en una tumba de un niño y tanto el científico como yo sentimos, y así lo comentamos, en una especie de empatía transhistórica, todo el amor de aquel padre o de aquella madre que habían hecho el muñeco y lo habían depositado en la tumba uno o dos siglos antes de Cristo. Y es que somos los mismos. Y eso ha ocurrido desde siempre. Es horrible cuando te sucede a ti. Pero sucede, y no se puede evitar. Lo único que podemos hacer es estar lo más fuertes posible por lo que pueda venir. A veces me viene el pensamiento de que Dolça se pondrá enferma, y siento que he de estar fuerte. O pienso que seré yo, y que igualmente he de estar fuerte para vivir hasta el último momento.

JC: ¿Tienes muy a menudo estos pensamientos?

M: A diario. Y eso me hace vivir con mucha intensidad todos los momentos. Aunque hay quien lo piensa, no es imposible que nos vuelva a suceder.

E: Tendemos a creer que es negativo pensar que nos morimos, es negativo si es por miedo, pero si te lleva a pensar que has de aprovechar el momento porque eres finito y cualquier día se acaba, entonces es positivo, vives y aprovechas mucho más el presente.

M: Edu y yo hacemos muchísimas cosas cada día.

E: Y de todas las cosas que hacemos, ninguna es un plan de futuro.

M: Son planes de presente.

E: Construyes un futuro, pero en base a planes de presente.

M: Solo haces una pequeña hoja de ruta, y nada más.

E: Una de las cosas que recuerdo cuando a Maria le diagnosticaron la leucemia es que me di cuenta de que toda la vida que había planificado para ella había desaparecido de golpe. Ya no podría hacer ni aquello ni aquello otro...

M: Y te das cuenta de que todos los planes eran mentira, todo era una invención que te habías hecho tú, y que te la crees, pero no es cierta. Las cosas pasan de manera inesperada, las buenas y las malas, en todos los ámbitos, y algunas te transforman la vida.

JC: Como dice una conocida frase, «si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes».

M: Pues sí. Edu y yo ya no hacemos planes. Lo decidimos cuando Maria murió, y nosotros éramos de hacer muchos planes. Solo una hoja de ruta muy a corto plazo y muy modificable, todo puede moverse.

LA VIDA Y LA MUERTE NO DEPENDEN DE NOSOTROS

JC: Sois personas muy queridas, y seguramente eso ha sido clave en vuestro proceso. ¿Os dejáis querer?

M: Sí.

JC: Lo pregunto porque no todo el mundo es capaz de dejarse querer.

M: Cuesta mucho.

E: De niño naces predispuesto a que te quieran y a dejarte querer, después te socializan a no dejarte, y a mí el proceso de volver a dejarme querer me ha costado mucho, porque significa confiar y dejarte ir. De hecho, esta ha sido la lección de Maria, ella ha sido nuestra maestra en muchas cosas, como qué es lo importante y cómo afrontar las situaciones difíciles y complicadas. Ahora puedo afirmar que sí, que me dejo querer y que me encanta que me quieran.

JC: No sé si sabemos mucho...

M: Cuesta muchísimo y no sabemos en absoluto.

JC: ¿Daríais algún consejo a la gente en este sentido?

M: Ayuda mucho romper la autoimagen, que acostumbra a implicar inseguridad y autosuficiencia. Hay que romper esta autoimagen, entregarse y confiar en la gente que te quiere.

E: Yo creo que es clave. Si no la rompes, la autoimagen viene a ser como tu jaula de cristal que no deja entrar nada. También he de decir que es una tarea de años rodearte de personas que te quieran y que te quieran bien. Y nosotros tenemos la suerte de tener un grupo de amigos estupendo, entregado cada uno a su manera, y nos han ayudado muchísimo.

M: La amistad es fundamental.

E: Como nos pasó en Cambridge, no solo era cosa de dejarnos querer, sino de que aquellos amigos nos quisieran de verdad.

M: Y para tener buenos amigos, tú también has de hacer un trabajo personal para ser agradable, como le decíamos siempre a Maria, porque si no la gente no quiere estar contigo. Quiero decir, ser amable, esforzarte por los demás, no quejarte, combatir la ira o el egoísmo o el pretender dominar al otro... Cuanto más trabajas todos estos aspectos, más atraes a buena gente, más te valoran, y se va haciendo la cadena de amistad y estima. Yo he tenido la suerte de que la vida desde bien pequeña me ha puesto en el camino grandes amigas, que todavía conservo. Pero si no los tienes de pequeño, pues de mayor has de trabajártelo para tener buenos amigos, porque son muy importantes en la vida. A los hijos les hemos de enseñar a saber elegir y a cuidar a los buenos amigos.

E: Hemos de salir de la jaula de cristal.

M: Pero nos da mucho miedo mostrarnos como somos. Yo aprendí mucho cuando murió Maria, porque se rompieron muchas creencias y porque no podía evitar hacer cosas que

normalmente no quiero hacer, como llorar. Odio llorar, y más en público, pero salía así, y la gente me veía así pese a que yo intentara controlarlo sin éxito, lo que hace que finalmente pierdas la vergüenza y te olvides de esta autoimagen que quieres preservar. Me ha costado mucho potenciar las cosas buenas que pueda tener, y mostrarlas abiertamente, mostrarme como soy y como me siento, pese a que socialmente no se entienda, pero en este sentido me he liberado mucho, me da igual si no se entiende.

E: Romper la autoimagen te permite expresar tus sentimientos, porque en caso contrario te puede bloquear para decir cómo estás en cada momento, y en un proceso de duelo esto es muy necesario, porque expresarás pensamientos y sentimientos muy hirientes. «Siento que la estoy olvidando, siento que la estoy traicionando...» Si no sacas de dentro estos sentimientos, que te vienen tanto si quieres como si no, te consumen vivo. Si te aferras a la autoimagen y a engañarte diciéndote que no sientes nada y que lo tienes todo controlado, los pensamientos no se irán y acabarán saliendo por cualquier otra parte.

M: No conviene estar tan contenido.

JC: ¿Sois ahora menos controladores de lo que lo erais antes?

M: Y tanto, sobre todo yo, lo era mucho.

E: Y yo también. Piensa que yo caminaba por la calle con Maria e iba vigilando que no hubiera agujeros para que no se cayera. Y te puedo asegurar que con Dolça esto ya no lo hago, y no

es porque no la cuide, sino porque pienso que se llega hasta donde se llega. Me he liberado mucho, de verdad.

M: Por mucho que lo intentes, es tan absurdo...

E: La vida y la muerte no dependen de nosotros.

M: Hace unos años, en mi trabajo en el centro de investigación, aprendí a tener presentes todas las variables. Pero no con el ánimo de tenerlo todo controlado, sino para estar más preparada para lo que pudiese venir y que no te cogiera por sorpresa. Y eso es lo que hacemos en nuestra vida ahora. Lo hablamos todo en profundidad, y también lo hacemos con los amigos, para poder considerar todas las posibles caras o visiones de un tema o de un problema. Todo lo hablamos y reflexionamos. Y aun así, más de la mitad de las cosas que suceden en la vida no las puedes controlar. Pero como no podemos vivir pendientes de todo y sufriendo por lo que puede pasar, necesitamos algunas pautas, unas pequeñas hojas de ruta y unos pilares que te ayuden a sostenerte y a seguir caminando a pesar de los vientos que ahora soplan en una dirección y ahora en otra, que te ayuden a no caer.

E: Hace un año, en verano, mi trabajo estaba en una situación de indeterminación total, y llegó septiembre y seguía en la misma indeterminación, pero Montse me decía que estuviera tranquilo, que ya vendría, que no me preocupara. Y efectivamente, el 20 de septiembre ya estaba trabajando. Y cuando llegué a la escuela, en el primer claustro, me dijeron que empezara a mirarme el material, a mi ritmo, para situarme en las clases que yo impartiría. Me dieron una

carpeta, la abrí, y en la primera hoja de todas leí: «Hola, soy Maria».

M: Y a mí me pasó con el ordenador que me dieron en el trabajo. En uno de los *passwords* que pedía para desbloquearlo también apareció la palabra Maria.

E: Y te dices a ti mismo: tanta preocupación por si trabajo o no trabajo, y resulta que el trabajo viene solo cuando no lo estoy buscando activamente (aunque evidentemente antes me lo había trabajado), que la primera frase que leo en el nuevo trabajo es «Hola, soy Maria», y que el trabajo en cuestión va más allá del tipo de trabajo que yo había soñado. La sociedad nos ha enseñado que hemos de planificar y controlar porque todo depende de nuestro esfuerzo, y eso no es verdad.

M: Yo antes al comenzar el curso ya llenaba la agenda de todo el año escolar. Ahora ya solo lleno como mucho hasta diciembre. Y a veces pienso que anotando las cosas de la próxima semana ya tendría suficiente, ¿para qué ir más lejos?

JC: ¿Sois ahora personas más hechas, más maduras?

E: Sí, claro, caídas del árbol y todo. Si no maduras con una experiencia de estas, entonces es que te lo has de hacer mirar.

M: Pero es muy fácil entrar en un bloqueo...

E: Sí, hay gente que no solo no madura, sino que se hunde totalmente y cae al abismo. Yo lo he vivido como que, al seguir vivo después de haber muerto, tenía que reconstruirme sobre una tierra totalmente arrasada. Y el esfuerzo está precisamente en no dejarte caer por el agujero, en levantarte

por la mañana, en volver al trabajo, en buscar cosas que puedan ilusionarte mínimamente para ir recuperando el sentido de vivir.

M: Pero cuando dices ilusión... Nosotros hemos estado como mínimo un año sin experimentar lo que era tener ilusión absolutamente por nada. Es muy lento, y todavía ahora no sé si puedo hablar de que tengo ilusiones reales.

JC: Al menos, estímulos...

M: Tal vez sí, la ilusión como tal está sobrevalorada.

E: Se puede vivir sin, pero se vive mejor con ilusiones.

JC: Y este esfuerzo por recuperar la ilusión de vivir, ¿ha sido el aprendizaje principal? Y si no, ¿cuál ha sido el aprendizaje que más destacaríais?

E: Mi principal aprendizaje ha sido conectarme conmigo mismo. Eso ha sido fundamental, puesto que me ha permitido estar en armonía con el resto y conectarme con los demás.

M: Yo destacaría tres grandes aprendizajes. Uno, vivir muy intensamente el día a día. Otro, entender que los hijos no son tuyos, sino que únicamente los acompañas y son seres independientes. Y el tercero, darme cuenta de que las cosas no dependen de mí. Yo pensaba que si hacía bien las cosas todo saldría bien, y eso es mentira. Tú puedes hacerlo lo mejor posible, pero en una parte muy importante lo que pase no depende de uno mismo. Hay muchos elementos incontrolables. Y, por tanto, no vale la pena preocuparme

tanto de mis acciones, y eso me ha quitado presión, porque yo antes era mucho más perfeccionista.

E: Por muy bien que lo hagamos, las cosas pasan. Para nosotros fue muy duro, después de cuidar al máximo su alimentación, y de llevar una vida sana y feliz, que Maria sufriera una leucemia. De entrada, cuesta mucho aceptarlo, no lo entiendes, piensas que cómo es posible.

JC: Porque tenemos la mentalidad de la causa-efecto, de que tiene que haber una explicación física.

E: Y entonces has de salir del mundo físico y encontrarle el sentido y la explicación en el hecho de que ella tenía su camino en el cual nosotros la debíamos acompañar, ella nos había escogido para acompañarla en este proceso, pero no era nuestro proceso.

M: Hay gente que nos dice que no puede ni nombrar la palabra, pero yo no tengo este sentimiento. El cáncer, o la leucemia, no son una bestia negra, y yo no tengo ningún problema en nombrarlos. El problema no son el cáncer o la leucemia, la verdadera cuestión es la vida y la muerte, y el no poder saber ni cuándo ni cómo vienen. Maria no murió por culpa de la leucemia, murió porque se tenía que ir, y punto.

JC: Tal vez por todo eso que explicáis, y que también se desprende del relato, sois personas muy libres...

M: Sí, somos muy libres. Y querríamos serlo todavía más.

JC: Pero habéis tomado decisiones difíciles ejerciendo esta libertad pese a que eran decisiones que probablemente no serían entendidas...

M: Y ha sido duro, porque nos ha hecho llorar, pero era lo que teníamos que hacer.

E: En cierta manera eso nos ha reforzado, el hecho de obligarte a posicionarte, porque el entorno no te ayuda a que lo hagas, es un ejercicio que haces que después te lo acaba poniendo más fácil.

JC: ¿Os consideráis personas privilegiadas?

M: Y tanto, tenemos mucha suerte.

E: Pero como pasa con la felicidad y la tristeza conviviendo juntas, también te puedes sentir privilegiado y desgraciado a la vez. Nos sentimos privilegiados, pero eso no es antagónico con vivir malos momentos.

M: Somos afortunados en muchos niveles, infancia, familia, amigos, encontrarnos Edu y yo, la vida que hemos compartido, los trabajos que tenemos... Pero tenemos una muesca en nuestro currículum.

E: Es que pese a sentirnos privilegiados, seguro que habrá mucha gente que no nos lo cambiaría, y tal vez yo tampoco, preferiría que otras cosas fueran peor y tener conmigo a mis dos hijas, pero no lo puedo cambiar.

M: Es una muesca a nivel material, a nivel espiritual nos sentimos muy privilegiados. Pero a nivel terrenal,

querríamos ser como todo el mundo, y tenerla con nosotros físicamente, y hacer una fiesta para su cumpleaños, y poderla abrazar. Pero no puede ser.

E: Pero tenemos a Dolça. Dolça es exageradamente amorosa, como si fuese amorosa por ella misma y por Maria. Cuando pierdes un hijo, uno de los grandes vacíos que sientes es el del tacto, poder abrazar, y tocar aquella piel tan suave y aquellas manitas pequeñas. Todo este componente tan físico que tienen los niños se fue con ella, y eso fue muy desgarrador. Y Dolça nos lo ha retornado, ha traído lo que era de Maria, y lo suyo. Es una niña muy cariñosa.

DOLÇA ES UN SER DE LUZ

JC: Ya que habláis de ella, ¿quién es Dolça?

M: Es quien ha venido a poner las cosas en su lugar. Este es el mensaje que recibió Edu antes de que Dolça llegara. Es una consciencia muy lúcida y muy grande, nació ya con una mirada muy penetrante que transmite seguridad y te habla, y eso no me había sucedido nunca. Ha venido a ayudarnos a continuar porque, aunque Edu y yo habíamos hecho mucho trabajo, yo sentía que estábamos muy vacíos, habíamos perdido el sentido de la vida. Y con ella todo volvía a adquirir sentido. No ha venido a sustituir a nadie. Yo siento que tengo dos hijas a las que amo por igual, pero ella ha venido a ayudarnos a continuar en la lucha porque todavía tenemos que hacer muchas cosas. Ha venido a curarnos, a nosotros y

también a nuestro entorno, que lo necesitaba. Al principio nos ha costado, porque la herida era muy reciente, y como se parecen, tienes un *deja vu* constante, porque hacen cosas muy similares. Pero ella ya se lo ha manejado para ganarse a todo el mundo, tiene habilidades como ser muy cariñosa y embaucadora, y lo está consiguiendo. Claro que Maria siempre está, y eso duele, aunque nos reímos mucho recordando cosas tuyas, pero con Dolça todos estamos recuperando la ilusión y el sentido. Esta es Dolça, que nos dará mucho trabajo, porque tiene mucho carácter; es muy lista, y brilla mucho, como Maria, las dos brillan mucho.

E: Es un ser de luz. Hoy mismo he ido a un centro comercial a comprar un regalo que necesitaba, y de repente la he visto corriendo por el pasillo, desprendiendo un brillo que era como un aura, lo iluminaba todo. Es difícil de describir en palabras, su figura lo abarcaba todo.

Y con más perspectiva, también pienso que en este contrato sagrado no solo estaba incluido que Maria nos había escogido, sino también que después vendría Dolça. Y el orden debía ser este, primero Maria, después Dolça a curarnos.

M: Es que desde que nació ya te miraba con una lucidez que no era normal, acababa de nacer y ya la veías como mirando hacia el infinito por la ventana del coche.

E: En las cartas Dolça aparecía como el ángel del amor, y es así, está curando a todos, solo has de ver a mis padres, o a los padres de Montse, que ya no hablan de Maria con tanta pena. Y si vamos más allá, a las profesoras de la guardería también

las está curando, es como que en cuanto te toca te impone un halo de amor y de paz.

- M: Antes de quedarme embarazada, tenía mucha resistencia, porque estábamos sufriendo mucho, pero al mismo tiempo sentía el impulso de que sí que quería, era una situación dual complicada, hasta que de repente tuve la certeza de que Dolça vendría.
- E: Y Maria nos enviaba mensajes, ella quería la hermanita y nos animaba a estar juntos y seguir adelante. Era un reto que debíamos atravesar, porque tener a Dolça suponía volver a vivir el miedo a perder un hijo.
- M: Lloré mucho durante el embarazo, y después, pero no era por miedo, era por pena. Y ella se me quedaba mirando, como diciendo «no pasa nada, yo estoy aquí». Me dejaba llorar, y eso me ha dado mucha paz. Ver la consciencia de que hablábamos en su mirada me ha ayudado a curarme.
- E: Cuando decía miedo no me refería a tener miedo de que le sucediera nada. El gran reto estaba en no apartarnos de ella, volver a querer de la misma manera que nos había roto el corazón con Maria era exponerse a que el corazón se pudiese volver a romper de la misma manera. Y eso lo hemos tenido que trabajar mucho, no ha sido nada sencillo. Dolça nos ha ayudado, porque se ha ido haciendo su sitio. Es un proceso inconsciente, objetivamente sabes que no hay ninguna razón para pensar que tenga que pasar nada, pero es inevitable, fisiológico incluso, que lo sientas. Volver a querer de esta manera tan entregada ha sido una tarea enorme.

- M: Nos costó mucho, al principio estábamos como muy contenidos. Y hemos tenido que reivindicar a Maria ante la familia, porque parecía que querían pasar página. Y al mismo tiempo, algunos también tenían el sentimiento de que si así lo hacían —es decir, si se entregaban a Dolça— traicionaban a Maria, y no querían que pareciera que la sustituían. Y otros tenían miedo de involucrarse demasiado con Dolça, por el dolor que eso les había causado con Maria. La transición ha sido difícil para todos.
- E: Porque, mientras tanto, tienes también este sentimiento de que quizás no te estás entregando a Dolça como te habías entregado a Maria. Pero, sea como sea, ahora la situación ya ha mejorado mucho, porque como hemos dicho ella vino a poner todo en su sitio.

TODO IRÁ BIEN

- JC: ¿Se puede vivir cargando con una experiencia de dolor como la vuestra?
- M: Sí, y tanto.
- E: Es que no hay otra.
- M: Al principio sobrevives, y una vez pasas la fase de sobrevivir, entonces te conviertes en un activista de la vida. Primero eres víctima, después eres superviviente, y finalmente eres activista de la vida.

E: Y volviendo a preguntas anteriores, se puede ser feliz y llevar encima esta tristeza. Es difícil de entender, pero es así.

M: Hay vida después de la muerte de un hijo, pero has de poner mucho de tu parte, mucho esfuerzo, mucha consciencia, muchas ganas, mucha lucha, y no durante unos meses o un año, sino siempre, esto será una cadena perpetua hasta que nos muramos.

E: Hay vida después de la muerte, pero este después no significa que una vez superada la muerte haya vida, sino que esta muerte es perpetua y tú continúas viviendo con ello. No es cerrar una etapa y empezar otra, esta etapa no se cierra nunca, está contigo, y has de aprender a convivir con ella.

M: A convivir y a batallar, pero no a batallar con connotación negativa, sino al contrario, quiero decir luchar para estar mejor.

E: No nos enseñan a disfrutar de cada momento, y querer disfrutar de cada momento es una lucha interna constante. Antes la lucha era para levantarnos cada día cuando no queríamos hacer nada, y ahora luchamos por la vida con más ilusión y sentido. Lo que haces ha de tener un sentido, si no es mejor no hacerlo.

JC: Todo acaba teniendo un sentido...

E: Sí.

JC: Tal como Maria os hizo saber, ¿todo irá bien?

M: Todo irá bien.

PARTE SEGUNDA

EL RELATO

Montserrat Yuste

Vaya donde vaya y vea lo que vea, en mi corazón
y en mi alma permanecerás para siempre conmigo.

Ken Wilber

A mi pequeña, que está siempre conmigo.

AGRADECIMIENTOS

Dedico este relato, en primer lugar, a mi hija Maria⁹, por el amor infinito que ha despertado en mí, y por haberme dado los mejores momentos de mi vida (y las lecciones más importantes).

A Edu, por ser la otra mitad de mi ser, por quererme siempre y por haber decidido caminar a mi lado a lo largo de mi vida.

A todos los *valientes* que han estado a nuestro lado en todos los momentos y que nos han dado su apoyo y amor de forma incondicional cuando más lo necesitábamos (ya fuese con una visita, un mensaje, una llamada o un regalo). Sois tantos que ni os puedo nombrar...

Y de estos *valientes*, destacar:

A los abuelos, a quien quiso tanto Maria, que han estado siempre aquí de la mejor forma que han podido y han sabido.

A Ramón, que siempre cuida de nosotros y que mueve cielo y tierra para que toquemos el cielo cada día.

⁹ María en catalán.

A Ariadna, que es nuestro ángel de la guarda, compañera de vida, de diálogos transformadores y, sobre todo, cómplice de todos nuestros sueños.

A Maria P., por haber estado a nuestro lado desde el primer instante, cuando el mundo entero se hundía a nuestros pies, y en todo el proceso siguiente, siempre con una sonrisa y una entrega total.

A Jana, por su coraje y su firmeza y por tomar las riendas cuando yo no podía.

A Just, por su sonrisa y por su buena disposición a bailar y jugar con nuestra pequeña. Y por cuidar de Jana...

A Mónica, por ser mi compañera de vida fiel y amorosa, que no ha dejado de quererme ni un momento desde que tenía 4 años. Y por, tal y como hizo ese primer día de escuela, cogerme de las manos y hacerme sentir segura. Nuestra conexión constante desde hace 38 años es prueba de fe de que formamos parte de un todo, más allá de nosotros como individuos.

A Montserrat, que me ha cuidado y mimado en todos los momentos vividos desde que llegó Maria (de hecho, llegó a mi vida justo antes de que viniese Maria; siempre he pensado que ha sido uno de los muchos regalos que me ha hecho mi pequeña...).

A J. por su inestimable ayuda y estima, y, sobre todo, por todas las herramientas que nos ha dado para hacer de este proceso un camino menos costoso. Y como no, a todo el equipo de la Fundación Paliaclic (J.C., L., B., Jota...) por su amor, entrega y generosidad, y por ser tan preciosos por dentro y por fuera.

A Anna por su guía espiritual en el mundo que no vemos, y por darnos respuestas...

A mi cuñado Xavi F., por su calidad humana y por centrarse en aquello que es realmente importante, el amor y el cuidado de aquellos que quieres, que tanto nos ha reconfortado estos meses.

A Andrés y Elena, que han velado para que Edu y yo no nos abandonásemos el uno al otro en estos momentos tan difíciles.

A C. A., Cr., y a todo el equipo de la guardería C., por cuidar de mi pequeña y de nosotros estos últimos años y por arrancarnos siempre una sonrisa.

A Mimar, por su fuerza y entereza, por estar a mi lado en todo momento, por sus besos voladores que iluminan nuestro rostro cuando este se oscurece y por darme la libertad para llorar sin sentirme culpable.

A Lidia¹⁰, Gisela, Ainara, Irene, Eder, Amets y a los amigos que nos regalaron *Cambridge* (las primeras luces del nuevo devenir).

A mi tía Lidia, por su sonrisa y ternura y por haber trascendido su propio dolor para estar a nuestro lado.

Al equipo médico del Hospital X. que llevó el caso de Maria, por su buena disposición y por haber hecho todo lo posible para

¹⁰ Lidia en catalán.

el bienestar de mi pequeña. A ellos decirles, de todo corazón, que Maria tenía que irse y que no dependía de ellos.

A todas las enfermeras de la planta de pediatría, especialmente a C. y a S. por cuidar de la pequeña y de nosotros, y por aguantar nuestras preocupaciones y sufrimientos siempre con la mejor de sus sonrisas. Ellas saben que las tiritas que Maria les regalaba ¡se las habían bien ganado!

A Montse S., a Itxaso, a Neus G., a Breo, a Basi y a Eugenio, a Mónica (madre de Lucía) y a todas aquellas y aquellos que nos habéis acompañado con una sonrisa y un fuerte abrazo durante el duro periplo hospitalario.

A Desi, Juan y al pequeño Jon y sobre todo al *yayo*, que fueron nuestros compañeros de trincheras y nos ayudaron a normalizar el arduo camino del hospital (siempre con una sonrisa).

A los tíos y primos que arrancaron sonrisas a la pequeña en sus últimas semanas.

A las trabajadoras de la panadería, especialmente a Emilia, por querernos y mimarnos siempre.

A los compañeros de trabajo, siempre atentos, cuidándonos en la distancia. Con ellos he compartido las alegrías y las angustias y, sobre todo, he gozado de su calidad humana.

A todos los amigos, que sois muchísimos, que nos habéis acompañado en la distancia y nos habéis enviado olas gigantes de amor y apoyo. Sin vosotros no hubiese sido posible continuar.

Y, por último, a todos aquellos que no habéis sabido o no habéis podido estar, deciros que entendemos que no era fácil... Hace falta ser muy valiente para estar al lado de aquellos que, como nosotros, sufren lo peor que le puede pasar a un padre o una madre. Cuando las cosas se ponen difíciles hace falta mucho esfuerzo para trascender el *yo individual* y ver al *otro*. A todos estos (que siempre están presentes) deciros que me sabe mal que no hayáis sido capaces, porque con vosotros no podré compartir las lecciones más importantes y las sonrisas de Maria...

ME PRESENTO

Para aquellos que no me conozcan, me llamo Montserrat (Montse para todos excepto para mi abuela Pepita). Soy profesora e investigadora en el campo de la educación, soy pareja y soy madre. Soy apasionada, alegre y optimista, y amo la vida por encima de todo. La vida y todo lo que para mí es la vida: el amor. El amor en todas y cada una de sus variables.

El *amor*. Un concepto que últimamente se ha encadenado a otro, que es el concepto de *pérdida*. El amor y la pérdida, la pérdida y el amor... El amor de pareja, de madre, de hermana y de amiga. La pérdida de una parte de ti misma, de sentido... El amor y la pérdida, la pérdida y el amor..., dos conceptos que se entrelazan como la hiedra al tronco del árbol. Una madeja sin principio ni fin. Imposible separar los hilos que lo forman.

Por dónde empezar... Multitud de sentimientos, emociones e ideas luchan dentro de mi mente y mi corazón para salir. Voy a serenarme y a poner orden...

EMPEZAMOS POR EL FINAL...

Hace dos meses moría mi hija Maria, con tan solo dos años y cinco meses. «Maria ha muerto...» cada vez que pienso en esta frase la siento como cuando cae una bomba... que no la oyes, pero que cuando explota lo destruye todo, y el mundo enmudece.

«Maria ha muerto», una frase que he tenido que aprender a decir... porque al principio no me veía capaz. Pero, a base de ir oyéndola en boca de aquellos que me ayudaban a comunicar aquello que no podía pronunciar, me he visto con fuerzas para articular tan duras palabras. Tres simples palabras que puestas en este orden provocan la desconfiguración de las expresiones y las caras de aquellos que las escuchan... ¿Y qué pasa después, cuando las dejas ir? Pues casi siempre lo mismo, la mayoría enmudece y sus rostros se cierran, ojos que bajan la mirada, cejas que se juntan, labios que se aprietan... Otros se ponen muy nerviosos, como no entendiendo lo que les dices (más bien no aceptándolo: «no puede ser, no puede ser...»). También hay quienes callan y lloran. Y otros que se enfadan: «no hay derecho», «es muy injusto», «la vida es una p. mierda...» son los improperios más comunes... Incluso hay quien se va corriendo haciendo un gesto de negación con la cara y el brazo, como no aceptando lo que oye. Y yo siento una y otra vez una fuerte opresión en el pecho, fruto de mi esfuerzo para contener el llanto, la desesperación y la impotencia, la pena y el vacío gigante que empujan en mi interior con una fuerza irracional para salir y arrasarlo todo. Mi cuerpo es como una presa a punto de reventar.

«Maria ha muerto...» ¿cómo se puede vivir con esto? «¿cómo lo haremos para salir de esta?» es la frase que me viene a la cabeza una y otra vez...

EL PRINCIPIO DE TODO

Ahora voy hacia atrás (lo hago muy a menudo, supongo que será para anestesiarme y atenuar el dolor momentáneamente..., si pienso en lo más bonito la opresión se calma un rato), y retrocedo hasta el verano de 2012.

Edu (el gran amor de mi vida) y yo marchábamos hacia las montañas del Parc Nacional d'Aigüestortes¹¹ (como hacemos cada verano desde hace ya muchos años) para soñar juntos (como de costumbre). Allí arriba todo es más fácil. Los árboles, las rocas, los pájaros, las flores nos conectan con nosotros mismos y con el universo. Allí arriba trascendemos el *yo* y nos fusionamos con el *todo*. Allí arriba el ruido que llevamos con nosotros, fruto del día a día vertiginoso en la ciudad, ya no hace interferencias en nuestro interior. Allí arriba solo estamos Edu, yo y la naturaleza en estado puro. «¿Os vais a desconectar?», nos preguntan a menudo. «¡No, al contrario! ¡Nos vamos a conectar!», respondemos.

Aquel verano nos propusimos alcanzar una meta personal que llevábamos mucho tiempo planeando y que, por fin, nos habíamos decidido a realizar: completar la ruta circular de senderismo

¹¹ Nos referimos al Parque Nacional de Aigüestortes y Lago de San Mauricio.

conocida como *Els Carros de Foc*¹² (56 kilómetros y casi 9000 metros de desnivel acumulado). Una meta que para algunos es muy asumible, pero que para nosotros implicaba la culminación de un sueño que empezó siete años antes, cuando nos iniciamos juntos en el senderismo. Y ese año, los *Carros* significaban mucho más... al volver iríamos a buscar el bebé (por fin..., hacía 14 años que lo soñábamos, pero hasta ese momento no habíamos sentido que había llegado el momento).

Conseguimos hacer la ruta, pero lo más importante no fue acabarla, sino que, aquello que fue realmente significativo fue la puesta en marcha del sueño *Maria*. Allí arriba decidimos dejar los miedos atrás y determinar la fecha de inicio de la *búsqueda*: sería el próximo mes de septiembre. Quizás no era el mejor momento, porque tanto Edu como yo habíamos acabado nuestros respectivos contratos laborales (que desde hacía muchos años eran temporales, para cubrir plazas de docencia trimestrales, o bien, relacionados con investigaciones de duración determinada). Pero no importaba: sentíamos que había llegado el momento.

Yo intuía que me quedaría embarazada rápidamente, pero los amigos más íntimos nos habían dicho que esto de quedarse embarazada podía tardar meses... así que continuamos haciendo vida normal, sin muchas expectativas de que el bebé llegase ya.

Aprovechando el buen tiempo subimos alguna montaña más. Y ya puestos, nos apuntamos también a correr la Cursa de la

¹² Los Carros de Fuego en catalán.

Mercè¹³. Entonces ya me mareé mucho en el tramo final..., «madre mía, no estoy en forma» pensé rápidamente. Una semana más tarde subíamos a Núria¹⁴. Y vaya, parecía que la ascensión no tenía final. Edu me recriminaba que no estaba motivada y que parecía que había ido sin ganas. Pero a base de ir haciendo paradas y de comer barritas energéticas finalmente llegamos. Y, cómo no, pusimos la cabeza dentro de la olla que hay en el Santuario¹⁵, tocamos la campana y reímos un buen rato.

El mes de septiembre avanzaba y yo me sentía muy cansada. «¿Estaré deprimida?», le comenté a mi prima Ariadna. «¡Qué vas a estar deprimida tú!», me contestó riendo (ya que me conoce bien y sabe que soy de talante optimista). Y continué así hasta bien entrado el mes de octubre. Y fue entonces cuando me di cuenta de que ya no tenía el periodo. Hicimos la prueba y quedó claro: estaba embarazada. De nuevo miedo, mezclado con ilusión y expectación por lo que venía. Recuerdo claramente aquel momento, era una mañana de domingo, 14 de octubre. Como solíamos hacer cada fin de semana, fuimos a pasear hasta el

¹³ La Cursa de la Mercè es una carrera que se celebra durante la fiesta mayor de Barcelona. Tiene un recorrido de 11 km por las calles de Barcelona y se realiza desde 1979.

¹⁴ Nos referimos al Monasterio de la Virgen de Núria, situado a 2000 metros de altitud en la montaña de los Pirineos (Ripollès).

¹⁵ Dice la leyenda que aquellas parejas que quieran tener hijos tienen que hacer una plegaria delante de la cruz que hay dentro del Santuario y después tienen que poner la cabeza dentro de la olla que hay en una sala anexa y tocar la campana. Si lo haces, la Virgen de Nuria te bendecirá con un hijo o hija.

Monestir de Sant Jeroni de la Murtra¹⁶ (que está muy cerca de casa). Recordaré siempre aquella mañana soleada, reíamos nerviosos mientras caminábamos, pensado en todos los *excesos* deportivos del último mes y en aquellas copas de vino que nos tomamos solos o en compañía de los amigos, cuando ya estaba embarazada sin saberlo.

Teníamos claro que Maria no tenía espera, nos había elegido de padres y no quería retardar más su llegada. Ni tampoco pasar penas. Lo supimos pronto cuando fui elegida, de entre muchos candidatos, como beneficiaria de una beca de investigación en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). La pequeña *nacía con un pan bajo el brazo*, tal como dice el refranero popular. Pocos meses después una beca muy similar era ganada por Edu en Girona¹⁷.

A principios de enero por fin supimos que sería una niña. En casa de Edu todos son hombres (él tiene 3 hermanos más y los únicos sobrinos que tiene también son niños), y Enriqueta (mi suegra) no hubiese aceptado que no tuviese una niña (siempre decía «haz lo que quieras, pero que sea niña»). Bueno, Enriqueta hubiese estado contenta igualmente con un niño, solo que le gustaba reiterar que quería una niña para que se cumpliese su sueño. Mi madre, por su lado, no dejaba de decir que sería un niño (no sé si para llevar la contraria o para que su nieto Marcel no se quedase solo con tanta niña en la familia, ya que en su caso el resto de los nietos eran niñas). Fuera como fuere celebramos

¹⁶ Monasterio de San Jerónimo de la Murtra en catalán.

¹⁷ Gerona en catalán.

muchísimo que fuese una niña. Siempre habíamos hablado de *Maria* así que si hubiese sido un niño hubiésemos tenido que cambiar el chip de forma radical.

Cada noche, cuando me iba a dormir hablaba con mis guías, y siempre les pedía lo mismo: que la niña crezca sana y fuerte, que sea lista, guapa y muy amiga de sus amigos y muy solidaria. Que sea feliz y que quiera mucho a sus papis, abuelos, tíos y amigos. Y que se porte bien. «Lo que pides a tus guías se cumple...» siempre me decía Edu.

Yo sentía cómo mi cuerpo iba cambiando día a día: dolores leves en el vientre, cansancio, sentido del olfato más agudo, mucha hambre, atracción hacia ciertos alimentos que nunca me habían llamado la atención y rechazo hacia otros que me gustaban mucho... Me sentía tan bien que aún no me había hecho a la idea de que una vida se estaba gestando en mi interior. A menudo cogía peso e intentaba seguir con mi vida haciendo las mismas cosas, olvidándome de que ciertas posturas o determinadas actividades no eran las más adecuadas. Por suerte Edu y también mis amigas hacían un poco de *policía* y evitaban que hiciese nada que me pudiese hacer daño a mí o a mi pequeña. Pero aun así, desde el principio puse todo mi énfasis en comer todo aquello que fuese beneficioso para mi hija, el pescado y la carne previamente congelado (para evitar infecciones como la toxoplasmosis), nada de embutidos, alcohol, cafeína o teína (caray... ¡cuánto eché de menos mi cafelito de la mañana y mi té después de comer!), nada de infusiones (porque no hay quorum entre los expertos sobre si son perjudiciales para el embarazo), y mucho cuidado con los productos de cuidado personal (porque muchos de sus componentes van directamente al riego sanguíneo y, por

consiguiente, al bebé). ¡Cabe decir que todo lo hice encantada! Sentía que así cuidaba a mi pequeña.

A mediados de febrero me incorporé a mi trabajo nuevo. Los compañeros, muy especialmente la que sería mi directora de tesis – Montserrat – me acogió de la mejor forma. Pocas presiones y mucha estima eran el pan de cada día. Recuerdo muy vivamente mis idas y venidas a la UAB. Yo ya estaba de cinco meses, y mi barriga crecía y crecía. Llegaba tranquilamente al despacho, y lo que más recuerdo es que me sentía muy acompañada por Maria. Y muy cuidada por mis compañeros. Nunca les estaré suficientemente agradecida por sus atenciones y su comprensión.

Estaba disfrutando de un embarazo muy bueno. No tenía presiones de ningún tipo, me sentía muy querida allí donde iba y me sentía bien. Solo que hacía el sexto mes ya sufría mucho de dolor de espalda (este fue agravándose a medida que pasaban las semanas). Y poco después ya ni podía estar sentada. Sufría de lumbalgia y de ciática. Ni con estas perdía el buen humor. ¡Estaba tan ilusionada!

Cada tarde jugaba un rato con la pequeña Maria. Sabía que ella dormía muchas horas, pero también la notaba moverse muy a menudo. Recuerdo muy vivamente aquellas patadas, aquellos piececitos pequeños que se marcaban bajo la piel de mi barriga. Y cada tarde, que era cuando ella estaba más animada, jugábamos a que yo le cogía los pies. Ella empujaba y yo le decía «¡Ay, bichito que te cojo el pie!», y ella cada vez daba más patadas a ver si la cogía. Cuando ya había pasado un rato tenía que parar porque notaba que se exaltaba mucho. Pero era tan divertido... ya entonces tuve la certeza que sería una niña muy juguetona y movida.

A punto de entrar en el séptimo mes hice el que sería mi último viaje: con Edu cogimos el coche y volvimos al Parc de Sant Maurici¹⁸. Necesitábamos conectarnos de nuevo con la naturaleza para explicar a las montañas que muy pronto le verían la cara a la peque. Aquel 29 de marzo el Estany de Sant Maurici estaba muy nevado. Fue imposible subir a pie (en mi estado no era recomendable). Al día siguiente excursión a la Vall d'Aran¹⁹ y al tercer día a la Vall de Boí²⁰. Visita de rigor a Santa Maria de Taüll a poner una vela a la Virgen y de vuelta a Barcelona. Durante el viaje de vuelta especulábamos con el día de llegada de la peque...

Al octavo mes cogí la baja: ya no podía casi ni caminar (el dolor de espalda era muy, muy agudo), y no me sentía mínimamente bien ni tan siquiera cuando me tumbaba. Casi diariamente me tenían que hacer masajes en la espalda (era lo único que calmaba el dolor) y dos veces por semana iba al fisioterapeuta. Pero no me importaba... cuando una es madre lo da todo con mucho gusto para su pequeño.

Llegó el mes de junio y empecé las sesiones de *correas*. La última, el día 10, momento en el que me confirmaron que estaba ya dilatada y tenía el cuello del útero *maduro*, y que probablemente en las próximas horas iría de parto. Y si no, «mañana a las 8 de la mañana ingresas ya en el hospital» me dijo

¹⁸ Nos referimos al Parque Nacional de Aigüestortes y Lago de San Mauricio.

¹⁹ El Valle de Arán en catalán.

²⁰ El Valle de Bohí en catalán.

la comadrona. ¡Qué emoción..., madre mía, por fin vería la cara de mi pequeña!

Aquella misma tarde fui muy consciente del cambio que harían nuestras vidas... no solo la mía y la de Edu, sino también la de todas las personas cercanas, porque María era un sueño colectivo: nuestro, de sus abuelos y abuelas, de sus tíos, sobrinos y amigos... y en cierta forma también era un ser muy esperado por todas aquellas personas del barrio que habían seguido de cerca nuestro embarazo y que nos querían, como los vecinos y vecinas del bloque y de la calle, las chicas de la panadería donde comprábamos el pan, las charcuteras del mercado, el chino que nos vendía la fruta, por citar algunos. Esta consciencia me llevó a coger nuestra libreta de los sueños (una que tenemos Edu y yo y que nos sirve para plasmar aquello que soñamos y que es muy importante para nosotros) y escribir lo siguiente:

10 de junio de 2013, en casa, 19.03 pm. Bueno, por dónde empezar... esta barriguita está tan tensa, y la pequeña María se mueve tanto, ¡que casi no puedo escribir estas palabras! Estamos muy emocionados. Estoy muy tranquila. Ahora intento quedarme con la esencia de estos últimos momentos, de los últimos instantes de esta etapa que cerramos con la llegada de María. Mañana nos adentramos en una de nueva, ¡que nos cambiará la vida para siempre! Ya no seremos Edu y yo, yo y Edu en nuestro pisito viviendo nuestra rutina. Ahora llega un ser nuevo, parte de él y parte mía, alguien mágico a quien no nos podemos ni imaginar cómo la querremos y sin quien ya no podremos vivir. Todos estos pensamientos hacen que no pueda ni pensar en los dolores del parto ni en lo que se me avecina a nivel físico. Solo puedo pensar en cuán extraño será mañana cuando salga la pequeña María de dentro. Llevamos tantos meses juntas compartiendo mi cuerpo, jugando a que le cojo los piececillos, sintiéndola feliz en mi interior, y yo sintiéndome siempre tan acompañada... será extraño que nazca. Y será mágico cuando

nos veamos por primera vez. ¡Será un *amor a primera vista*! Su padre ya lleva tiempo enamorado de ella. Está inquieto y emocionado, haciéndose el fuerte para que yo pueda estar tranquila y todo vaya muy bien. ¡Y lo está haciendo muy bien! No se le escapa ningún detalle, me cuida muchísimo y me hace sentir segura. Es el mejor padre que va a haber jamás en el mundo. Todo está preparado: pisito engalanado y todos los amigos, abuelos, tíos y primitos esperando el gran momento. ¡TODO A PUNTO PARA EMPEZAR LA NUEVA VIDA CON LA PEQUEÑA MARIA!

11 de junio, el gran día. A las 8 de la mañana ingresábamos y a las 12.34h llegaba Maria. Fue un parto rápido. Nació, la envolvieron en una especie de papel dorado y me la dieron. Cogí aquel hatillo caliente y fue en ese momento cuando la vi por primera vez. Reíamos y llorábamos a la vez. La emoción se desbordaba. Ella me miraba seria, con aquellos ojos castaños grandes y penetrantes. «Madre mía, esto es sin duda lo más bonito e impresionante que jamás me haya pasado», pensaba. Nos sacaron al pasillo y me la pusieron por primera vez en el pecho. Me impresionó muchísimo su capacidad de succión. Tenía claro qué hacer: se cogió muy rápido a mi pecho ¡y mamaba con una potencia...! Yo sabía que sería un poco glotona porque en las últimas ecografías siempre se la veía moviendo los labios (recuerdo preguntarle al doctor toda extrañada: «¿qué hace?» y él me respondía: «¡Pues mama!»).

En la puerta nos esperaban mi madre, mi hermana Jana y mi prima Ariadna (fueron las personas elegidas para acompañarnos en este momento tan especial, ellas se encargarían de llamar a todo el mundo llegado el momento, así evitábamos aglomeraciones familiares durante el parto). Llorábamos y reíamos todos juntos.

Aquel día y los siguientes me sentía cansada y débil, ¡pero tan feliz...! La niña estaba bien, yo estaba bien y aun no me creía que Edu y yo hubiésemos podido hacer una cosa tan bella. Larga melena negra, ojos grandes, nariz diminuta y una boquita pequeña, preciosa. Tres quilos y medio de pura magia.

El día antes de irnos volví a escribir en nuestra libreta de los sueños:

14 de junio de 2013, *Hospital B*, 7 am. Son tantos los sentimientos que me llenan el corazón que no sé ni por dónde empezar. Ahora estoy aquí tumbada en mi cama, con la pequeña encima durmiendo. Es un ángel, un amor. ¡Tan guapa, tan buena! Cada vez que la miro me saltan las lágrimas. Me parece imposible que esta cosa tan preciosa, este ser tan perfecto sea mío y de Edu. Estos días han estado llenos de emociones. A las 12.34 nacía mi pequeña pitufina y me la entregaron en un paquete dorado... Nos miramos y se me hace imposible pensar que es ella. Desde entonces un constante de emociones y de visitas de gente que le muestra su amor incondicional. ¡Ahora ya todos estamos enamorados! Esta tarde nos vamos a casa, ¡Un nuevo paso hacia nuestra aventura! Ahora estoy aquí viendo como sale el sol, como van cambiando los colores del cielo... Intento absorber todos y cada uno de los instantes vividos para no olvidar jamás esta experiencia única, inimaginable, maravillosa y perfecta que marca el inicio de algo GRANDE e INFINITO que estará conmigo hasta que me muera. La paz, el amor y la serenidad que siento me dicen que será algo bueno y maravilloso. ¡Gracias a la vida por este regalo, por todo el amor y ayuda recibida y por venir!

14 de junio, día de volver a casa, me puse mi vestido preferido, me maquillé, nos hicimos unas fotos dentro de la habitación y

salimos a buscar el coche. Yo andaba orgullosa con mi pequeña en brazos, viendo como todo el mundo la miraba y sonreía. «Es preciosa», me decían algunos... «Qué muñeca», exclamaban otros. Y fui todo el camino sentada en el asiento de atrás del coche con ella a mi lado y llorando todo el rato, emocionada. ¡Y así estaría los cinco meses siguientes! Depresión postparto... ¡qué va! Si acaso ¡emoción postparto!

La llegada a casa no fue como nos habían dicho. Más de un conocido me había explicado que cuando llegas a casa con tu bebé piensas: «¿Y ahora qué tengo que hacer?» A nosotros no nos pasó. Solo pensábamos: «es nuestra, ¡nadie nos la podrá quitar nunca!». Claro que aparecieron dudas, pero ninguna que no resolviésemos aplicando lo que nuestro amigo Enric nos decía siempre: *sentido común*, y también llamando a los amigos cuando Edu y yo no teníamos claro cómo resolver alguna situación concreta (el grupo de *WhatsApp* que creamos con las amigas resultó ser una herramienta ¡indispensable! Y ni qué decir de las consultas a Ariadna, que no hacía muchos meses que había sido madre).

Teníamos claro que queríamos hacer el máximo posible de vida normal. Así que dos días después de nuestra llegada hicimos una fiesta para celebrar mi cumpleaños. Estaba aún baldada, recuperándome del parto y casi no podía ni sentarme, pero me daba igual. Era feliz y quería celebrar el que sería (hasta la fecha) mi mejor cumpleaños, juntamente con mi mejor regalo, mi pequeña.

Las semanas siguientes continuamos haciendo vida normal, pero ahora adaptándola a Maria. Era muy buena, comía mucho (todo el día la tenía enganchada en el pecho), pero nada impedía

que saliésemos a pasear (haciendo las paradas técnicas reglamentarias para que comiese y para cambiarla). A las dos semanas nos íbamos a la casa que teníamos en Maçanet de Cabrenys²¹, y al mes y medio íbamos hacia Vielha. Queríamos subirla con nuestra mochila (la que nos habían regalado mi tío Mariano y mi tía Lúdia con toda su ilusión) hasta el Estany de Ratera²² (un poco más arriba del Estany de Sant Maurici), allí donde tantas veces la habíamos soñado. ¡Sin duda se convirtió en la montaña más joven! La llevamos también a Santa Maria de Taüll. ¡Pusimos una vela a la Virgen agradeciéndole el regalo que nos había hecho! ¡Maria en Santa Maria!

Estando en Taüll escribía en la libreta:

15 de agosto del 2013, restaurante *El Mallador* de Taüll, 16.42 pm. Vacaciones de ensueño. Ayer subida a la Ratera (creía que no podría porque hace muy poco del parto y aún estoy en proceso de recuperación), paseo por Sant Maurici, y hoy visita a Santa Maria de Taüll. ¡Primer santo de la pequeña Maria! Hemos ido a dar gracias a la Virgen y a pedirle que nos ayude a cumplir los sueños de este nuevo año que empezamos en septiembre (soñamos que Maria crece sana y fuerte y que Edu y yo salimos airoso en nuestra nueva faceta como padres). ¡Somos muy felices! Esta niña es el mejor regalo, el amor más grande. Lo más bonito que hemos hecho Edu y yo. ¡Amor multiplicado por amor nos lleva hasta el infinito! ¡Gracias vida, gracias amor!

²¹ A partir de ahora nos referiremos a este pueblo como *Maçanet*

²² Ibón de Ratera en catalán. Está dentro del Parque Nacional de Aigüestortes y Lago de San Mauricio, situado a 2.136 m de altitud.

Al día siguiente proseguía:

16 de agosto del 2013, apartamento de Gausac, 8.50 am. Mientras estoy aquí en el sofá, dando el pecho a mi *pequerrufi*, observo cómo se va haciendo de día a través de la claraboya y las ventanas del balcón. Poco a poco van entrando los rayos del sol por la ventana, dándole a las hojas del árbol de enfrente una tonalidad amarronada. La pequeñita holgazanea mientras me mira de reojo. De fondo oigo los chillidos y el alboroto del nido de gorriones que hay bajo el tejado. Siento paz, la paz de quien ha encontrado su lugar en el mundo. Un rinconcito donde quedarse a ver pasar las estaciones y disfrutar de la vida. Y, al mismo tiempo, siento nostalgia por el verano que se va y por tener que volver a Barcelona. ¡Y alegría por saber que muy pronto volveremos a subir! Suerte que pasado mañana nos vamos hacia nuestro querido Empordà que nos mimó y acaricia siempre y ¡consuela nuestras ansias de montaña! Gracias Santa Maria por estos días de magia y amor y gracias Vall d'Aran por alimentar siempre nuestros sueños. Gracias vida por regalarme este tiempo compartido con mi gran amor Edu y con mi pequeña princesa Maria (¡ya tiene dos mesecillos!).

MARIA SE HACE MAYOR

¡Esta etapa es difícil de relatar porque siento que pasa tan rápido! Me ha parecido conveniente y terapéutico escribir el texto en presente porque así lo vivo como si fuese aquí y ahora. Aun siento que este es, de alguna forma, mi presente. Necesito tiempo para ir poniéndolo en la casilla del pasado.

Maria crece a un ritmo vertiginoso. Cada día hace cosas nuevas. Edu y yo detectamos que es muy rápida en todo. Muy lista. Todas las angustias que tenía cuando estaba embarazada sobre su capacidad cognitiva han desaparecido rápidamente. Como dice mi madre, ella siempre te hace saber qué quiere, no necesita hablar.

Ya desde el primer mes duerme toda la noche. Incluso la he llevado a visita con el médico porque alguien me dijo que no era normal que durmiese toda la noche. Cuando se lo he comentado a su pediatra me ha dicho con una sonrisa de oreja a oreja «¡pues qué suerte que tienes!». Yo tengo claro por qué duerme toda la noche: come tanto que está tan hartona que no necesita despertarse cada tres horas. Edu, sin embargo, recorre a una frase que oímos en la última versión de la película *Moisés* cuando *Ramsés*, mirando cómo su hijo pequeño duerme en la cuna, exclama: «duermes plácidamente porque te sientes bien amado». Y lleva razón, es una niña segura, con todas las necesidades físicas y emocionales cubiertas, y esto hace que esté tranquila y que duerma plácidamente toda la noche.

En aquella época me llega -de boca de una persona a quien quiero mucho- un mensaje clave, que marcará toda mi trayectoria como madre: «tenemos que hacer vivir a nuestros hijos como que cada día es único, mágico e irrepetible». Y esta tiene que ser mi misión. Es igual si estás cansada, tienes mal humor o no estás motivada: tienes que hacer que cada día de la vida de Maria será único y especial, y que esté lleno de risas. Y nos ponemos a fondo.

A partir del cuarto mes, para ir adaptándonos a mi inminente vuelta al trabajo, la llevamos ya cada día a casa de las abuelas: cuatro días a casa de la yaya Enriqueta y uno a casa de la yaya Neus. Y vayamos en coche, metro, autobús o a pie ¡risas y juego! Confieso que cuando empiezo a trabajar, durante el día siento una gran añoranza y me muero de ganas de que llegue la hora de recogerla. Mi bebé... Sé que tengo que hacer vida normal y trabajar, pero la echo tanto de menos... Es normal, ya que no me he separado nunca de ella. Pero se tiene que hacer.

Maria va creciendo y es muy inquieta. Quiere beberse el mundo a grandes tragos. Cada semana hacemos muchas cosas: mientras trabajamos está con las yayas (que van de cabeza con la peque porque es muy activa) y por las tardes hacemos largos paseos, visitamos a los abuelos, vamos a la biblioteca, hacemos encuentros con los amigos para hacer actividades variadas... y los fines de semana siempre salimos: excursiones a la montaña, fines de semana en Maçanet, paseos por la playa... Mi abuela Pepita siempre exclama: «esta niña está sobre estimulada». Y sí, es inquieta, pero yo siento profundamente que le tenemos que mostrar el mundo entero.

Es tan inquieta que a los siete meses ya se esfuerza muchísimo para empezar a caminar: quiere estar de pie a todas horas. Nada

de gatear. El problema viene cuando la ponemos a dormir: la ves exhausta, pero ella allí de pie en la camita, temblándole las piernas y ni así, ella allí sin quererse tumbar. Está tan emocionada de verse independiente que no quiere ni dormir. Y a los nueve meses ya anda, ¡bueno, casi corre! La tenemos que marcar de cerca porque tiene las ideas muy claras y siempre sabe qué quiere hacer (aunque sea alguna cosa que no le convenga). A menudo se queda en su habitación *pensando*, toda enfadada. «Cuando estés guapa nos avisas y sales». Y a los cinco minutos ya está *guapa* y como si nada.

Maria es también muy independiente. Ya cuando tenía cinco meses se daba ella sola el biberón. Hasta que veías que le fallaban las fuerzas y entonces se lo tenías que quitar de las manos y dárselo tú. Duerme con nosotros hasta los diez meses (momento en el que vemos que ya quiere dormir en su habitación). Los abuelos y los tíets²³ Xavi y Albert le han regalado todos los muebles: tiene una cuna preciosa (a conjunto con el armario) que cuando sea mayor se podrá transformar en una cama, un escritorio, una mesita de noche y una estantería. Tardamos un poco en llevarla allí porque pensábamos que le daría miedo, pero nada más lejos de la realidad. Esto sí, le gusta que le dejemos la puerta abierta porque así nos escucha y se relaja. Al principio sufrimos porque su habitación da al comedor donde hacemos vida, pero ni la luz ni el ruido impiden que se duerma (más bien al contrario).

²³ Tíos en catalán.

Llega el mes de junio, y el día 11 celebramos su primer cumpleaños. Le dan miedo las velas encendidas y llora un poco mientras las soplamos. Madre mía ¡cuántos regalos! Ya unas semanas antes su padre le ha puesto la canción de *Cumpleaños feliz* del grupo *Parchís* y no veas qué éxito, la pide a todas horas. Me dice «mami, *feli cumano*» y yo entiendo que quiere que le ponga la canción. La canta y la baila a todas horas. Y así será hasta el final.

En el mes de agosto cogemos vacaciones y nos vamos unos días a la Vall d’Aran, y el resto lo pasamos en Barcelona y en Maçanet. Un verano fantástico... No tiene miedo de nada. Estando en la Vall d’Aran se lanza a tocar los perros, las vacas y los caballos. ¡Me hace pasar miedo! Corre por la montaña, bebe ya de su cantimplora y le gustan mucho los animales salvajes del *Aran Park*²⁴. Estando ya en Maçanet cogemos moras, vamos al río, a menudo cogemos el coche para ir a visitar nuestros lugares favoritos de la comarca. Así hacemos largos paseos por la playa de Llançà (mientras nos comemos un helado) y visitamos a menudo Cadaqués y Rabós. Allá a donde vayamos todo el mundo nos para para decirle cosas. ¡Tiene tanta luz y es tan guapa!

A la vuelta a Barcelona llega el reto de la escuela. Antes del verano contactamos con una guardería fantástica que está en nuestro barrio. Su directora es una mujer extrovertida y amable, que, desde el primer momento nos abre las puertas de par en par.

²⁴ Aran Park es un parque de fauna de animales autóctonos que se encuentra en la localidad de Bossòst. En este parque los animales están en semilibertad.

Tenemos la certeza de que es el mejor lugar para dejar a Maria. Sabemos que será feliz porque el mismo día de la visita se queda encantada con la que será su nueva maestra, C., mientras visitamos todo el recinto. Ya hace tiempo que busca a los niños y niñas y vemos que tiene una gran necesidad de darle alas a su inquietud.

El 1 de septiembre empieza el curso. Esa mañana le hacemos una foto justo antes de irse. Lleva su vestido verde pistacho y se pone la mochila lila con el logo de la escuela. ¡Está tan contenta! Aquel día la dejamos unas horitas, pero al siguiente ya se queda todo el día. ¡Y se queda encantada! A partir de ese momento nos costará un mundo hacer que se marche. Cada día, cuando la vamos a buscar, tenemos que esperarnos un buen rato porque se hace la remolona para no salir de la escuela. Que si me tiro a la piscina de bolas, que si cojo el juguete, que si me escondo... Se ha hecho muy amiga de una niña que se llama Lucía. También le gusta mucho la escuela porque siempre le hemos contado la suerte que tiene de poder ir. «No todos los niños tienen tanta suerte que sus padres les puedan pagar la escuela» le decimos a menudo. No entiendo a aquellos padres que transmiten a sus niños que ir a la escuela es un rollo o algo negativo. Supongo que tendrán un mal recuerdo de su época escolar... Sea por lo que sea, nosotros pensamos que ir a la escuela es una gran suerte. ¡Cuanto más aprenda más preparada para la vida estará! Y cuanto más se esfuerce, más hábil será. Porque vivir requiere siempre de un gran esfuerzo y una gran superación personal.

Con el inicio de la escuela la rutina con Maria cambia. Ahora, entre semana, su día a día es la escuela, y por la tarde visita a los abuelos, biblioteca, pasear o hacer actividades en casa. Y los fines

de semana excursiones a la montaña, paseos por la ciudad y algún que otro fin de semana fuera.

Las Navidades se aproximan. Y estas Navidades ya será diferente. Es aún muy pequeña pero como que en la escuela ya les hablan del Tió²⁵, de Papa Noel y de los Reyes Magos, pues ya empieza a entender alguna cosa. Ya a principios de diciembre montamos juntos el árbol de navidad y vamos a la Feria de *Santa Llúcia*²⁶ y a la Feria de Navidad de la Sagrada Familia a buscar figuras para hacer el pesebre. Hemos decidido que cada año compraremos una nueva y así lo iremos haciendo un poco más bonito cada año. Este año hemos comprado el puente, una granja y un pozo. El resto de las piezas me las ha dado mi madre. ¡Estoy muy contenta porque es el pesebre que teníamos en casa de pequeña!

Llega Nochebuena y golpea con muchas ganas el Tió en casa del avi²⁷ Jordi y la yaya Neus. Al día siguiente comida de Navidad en casa de la yaya Enriqueta y el yayo Franc. Por Nochevieja en

²⁵ Una de las tradiciones navideñas típicas de Cataluña es *hacer cagar el Tió*. Consiste en tomar un tronco (el Tió), dejarle comida cada noche y taponarlo con una manta para que no pase frío. Al llegar Nochebuena, los niños de la casa lo golpean con bastones mientras cantan para que *cague* regalos y dulces por debajo de la manta.

²⁶ Feria de Santa Lucia. Feria típica navideña llena de paradas donde venden figuras para el pesebre, árboles de navidad y otros enseres navideños.

²⁷ Abuelo en catalán.

nuestra casa y el día de Reyes en casa del tiet²⁸ Jordi y la tieta²⁹ Maica, con sus primos Marc y David. Pero antes a buscar los regalos que han dejado los Reyes en casa de la yaya Enriqueta. ¡Madre mía! Qué montaña de regalos. Reconozco que me enfado un poco ya que siento que estos *Reyes* hacen lo que quieren (¡yo quería solo un regalo y ha recibido más de treinta!). Sufro por los valores que le estamos enseñando... ¡no todo es comprar y comprar! Al mediodía a buscar los reyes del avi Jordi y la yaya Neus. ¡Más regalos!

Sufro también porque los abuelos, como quieren tanto a Maria, a veces nos pasan por encima. Llegamos a la conclusión de que no vale la pena enfadarse demasiado, cuando uno es padre a veces no puede dejar de ver a su hijo como un niño pequeño, ¡aunque tenga 40 años! Tenemos que aprender a sacarle importancia a las cosas y a dialogar.

Enero de 2015. Maria ya habla mucho (solo que cuesta entenderla). Al principio te decía que su nombre era *Minina*, pero en breve tiene claro que se llama *Manina*. «No, *Manina* no, MA-RI-A» le dice siempre el avi Jordi. Y ella: «No, MA-NI-NA». Siempre ha tenido las ideas muy claras. Sabe decir Maria perfectamente, pero ella prefiere llamarse *Manina*. Por esto nosotros en casa siempre la llamamos así.

Hacen muchas actividades en la escuela, y está muy espabilada. Casa vez se definen más los rasgos de su

²⁸ Tío en catalán.

²⁹ Tita o tía en catalán.

personalidad: es alegre y divertida, lista e inquieta. Le encanta la ropa. Esto lo sé ya desde que era un bebé. Cuando las amigas me dejaban la ropa que ya le iba pequeña a sus hijas y yo se la ponía encima para ver si era de su talla o no, se le iluminaba la cara. Es feliz sacándose y poniéndose la ropa del armario. Se pone capas y capas encima, y después viste a las muñecas. Nos pasamos el día recogiendo y doblando ropa. El día que me vio a mi delante de su armario subida a una silla para guardar ropa en las estanterías de arriba, se le iluminaron los ojos. A partir de ese momento la veremos en distintos momentos del día arrastrando la silla hacía su habitación (¡es más grande la silla que ella!). Un día me dice: «Mami, no mires» (sincera lo es un rato). Y sigue «Cierro la puerta» (porque quiere hacer y deshacer sin que la molestemos). Entonces su padre le dice que no, que en casa nadie cierra las puertas para aislarse de los demás. El argumento la convence y empieza a desdoblar ropa. «Solo tres piezas, ¿de acuerdo?» le digo yo (para evitar recoger y recoger) y ella siempre está de acuerdo (¡Y lo más sorprendente es que me hace caso a la primera!). Mira si le gusta la ropa que un día, estando en casa de mis padres, ella y su primita Martina desaparecen un momento. Y pasados cinco minutos mi madre se las encuentra en la cocina, Maria desnudando a Martina y poniéndose su vestido. Y mi madre regañando a las dos: «Martina, tú no te tienes que dejar abrumar por tu prima menor, y tu Maria, ¿qué te crees, que Martina es una de tus muñecas?» Aún con estas, no llega la sangre al río.

Maria y Martina se quieren mucho. Martina es un año y medio mayor que Maria, pero se entienden muy bien. Tienen caracteres muy distintos, pero se complementan a la perfección. A Maria le brillan los ojos cuando nombro a Martina. Cuando las vemos añoradas la yaya Neus y yo llamamos a mi hermana Neus y las

ponemos al teléfono. Después de saludarse infinitas veces («Hola Martina» dice Maria, «Hola Maria» dice Martina, y así una y otra vez) rien, hasta que Neus y yo nos cansamos y les quitamos el teléfono. Pero solo para ver la ilusión en sus ojos ya vale la pena llamar.

Otra de las cosas que atrae a Maria es desafiar a los adultos. Su profesora me dice que es su forma de llamar la atención. Siempre busca los límites, pero si le haces caso y te enfadas estás perdido. Edu y yo nos damos cuenta rápidamente y no le hacemos caso cuando nos quiere desafiar, pero el avi Jordi siempre cae estrepitosamente. Así pues, cada vez que llega a su casa le dice «¡Avi, No!» y el avi se enfada muchísimo. No se sabe bien quien es el niño, si él o ella.

Maria quiere mucho al avi Jordi. Ya cuando estaba embarazada de ella lo eligió de padrino. Él al principio, se hacía el desinteresado. Hasta llegó a decirme recién nacida Maria que no era muy guapa (sé a ciencia cierta que me lo dijo en broma, para fastidiarme). «Tu sí que eres feo», le respondí yo medio enfadada medio riendo. Los primeros meses le daba cosa coger a la niña porque es un hombre *chapado a la antigua*, de esos que nunca se ha permitido coger un bebé (posiblemente porque le han enseñado que esto es cosa de mujeres). O porque le inquieta coger una cosita tan preciada y delicada por si le hiciese daño sin querer... no lo sé. Pero esto cambia el primer Sant Esteve³⁰ de

³⁰ La *Diada de Sant Esteve* hace referencia a la Fiesta de San Esteban que se celebra el día posterior a Navidad (26 de diciembre). Una festividad muy arraigada en Cataluña.

Maria (el 26 de diciembre de 2013). Justo después de comer mi padre se sienta en su butaca verde, como hace cada día. Y yo le pongo la niña encima. Entonces Maria, muy concentrada, alarga sus manitas para tocar la barba del avi Jordi. Lo hace con mucho cuidado... todos nos quedamos parados. Y en ese mismo momento el avi se enamora de la pequeña. Todos nos damos cuenta y entonces su nieta mayor, Mariona, salta encima del avi y se pone como Maria y empieza a tocarle la barba. Reímos un montón.

Otra de las cosas que le gusta mucho a Maria es jugar al escondite. Se esconde cada noche detrás de las cortinas de casa (primero detrás de las del comedor y después detrás de las de la cocina). Es muy divertido ver cómo, aunque la del comedor es transparente, ella ríe nerviosa cuando se esconde y se piensa que no la vemos. También juega a esconderse en las porterías de las casas cuando salimos de casa de los abuelos. Ella ha visto que yo me escondo primero y cuando pasa le hago «¡Uuuuuh!» y le digo «¡Susto!». Entonces ella hace igual: se esconde y espera que pasemos. Pero cuando lo hacemos espera que sea yo la que la asuste, es divertido porque aún no ha entendido que es ella quien tiene que asustarnos a nosotros. De hecho, nunca lo aprenderá. Toda la calle sabe cuándo pasamos porque siempre vamos corriendo y jugando, escondiéndonos, saltando, cantando...

También le encanta lamer la puerta del congelador por dentro. Tiene mucha atracción hacia las cosas frías: le apasionan los cubitos, el agua fría, y supongo que por esto esta manía de chupar la puerta del congelador. A menudo también se pone un dedo en la nariz y me dice «¡Mira mami!» yo entonces exclamo: «¡Eres una *guarrinzota!*, ¡*Marranota!*!». Y entonces ella, riendo sin parar, se pone los dos dedos en la nariz. Y nos petamos de la risa.

Uno de sus momentos favoritos es cuando su padre la baña. Le llena su bañera de bebé hasta arriba del todo y juegan mucho rato con sus peces y patitos de plástico. Y hacen *Chipi-chapi* con los pies y las manos. ¡No veas qué jarana! Esto siempre les hace reír mucho. Recuerdo vivamente cuando, estando de vacaciones en Vielha, la tieta Jana tomó la iniciativa de bañarla. Y como que Jana es de esas que va al grano y todo lo acaba rápidamente, a los diez minutos ya le había vaciado la bañera y miraba de sacarla para secarla. Maria hacía una cara como diciendo «¿Pero esta qué hace?» Finalmente consiguió sacarla, pero la cara de extrañeza de Maria duró mucho rato. «Esta tieta...», le dijimos, «¡Maria, es que ella no tiene hijos y no sabe cuán importante es el rato de juego en la bañera!». Maria la perdonó rápidamente.

Le gustan tanto los muñecos del baño que a menudo nos los llevamos a la mesa y jugamos con ellos mientras cena. Jugamos a adivinar de qué color y qué animal es cada uno. Cuando se cansa de los muñecos buscamos los libros y repasamos el vocabulario. No hace falta entretenerla mucho porque come como una lima. ¡Da gusto verla comer! Come de todo desde que era bien pequeña. Aun me acuerdo de la cara de asombro de un grupo de excursionistas este verano cuando la ven, en medio de una tormenta en Sant Maurici, todos resguardados a cubierto, comerse un *tupper*³¹ entero de lentejas frías de la yaya Neus. «¡Madre mía, qué gusto da verla!» exclamaban. Y yo respondiendo, «¡Claro, es que las lentejas de la yaya Neus son las mejores del mundo!».

³¹ *Tupper* proviene de *Tupperware*, que es una marca comercial, para hacer referencia a una fiambreira.

Un gran paso adelante fue cuando Maria nos pidió sacarse el pañal. Cuando esto pasa ella aún es muy pequeña. Lleva desde el mes de enero sacándose y hacia mediados de marzo su maestra, C., que siempre está muy atenta, me comenta que sería hora de ir sacándose poco a poco. La verdad es que cuando lo hacemos es todo un éxito. Los tres primeros días tenemos algún *escape*, pero rápidamente el tema está controlado. ¡La vemos tan contenta y tan liberada sin pañal! Maria es muy escrupulosa y no le gusta esto de hacerse cosas encima. Por esto, la retirada del pañal es un paso muy importante para ella. Además, ¡le encantan las braguitas! Sobre todo, las de *Minnie* que le ha comprado la yaya Enriqueta.

Desde que era muy pequeñita hemos puesto mucha energía en preservar la intimidad de Maria. Aunque sea una *mujer pequeña* pensamos que tiene los mismos derechos que una mujer adulta. Así pues, si yo no me limpio ni me cambio delante la gente, ella tampoco. ¿O acaso vale menos su desnudo que el mío? ¿O es menos importante la intimidad de un niño que la de un adulto? Nosotros tenemos muy claro que vale igual y así se lo enseñamos a Maria. ¡Ella esto lo tiene clarísimo! Cuando viste a sus muñecos tiene mucho cuidado de no dejarse ninguna pieza de ropa (igual que hacemos nosotros con ella cuando la vestimos). Y si nunca la cambiamos delante de alguien (a veces sin darte cuenta) ella pide que no la mira nadie excepto quien la cambia. Y lo mismo cuando la acompañas al lavabo a hacer pipí. Me gusta mucho que lo tenga tan claro. Pensamos que son herramientas que necesitará para protegerse cuando sea mayor.

Rápidamente llega el segundo cumpleaños de Maria. ¡Ostras, qué rápido ha pasado! Maria ya es una niña. Ahora ya no llora con las velas, ¡al contrario! Está encantada con la fiesta que le

hemos preparado en casa. Han venido muchos tíos y sus primos. ¡Hay pancartas y globos por todas partes!

También es muy presumida. Va a menudo al espejo de mi armario a mirarse. Y cuando vuelve me dice: «Mami, ¿estoy guapa?», y yo le digo: «Por supuesto, mi vida, ¡estás guapísima!». No me extraña que lo sea, de presumida, porque yo también lo soy... y lleva mucho tiempo viendo cómo me arreglo por las mañanas y cuido mi imagen. El día que no me arreglo me mira extrañada.

El verano del 2015 la vida nos hace un regalo precioso. Queremos irnos a la Vall d'Aran, pero no tenemos dinero. Edu comenta que podemos irnos pocos días. Llamamos a los apartamentos que alquilamos cada año por unos días, pero, sorpresa, ya no los alquilan por días, sino que lo hacen por meses enteros. Ostras, qué desengaño. Pero como la chica que los gestiona nos conoce, ya que hemos ido cada año, nos hace el favor de alquilárnoslo para todo el mes a un precio buenísimo. ¡Madre mía, no nos lo creemos! ¡Estamos tan emocionados! Este será, sin saberlo aún, el último verano de Maria.

Nos vamos a finales de julio e iniciamos un mes de ensueño. Podremos estar todo el día con nuestra pequeña y hacer todas aquellas excursiones que tanto nos gustan. Maria está entusiasmada. «¡La montaña, la montaña!», exclama a lo largo del camino.

Por primera vez duerme en una cama de mayores (el apartamento es pequeño y dormimos los tres en tres camas individuales enganchadas). A Maria le encanta porque así, cuando se despierta, no tiene que levantarse para despertarnos.

Solo necesita dar un salto a la cama de al lado y ya nos tiene a los dos despiertos.

Cada mañana acompaña a su padre a la panadería y vuelve siempre con algún regalo que le ha dado la panadera. Entra siempre en casa riendo con la barra de pan en la mano. Cuando acabamos de desayunar toca vestirnos y en función del día nos vamos a un sitio o a otro. A todas horas nos pide ir a ver al gallo que hay en la casa de al lado. ¡Se han hecho grandes amigos! También hacemos largas excursiones por la montaña. Normalmente va en la mochila a la espalda de su padre, pero cada vez más pide que quiere bajar. Así que le compramos unas botas, una gorra, una mochila y una cantimplora nueva y, ¡venga!, a caminar. Y nos deja sorprendidos. El segundo día ya ha sido capaz de andar una hora y media seguida. Ese mismo día, para celebrarlo hacemos una comida especial y brindamos todos juntos. ¡Está muy contenta! Nos hacemos una foto para conmemorar el hito y sorprende porque Edu y yo parecemos los niños y ella la adulta. Posando medio seria medio riendo, con un semblante muy orgulloso, mientras que Edu y yo ponemos cara de bobos.

También le encanta ir a la piscina de Salardú. Como que de la ducha sale agua caliente cuesta mucho sacarla de ahí. Al principio el agua le da miedo, pero rápidamente me pide ya ir a la piscina grande. Eso sí, no se desengancha de tu cuello, y menos mal, porque no sabe nadar y si no lo hiciese sufriríamos mucho. ¡Cada día de piscina es una fiesta! La tenemos que obligar a salir del agua porque ella nunca encuentra el momento. Y una vez fuera, se distrae peinando a su padre. Como que Edu lleva el pelo largo, a Maria le encanta hacerle colas y ponerle clips. Edu empieza a

tener síndrome de *Cabeza de Nancy*. ¡Siempre le hacemos bromas con esto!

Un momento muy especial del verano es cuando la tieta Jana viene a pasar unos días con nosotros. Este último año ha estado un poco ausente de la vida de Maria y a mí me sabe mal. Justo antes de las vacaciones hemos quedado que vendría unos días con nosotros para poder pasar tiempo con ella y con nosotros. Será un poco como recuperar el tiempo perdido. Y la verdad es que va muy bien. Jana viene muy ilusionada y nosotros también lo estamos. Y a Maria le encanta la tieta Jana. Nada más llegar ya le enseña su coreografía de la *Frozen* (una que hacemos siempre los tres en el coche cuando suena la primera canción, que es la del principio de la película cuando los hombres cortan el hielo). «Tieta, ¿no la sabes?, ¡si no te la aprendes no podrás ir en coche con nosotros!», le decimos haciendo broma. Maria le enseña con sonrisa y expectación cómo lo tiene que hacer «¡muy bien, tieta!», le dice. También hacemos muchas excursiones. Una de ellas es un poco más difícil de lo que nos habíamos imaginado. Jana dice que está *un poco oxidada* y la verdad es que jadea mucho subiendo de Canejan en dirección a Sant Joan de Torán³² (y no me extraña, ¡Madre mía cómo subía!). Maria, que va en la mochila en la espalda de su padre le va diciendo «Vamos tieta, ¡tú puedes!», y su tía le replica «¡Si claro, mírala ella, qué morro! ¡Es muy fácil decirlo yendo en la mochila que lleva tu padre!» explotan las risas. Entonces Maria le dice «Tieta, un beso para

³² San Juan de Torán en catalán.

curarte», para que su tía coja fuerzas para acabar el camino. Y así, beso a beso, llegamos hasta Sant Joan de Torán.

La alegría es completa cuando, al cabo de unos días de la llegada de Jana, llega el tiet Just. A él le encanta estar con Maria y ella siempre le engaña para que juegue con ella. Pero, sobre todo, porque siempre lo lía para bailar la canción del *Cumpleaños feliz* de *Parchís*, que es su preferida.

¡Qué días más bonitos! ¡Qué bonita es la vida y cuán queridos por ella nos sentimos! Tenemos una vida de ensueño, la envidia de cualquiera. Nos queremos mucho, tenemos buenos trabajos, una hija preciosa y los mejores amigos del mundo.

Justo el día antes de irnos, mientras paseamos, soñamos juntos que para Navidades nos escaparemos unos días a la *Vall*, para verla nevada. Maria está encantada con la idea. Pero justo al volver, cuando miramos precios para hacer una posible reserva anticipada, vemos que las tarifas para aquellas fechas son prohibitivas (porque es plena temporada de esquí) y descartamos temporalmente la idea.

Antes de volver de vacaciones, como hacemos cada año, hacemos las propuestas de cara al nuevo *año laboral* que empezamos. Entre ellas está volver con mucha energía y alegría. Yo me propongo apuntarme al gimnasio y a francés, Edu también al gimnasio, pero él a inglés, y Maria irá a natación. Y dicho y hecho: llegamos y lo ejecutamos todo. ¡En una semana ya está todo en marcha!

Pero antes pasa otra cosa importante: Maria dormirá ya en la cama grande. La dejamos en casa de sus abuelos y mientras Edu

y yo desmontamos la cuna. La barandilla se convierte en una bonita estantería, la cama pasa a ser grande, el cambiador se convierte en un escritorio y una mesita de noche. ¡Y sorpresa! Cuando apartamos las piezas aparecen detrás una montaña de chupetes desaparecidos. Sabemos cuánto le gusta a Maria dormir con alguno de ellos cogidos de las manos mientras acaricia la tetina. Los pondré, pues, todos en su caja de las princesas y se la esconderemos debajo del cojín. Cuando lo tenemos todo listo mis padres la traen a casa y ¡SORPRESA! Ojos como platos cuando ve su nueva habitación. Y la locura se desborda cuando ve sus chupetes. Hay más de quince dentro de la cajita. Ya nunca más dormiré sin ella.

Este año será el último año de guardería de Maria y queremos que disfrute aún más que el anterior (si es posible). Vuelve a la escuela contenta (sobre todo, para volver a estar con C. y con su amiga Lucía).

Nosotros iniciamos nuestras rutinas diarias. A las 9.00h dejamos a Maria en la escuela y nos vamos a trabajar. A las 17.30h la recogemos (unos días Edu, otros yo). Cuando va Edu suelen venir a buscarme a la oficina. Es muy chulo ya que sé que han llegado porque me llaman desde debajo de la ventana del despacho. Entonces yo salgo, los saludo, y suben corriendo. Maria llama a la puerta y yo les recibo con una gran sonrisa, muchos besos y abrazos. Entonces Maria entra en el despacho y empieza a tocarlo todo. Yo siempre le digo «¡Ay, si te ven mis compañeras, Pilar y Montserrat, desordenando sus armarios!» Entonces ella me pide *pintar* con el ordenador (ya que a ella le parece que cuando escribo lo que hago es pintar letras). Y la convenzo para irnos. Cuando era más pequeña sí que accedía a ir a los otros despachos a saludar a mis compañeros de trabajo que

aún estaban por allí, pero ahora ya no quiere (tiene vergüenza). Yo no la fuerzo.

Los días que la recojo yo solemos ir a la biblioteca (que le encanta), a comprar o a ver al avi Jordi, la yaya Neus y la yayona³³. Esto último es lo que más le gusta. Sube siempre de un salto y cuando llega se pone en su mesa a pintar o a enganchar pegatinas (la otra de sus grandes pasiones). Cuando se cansa va a buscar sus juguetes y, en último lugar, coge el carro de la yayona o va a molestar al avi Jordi. Cuando este se levanta corre a quitarle la butaca y no solo esto, sino que le desordena todo (mandos a distancia, su cajita, si *IPod*...). Y ya empieza el verdadero juego para ella: que el avi se haga el enfadado (en verdad hace mucha comedia, y ella lo sabe). Nunca encuentra la hora de irse. Tengo que acabar siempre obligándola.

Una vez en casa toca baño y después cena. Ya hace meses que hemos sustituido la lectura por los vídeos. Al principio solo quería ver *Frozen*, pero poco a poco hemos ido introduciendo *Blancanieves* (ya estábamos medio locos de ver cada día lo mismo, yo sentía que tenía las canciones grabadas a fuego en el cerebro). Le encanta *Blancanieves y los siete enanitos*. Cuando acaba de cenar acabamos siempre bailando los tres en el comedor. Maria y yo nos ponemos unas faldas especiales (yo una larga negra que no me pongo nunca y ella una mía, que le llega hasta los pies). Edu imita a uno de los enanitos. Y bailamos y bailamos cogiéndonos la falda con una mano. Este es, sin duda, el mejor momento del día. Una vez acabamos toca ir a dormir. Maria

³³ Nos referimos a la bisabuela de Maria.

siempre remolonea, se tira sobre el sofá, y entonces tengo que perseguirla. Y ella ríe nerviosa, y chilla. Reímos siempre mucho. «¡Venga!, pipi y a dormir», dice Edu.

Últimamente Maria le pide cada día a su padre que la lleve a la cama como un bebé. La coge como cuando era una recién nacida y a ella le encanta. Me da un beso y a la cama. Una vez allí yo continúo yendo a escondidas y aparezco por el lado de la cama donde tiene la barandilla. Esto le encanta. Una vez en la cama empieza de nuevo la tomadura de pelo. «¡Papi! tengo sed. ¡Papi! tengo pipi». A la tercera Edu le dice «esta es la última vez, ¿de acuerdo?, Sí papi» responde ella. «¿Me lo prometes? Sí...» Y realmente es que sí. Solo que entonces dice «¡Mami! quiero un bibe». Le tengo dicho que si lo quiere tiene que ser antes de ir a la cama y que si no nada, pero siempre pico y se lo acabo haciendo (no soporta la idea de dejarla sin). Y sale de un salto de la cama toda emocionada y se tira encima del sofá. Eso sí, cuando acaba, a la cama y entonces ya no dice nada.

Mi madre siempre ha dicho: «es una niña feliz», y sin duda lo es. ¡Nunca he visto a Edu reír tanto con alguien como ríe con Maria! Plenitud, felicidad...

EL PRINCIPIO DEL FINAL

Maria ha sido siempre una niña muy sana (no falta casi nunca a la escuela). ¡Estamos orgullosos de ello! Lo más que ha tenido ha sido un virus llamado *Boca-mano-pie*. Sentimos que todo el cuidado que hemos tenido siempre con su salud tiene su recompensa. Qué poco durará esto...

El 19 de septiembre detecto que la niña está alicaída. Tiene un poco de fiebre y le han salido unas úlceras en la boca. Aquella misma noche llamo al médico de urgencias (ya que es sábado y el CAP³⁴ está cerrado) y este viene, la visita y me dice que no es nada importante. El lunes la llevo al CAP. Tiene una gingivitis herpética. Pobrecilla, tiene la boca en carne viva. Al día siguiente la llevo de nuevo a urgencias (ahora en el médico privado, para tener una segunda opinión). Pero en pocos días ya se encuentra bien. Así que vuelve a la escuela.

El sábado siguiente empieza natación. Ya hace unos días que hemos empezado a ir juntos a la piscina. Le encanta el agua. Pero el primer día llora mucho tiempo (lo sabemos porque mientras dura la clase Edu y yo nadamos en la piscina de al lado, bueno, más que nadar lo que hacemos es estar pendientes de la peque,

³⁴ Siglas que hacen referencia a los Centros médicos de Atención Primaria.

sin que ella nos vea). Pero al siguiente día ya se la ve más contenta. Podemos observar como ya está ratos sola dentro del agua protegida por un flotador.

La maestra de la escuela de Maria me comenta que la niña está decaída. Y que se la ve un poquito nerviosa. Incluso se ha peleado con una compañera de su clase, más pequeña que ella. Edu y yo nos alarmamos mucho, porque Maria nunca ha sido una niña agresiva, y siempre hemos tenido mucho cuidado de que fuese así. Recuerdo que la reñimos mucho, «Nunca, nunca, nunca se pega a nadie». No acabamos de esclarecer por qué se ha peleado, porque es aún muy pequeña y no sabe explicar por qué lo ha hecho.

Sí que hace días que me dice que está cansada. Cada mañana lo mismo. «mami, cógeme..., estoy cansada». «Eres una *vagorra*» le digo en broma. «Venga va, a caminar, que ya eres mayor, y la mami ya no puede llevarte siempre en brazos». Tengo que ir negociando con ella para que ande, como mínimo algún trozo. Yo pienso que lo que quiere son brazos y por esto la riño. Incluso un día la obligo a andar todo el trayecto entero (a pesar de sus llantos y quejas).

Jueves 8 de octubre. La maestra me informa que Maria se ha vuelto a pelear (ahora con otra niña de la clase, esta vez con una de las que suele pelearse con todos). De nuevo me enfado mucho con Maria. La maestra me comenta que está muy nerviosa, que no parece ella. Y tiene décimas de fiebre otra vez. Me insiste en que la lleve al médico. Así que al día siguiente volvemos al CAP. La doctora me dice que no le ve nada. Debe ser un virus de estómago, ya que hace días que no tiene mucha hambre. Ese fin de semana Maria continúa teniendo fiebre. Como la cosa no

remite el lunes día 12 la llevamos a un hospital pediátrico. Le hacen unas placas y le ven un poco de moco. Le recetan antibiótico y en dos días ya está perfecta. Aun así, el día 14 la llevo de visita a su médica de cabecera. La ve bien (parece ser que el virus ha remitido).

El domingo vamos a pasar el día al Zoo y nos acompaña Martina. ¡Están tan emocionadas! Van todo el camino de ida cantando las canciones preferidas de Maria: *La lluna la pruna*, *La canción de los esquimales*, y, ¡cómo no!, la de *Vamos al Zoo*. Y todo el día cogidas de la mano. Vamos a ver los delfines y Maria se duerme. Qué extraño, con lo que le gustan... seguro que ayer por la noche hizo la tronera en casa de la yaya Enriqueta y no se durmió hasta tarde (se quedó a dormir allí y Edu y yo nos fuimos al cine y pasamos la noche, como decimos en broma, *de solteros*). Al mediodía, no veas qué fiesta cuando Maria ha visto que les habíamos preparado su comida favorita: *pasta y chichas*³⁵. Martina no parece tan entusiasmada pero como Maria se lo come, pues ella también. De vuelta al coche les hago una foto a las dos, van andando, cogidas por el hombro. Y pienso: AMIGAS. Ha sido un día muy bonito.

El lunes 19 de octubre empezamos la semana con décimas otra vez. La maestra me vuelve a decir que ve a Maria extraña, «no parece ella» (me dice literalmente). Y añade que la niña está muy pálida. Y me insiste en que la lleve al médico. Recuerdo que le digo: «C., al final me enviarán a la porra... es que la llevo dos veces por semana, tanto al público como al privado, y la respuesta

³⁵ Ensalada de pasta con salchichas.

es siempre la misma, no tiene nada». Pero le doy la razón. «Mañana la llevo sin falta». Y cuando lo hago su doctora me dice: «Montse, ¿ves cómo está la consulta? Es época de virus. No te preocupes, Maria no presenta ningún síntoma fuera de lo normal» Yo le pido una analítica, para descartar que no esté bajita de nada (cosa que me extrañaría mucho, ya que la niña ha comido siempre como una lima). La doctora me dice que no tiene ninguna sintomatología que indique que necesite una analítica, pero que no cuesta nada hacérsela. Y me firma el volante y lo hace indicando que es urgente «no por nada», me dice, «es solo para que no tarden un mes en llamarte».

Miércoles 21 de octubre. Un día que jamás olvidaré mientras viva. Probablemente el peor día de mi vida. Nos levantamos a las 7.30 y vamos al CAP a hacer el análisis para Maria. La peque se porta muy bien. Es la primera vez que la pinchan, pero casi ni llora. «cómo has sido tan valiente, te regalamos este muñeco» (un pequeño pitufo o *patufo* como le llama ella). Después nos vamos tranquilamente a casa de la yaya Enriqueta. Mi idea es dejarla unas horas allí para poder trabajar un rato. Pero cuando llegamos Enriqueta no se encuentra bien. También está muy preocupada porque esa noche ha muerto un compañero de trabajo de mi suegro (y excompañero mío de trabajo) al que apreciamos mucho, y no sabe cómo se lo tomará Franc. Me voy pues a mi casa, con el mal sabor de boca por la pérdida de Manel.

Maria está fatigada, así que a las 12.30h empiezo a prepararle el pescado. Le daré de comer pronto y la pondré a dormir, pensando que así se levantará más animada. Le preparo un poco de sopa con pasta (que le encanta) y el pescado, y la dejo mirando *Blancanieves*. A ver si consigo que coma un poquito (¡caray!, cómo cuesta que coma últimamente). Yo mientras tanto voy

cocinando. Y sobre las 12.45h suena el teléfono. Es la doctora P. (la pediatra de Maria). «¿Eres la madre de Maria?», me pregunta, «Sí, hola M. soy Montse», respondo. Me dice con voz temblorosa que nos tenemos que ver. Yo, en ese momento no capto qué está pasando. Le digo que Maria está comiendo, que cuando acabe, si quiere, me paso por el CAP con la peque. Me responde que no, que venga con mi marido. Entonces me doy cuenta de que pasa algo... y desde ese momento me invade una sensación que ya no me abandonará nunca más: frío bajo la piel, escalofríos, el estómago en la boca y unas profundas ganas de vomitar. Le comento que Edu está volviendo de Girona, que la niña está comiendo y que no sé cuándo llegará. Me dice que tan pronto llegue que bajemos. Que ella nos espera (lleguemos a la hora que sea). Estará en un curso, pero es igual, dejará dicho que cuando lleguemos la llamen por megafonía.

Es en ese instante cuando lo sé: Maria está muy enferma. CÁNCER, pienso... Llamo corriendo a Edu. El pobre está en medio del trayecto en coche desde Girona. «Pasa algo con Maria..., ven corriendo» Yo creo que nunca correrá tanto en coche como ese día bajando. Llamo a mi hermana Jana para que venga a hacer de canguro de Maria mientras visitamos a la pediatra. La llamo llorando... «Jana, ven corriendo. Creo que Maria tiene cáncer» «Ala, loca» me dice. Y cuando bajamos a la consulta, M. nos lo confirma: los resultados no han salido bien. «Las plaquetas tendrían que estar así y en cambio están asá..., los leucocitos tendrían que estar en tal número y en cambio están más bajos...» «¿Nos estás diciendo que tiene cáncer en la sangre?» La doctora P. nos responde que se tiene que confirmar el diagnóstico pero que todo apunta a que sí, ya que los hematólogos han visto células en la sangre que parecen ser cancerosas. «La tienes que llevar corriendo a un Hospital. X, J, H, aquel que os dé

más confianza». Elegimos el Hospital X, porque confiamos en la Dra. y ella nos lo recomienda. Ella misma se ha formado allí y conoce bien al oncólogo pediátrico. Le llamará inmediatamente.

El mundo entero se hunde... no bajo tus pies, sino dentro de ti. Sientes como mueres, lentamente. Mueres por dentro poco a poco. Sientes como te desintegras.

De camino a casa Edu llama a su madre. Después vamos a comunicárselo a mis padres. Y después a casa corriendo, a recoger a Maria y cuatro cosas suyas para ir hacia el Hospital. Vamos como borrachos. No sabemos muy bien ni qué hacemos ni qué está pasando. Maria, mientras, está tranquila, comiéndose su pescadito y enseñándole a la tieta Jana sus fragmentos de *Blancanieves* preferidos. Yo intento aparentar normalidad. Aun así, a veces lloro. «Mami tiene un poco de dolor de barriga, mi vida» le digo. Estoy tan angustiada... querría desaparecer del mundo. Y no quiero que ella se dé cuenta.

Llega el tiet Just y nos vamos juntos hacia el Hospital. Y empiezan las carreras (que ya no nos abandonarán). Las horas dentro del box de urgencias se hacen eternas. No paran de clavarle agujas a la peque. Son momentos muy angustiosos. «Mami, vámonos a casa» me va diciendo. Yo salgo a llamar: a Ariadna y a Montserrat. «No puede ser, no puede ser» dice Ariadna. Les digo a Jana y Just que se vayan, ya que no hay cambios y ellos tienen que hacer cosas. A media tarde un rayo de luz: nuestra amiga Maria P. se ha acercado hasta urgencias para estar con nosotros y para ayudarnos con todo lo que necesitemos. Su presencia nos reconforta, su mirada, su apoyo, su entrega... Nos ayuda a nosotros y a la peque, a quien ya le habíamos hablado de

la *Maria mayor*³⁶ hacía tiempo. «Mami, vayamos a ver qué hace Maria mayor...» nos acaba diciendo. Hemos conseguido que esté más pendiente de qué hace Maria mayor que no de las enfermeras que le van clavando agujas. Más tarde le pediremos que se vaya porque pasan las horas y no acabamos de subir a planta. Están arreglando una habitación para Maria, pero antes tienen que vaciarla porque está ocupada por otro niño.

Al anochecer, por fin subimos a la planta de pediatría. Yo voy sentada en una silla de ruedas con Maria encima. Estamos agotados: por la angustia, por la falta de alimento, por el cansancio... aún en *shock*. Unas semanas después, hablando con uno de los padres de la planta, me comenta que se acuerda muchísimo de ese día. Al vernos llegar en silla de ruedas se pensó que habíamos tenido un accidente de coche o algo similar. Lo que más le llamó la atención fue que «ese día tu no tenías la cara que tienes hoy, sino otra...» Tengo claro que cuando entras en *shock* te desconfiguras, bueno, de hecho, tengo claro que desde que nos dieron la mala noticia de la enfermedad de Maria mi ADN cambió.

Ya en planta nos recibe S., que es la enfermera del turno de tarde, y nos acompaña hasta la habitación. Nos explica muy seria y seca cómo funciona todo. Yo la oigo, pero no entiendo nada de lo que me dice. Se trata de una habitación con doble puerta, con un sistema de aire especial para mantenerla libre de bacterias.

³⁶ Nos referimos a nuestra amiga Maria P., que, como tiene más años que Maria, cuando le hablábamos de ella le decíamos que era la *Maria mayor*.

Parece ser que Maria tiene que estar aislada. Hace un frío dentro...

Después llega el doctor que llevará el caso de Maria... el Dr. A., un hombre muy amable, joven, con una voz segura y un semblante de seguridad. Y con una mirada muy cálida. Cuando lo veo lo primero que me sale es decirle que encuentro la habitación muy deprimente. «Pues es la mejor que tenemos», me dice. Me disculpo rápidamente por mi comentario, no sé por qué me ha salido decirle esto. Nos explica detalladamente la situación: ingresaremos a Maria y confirmaremos el diagnóstico. Y le harán también unas pruebas genéticas, a partir de las cuales sabrán de qué tipo es su dolencia. Y a medida que vayan sabiendo, ya nos irá dando el resto de la información. Parece ser que Maria tiene leucemia, pero hasta que no le hagan una punción en la médula ósea no lo sabremos a ciencia cierta. Es necesario hacer las pruebas sin falta (las programan para el día siguiente). Y, sobre todo, es necesario mantenerla en una habitación aislada (doble puerta, batas especiales, mascarillas y mucho cuidado con la limpieza de las manos y con todo aquello que entremos dentro de la habitación).

Así es como empieza nuestro periplo hospitalario. Esa noche Edu y yo dormimos con Maria (será el último día que durmamos los tres juntos, ya que únicamente se puede quedar uno de los dos a pasar la noche con ella). Recuerdo el frío que pasamos (el sistema de aislamiento está roto y el aire que entra es extremadamente frío). Sufro por la pequeña. Solo falta que se nos constipe ahora. Al día siguiente conocemos al resto del equipo. La Dra. M., la Dra. A, y la Dra. E. Un equipo joven y muy majo. Nos dan todo tipo de explicaciones de lo que está pasando. Confieso que en aquellos días me sentía como si me hablaran en

otro idioma. Pese a sus esfuerzos yo no entendía casi nada de lo que me explicaban. Pero poco a poco ya nos vamos familiarizando con los conceptos médicos.

Maria sufre mucho con las vías. Todo el día pinchándola, a todas horas. Llanto y más llanto. Y pánico. Incluso se le escapa el pipí cuando ve a las enfermeras entrar. Solo que se abra la primera puerta de la habitación ya exclama «Mami... ¡Mami!». Y llora. Cuánto sufrimiento... Cuánto dolor y sufrimiento ver a tu pequeña así. Ella siempre tan segura, tan valiente. Y ahora así... «ojalá me la pudiera quedar yo esta enfermedad...», le digo una y otra vez a Edu. «No, ni tu ni ella», me responde. Lo hubiera dado todo por verme yo así en lugar de Maria y liberar a mi pequeña de esta pesadilla. No lo puedo soportar... no puedo...

Todo mejora cuando le ponen la vía fija o *port-a-cath*, ya que a partir de entonces todas las extracciones y muchos de los medicamentos y tóxicos se los van a administrar por allí. La herida no se puede coser, ya que uno de los efectos secundarios de la enfermedad es la no cicatrización. Así se la cierran con un tipo de pegamento cutáneo. Pero la cicatriz no acabará nunca de cerrar y estaremos siempre con el corazón en un puño por si se le infecta (cosa que sería fatal para ella, ya que al estar inmunodeprimida su cuerpo no genera ninguna defensa). A partir de este momento irá todo el día pegada a un palo con ruedas con todos los medicamentos permanentemente colgados.

El viernes nos confirman el diagnóstico: Maria tiene leucemia. A falta de los resultados de las pruebas genéticas, que serán las que determinarán el riesgo que tiene Maria (alto, medio o bajo), se aplica el protocolo correspondiente a *riesgo medio*, que es el estándar. Y ese mismo día empieza la quimioterapia.

De esos dos primeros días de hospital no recuerdo casi nada. Tan solo recuerdo el terror de la pequeña y su malestar. Me siento como descompuesta por dentro: constantes ganas de vomitar, sensación de desmayo (más de una vez me han tenido que acostar en una litera), fiebre y llanto repentino. A menudo me descubro disculpándome ante las enfermeras: «perdonad», les digo cuando me siento desmayar, «no sé qué me pasa», les comento. «Que, ¿qué te pasa? ¿a ti qué te parece? ¿Cómo quieres estar después de lo que estás viviendo?», me responde una de las enfermeras más veteranas. El equipo médico y las enfermeras son muy humanos, muy sensibles. Se hacen cargo de los pequeños y de los padres. Muestran siempre una gran sensibilidad. Edu está triste y enfadado. Muy enfadado. Con la vida. Sufro por él, por Maria... impotencia. Siento que no controlo nada de lo que está pasando. Tengo que dejar que hagan y no lo soporto. Siento que nada depende de mí, como una hoja que se la lleva el viento, sin voluntad propia.

Al tercer día me levanto y me siento renovada. «Adelante», me digo. Y me sobrepongo. Siento cómo tomo las riendas de la situación y me pongo en marcha. Hay que estar alegre y activo. Hay que enfrentarse a esto con valentía y buen humor. Esa es la primera lección que recibo. Nuestra vida ahora es esta así que hay que asumirla con la mejor de las actitudes.

El Dr. A. nos explica detalladamente cómo es el protocolo que se aplica en estos casos (incluso me da una copia, después de insistirle un poco...). Hacemos un calendario y lo colgamos en la habitación (así cada día sabremos exactamente qué tóxicos le dan y qué efectos secundarios le pueden provocar a Maria). Esta es nuestra vida ahora y hay que normalizar la situación. Y no la

podemos normalizar si no controlamos los elementos y la información.

El Dr. A. nos explica que los protocolos actuales son menos agresivos y mucho más adaptados a cada uno de los diferentes riesgos (alto, medio o bajo). Se van variando los diferentes tóxicos para evitar dañar más a un órgano que a otro. Estos lo que hacen es matar a las células cancerosas, que son aquellas que se multiplican a mayor velocidad, pero, por el contrario, matan también células nuevas como las del pelo o las de las mucosas que revisten las paredes del estómago o la cavidad bucal. Los efectos secundarios variarán según el tóxico administrado: unos le provocarán vómitos y mareos, otros debilidad muscular, y unos terceros trastornos de la personalidad, como agresividad. Todo esto acompañado de la caída del pelo y úlceras. «Madre mía...» pienso. Yo que siempre había controlado tanto su salud y su alimentación... «¿No hay otro camino, doctor? ¿Tenemos que hacer quimio sí o sí?». «Si queremos matar el cáncer, sí», me responde. Para salvar a mi hija tengo que envenenarla. Esto me consume. Pero no hay otro camino.

«Salvarle la vida a Maria», me voy repitiendo. «Hay que hacer todo esto para salvarle la vida a mi hija». Me lo tengo que ir repitiendo a mí misma a todas horas para no sucumbir. Muero poco a poco, agonizo viéndola cómo sufre.

La primera semana la pasamos más o menos bien. Pero a la segunda ya empiezan los temidos efectos secundarios. Maria tiene vómitos y diarreas constantes. Y de vez en cuando se enfada (sin causa aparente). Como en casa hemos trabajado mucho siempre el tema del comportamiento, lo máximo que hace cuando se enfada es decirme: «¡Mami, no!» y yo le pregunto «¿Que no

qué?» y ella vuelve «¡Mami, que no!» y entonces yo bromeo y le canto esa canción que cantábamos mis compañeros de clase y yo en la escuela: «que sí, que no, que caiga un chaparrón...». No parece que la convenza mucho mi respuesta y se queda seria. Pero se le pasa. Y cuando la cosa perdura le explicamos que cuando uno se enfada no está majo, y cuando uno no está majo la gente no quiere estar con él. Y lo que es peor: cuando uno se enfada suele hacer daño a los que le rodean, como le pasa a la protagonista de *Frozen* —Elsa—, su película preferida (es por esto por lo que ella escogió que le gustaba más Ana, la hermana de Elsa, que no se enfada nunca). Así pues, le explicamos que si ella quiere estar enfadada nos iremos un rato hasta que se le pase. Cuando lo hacemos nos quedamos en la primera sala de la habitación (donde se quedan las visitas), y la vamos mirando a través del cristal. Y mientras tanto charlamos. Cuando han pasado cinco minutos le preguntamos: «Maria, ¿Ya estás majo?». Si la respuesta es que sí entramos y hacemos como si nada. Y si dice que no, pues nos esperamos cinco minutos más. Normalmente se le pasa muy rápido.

Poco a poco vamos conociendo a los otros pacientes de la planta. El hospital X tiene muy pocos pacientes oncológicos (en ese momento tiene cinco, de diferentes edades y en diferentes fases del tratamiento). El equipo médico nos da mucha confianza y estamos convencidos que hemos elegido bien. Al haber pocos pacientes el trato es mucho más cuidadoso y personalizado. El hecho de no haber en la planta pacientes con cánceres duros ayuda también a llevar mejor la situación. Y nos encanta el gran cuidado que tienen de Maria todo el día. También tenemos la suerte de que la habitación da a la montaña, que es la continuación del camino a Sant Jeroni que hacemos cada domingo por la mañana. Las vistas son muy bonitas. Incluso tenemos un nido de pajaritos

al pie de las ventanas. Pasamos largos ratos observando como dan de comer a sus pollitos. «Parecen golondrinas», me comenta Edu, pero estamos ya en otoño y ya no toca que estén aquí. «Serán vancejos», nos dice mi tía Lidia.

Desde la cama de Maria también vemos reflejados en los cristales los recién nacidos que están en la unidad de cuidados intensivos, esos que han nacido enfermitos o bien que han llegado antes de lo que se esperaba, ya que estos están en una habitación muy grande que hay al lado de la habitación de Maria. Le encanta verlos.

En breve Maria ya es amiga de alguna de las enfermeras. Le gustan especialmente S. y C. Desde que ha entrado en el Hospital, como ve que las gasas, los esparadrapos y las tiritas curan, pues ella se hace una experta en ponerlas. Todo el día va pidiendo que le regalen alguna. Tenemos a los muñecos bien *forrados*. Y se ha convertido en una experta en tomar la tensión, mirar la fiebre y calcular el nivel de saturación. A menudo pienso que esta experiencia puede ser el preludio de su vida profesional. «Quién sabe, a lo mejor está viviendo esto porque tiene que ser una gran doctora». Lo que sí tengo claro es que Maria tiene que hacer este proceso vital y que Edu y yo estamos aquí para acompañarla, pase lo que pase.

Como las tiritas van escasas, los abuelos se convertirán en los principales *proveedores*. Las enfermeras les dicen en broma que «se gastan la pensión en tiritas para Maria». Cada día vienen con alguna caja nueva: tiritas de princesas, de Minnie, del *Libro de la Selva*, de *Bob Esponja*... incluso el avi Jordi ha removido cielo y tierra para encontrarle una caja de tiritas metálicas de *Kitty* que es la preferida de Maria. Esa noche (y las siguientes) duerme con

ella cogida de la mano, y cuando se despierta a media noche me dice «mami, ¿la puedo abrir?, claro que sí amor», le respondo. ¡Y la abre y se las mira con una devoción! Las acaricia, la vuelve a cerrar y continúa durmiendo. Duerme cada día con la cajita debajo del cojín. Cuando se despierta corre a tocarla y cuando la localiza se vuelve a dormir, tranquila. Yo se las voy administrando ya que, si no, en cinco minutos, ya no le quedaría ninguna. No hace falta decir que C. y S. son las que más tiritas de regalo reciben; Edu y yo también siempre llevamos un montón. «Ya no nos quedan pelos en el brazo», decimos haciendo broma.

También solemos recibir visitas destacables como la de R., que es la maestra del aula hospitalaria. R. siempre nos viene a saludar y nos trae dibujos y pegatinas. Incluso nos ha hecho hacer un mural del otoño que van a colgar en el pasillo, con el resto de los murales de los otros niños y niñas. El día de la Castañada³⁷ ella viene con otros niños a traernos castañas y boniatos, y, ¡sorpresa!, Maria los espera disfrazada de castañera y les da panellets³⁸ (siempre en la distancia, ya que está aislada). Este año no los hemos podido hacer como teníamos previsto, pero hemos corrido a comprar un par de cajas grandes para poder repartir muchos. También nos visita a veces el *Doctor fiebre*. Llega con su *detector de tonterías*, para ver cuán divertidos estamos. En su última visita

³⁷ La Castañada es una fiesta típica en Cataluña y otras zonas del norte de España. Se celebra la noche del 31 de octubre y se comen castañas a la brasa, boniatos al horno y panallets, todo acompañado con vino dulce.

³⁸ Los panellets son unos pasteles pequeños que se consumen durante la fiesta de la Castañada.

nos ha recetado «Rock’N’Roll, una tontería cada diez minutos, media hora de cosquillas antes de comer y mil besos al día». «¡Ostras, nosotros nos pasamos de tonterías ya que hacemos, como mínimo diez cada diez minutos!», le decimos. Y nos reímos un montón.

Otras visitas muy especiales son las que nos hacen Jon y el yayo varias veces al día. Jon es uno de los otros niños que está ingresado y su habitación está pared con pared con la de Maria. Son amigos, aunque les separe una pared de cristal.

Un hecho muy importante de este periodo, de un valor incalculable y de una gran significación, será el apoyo de amigos y familiares. Sin ellos Edu y yo no hubiésemos sido capaces de encarar la enfermedad de Maria sin enloquecer. Recibo un montón de e-mails, *WhatsApp*, y llamadas cada día. Tantos, que cada noche, cuando Maria duerme, tardo como mínimo dos horas en irlos respondiendo. Pero lejos de ser una carga, lo vivo como una gran fuente de energía. El amor y el cariño de la gente me llega como una ola gigante y me da fuerza y ánimo. Pero como la mente me juega malas pasadas y me siento muy angustiada, le pregunto al Dr. A. si es posible que me den alguna pastilla que me ayude a relajarme. Él rápidamente me habla de una Fundación que colabora con el hospital y que es de gran ayuda para los pacientes y sus familias que se llama Fundación Paliaclic. Y me confirma que hablará con la psicóloga de la Fundación para que nos venga a ver. Así es como entra en nuestras vidas J.

J. es una mujer joven, cálida y amorosa. Cuando la ves llegar lo primero en lo que te fijas es en su gran sonrisa y en la paz y cariño que transmite. El primer día que nos vemos me hace preguntas clave, de esas que dan en el blanco sobre aquello que

produce angustia. Y cuando respondes, ella es capaz de discernir lo que hay detrás de cada sentimiento angustioso y darte todas las herramientas para combatirlo. Ya desde el primer momento J. me dará instrumentos muy valiosos para estar bien y poder ayudar así a Maria a estar lo mejor posible. «Para que Maria esté bien, vosotros tenéis que estar bien», nos dice siempre. Por eso J. no tratará a Maria, sino a aquellos que están todo el día a su lado, que somos Edu y yo. J. me permite también llorar. No es que los otros no me dejen, es solo que retengo todo el día la angustia y el llanto para no preocupar a los que me rodean. Con J. siento que puedo abrir la presa, que puedo dejar ir el dolor. Lo hago tranquila porque sé que ella está preparada para que yo lo haga sin hacerle daño o angustiarse. ¡Esto es parte de su trabajo y la verdad es que lo hace muy bien!

Una de las cosas con las que más fallo a la pequeña es en el mentirla. Para evitarle la angustia que le producen cada una de las mil cosas desagradables que le hacen cada día, yo le digo «no pasa nada, mi vida. No será nada, ya verás...». J. me hace ver que esto es engañarla. «Los niños necesitan que seamos sinceros. Solo así confiarán en nosotros y podrán encarar la situación. Dile la verdad, pero explícasela con palabras que ella pueda entender». Y ostras, cómo funciona. A partir de ese momento le explicamos a Maria todo lo que está pasando. «Mira amor, estamos aquí para que te curen. Tienes unos bichitos malos en la sangre. Y lo que hacen los médicos y las enfermeras es darte medicamentos para que se vayan. Es por esto por lo que te pinchan y te quitan sangre». Maria lo entiende perfectamente. Hay muchos días que cuando ya se encuentra mejor nos dice «Papis, ya no tengo bichitos malos». «Aún queda alguno, vida mía...» A partir de ese momento se deja hacer.

Las enfermeras y los médicos están encantados con Maria. «¡Se porta tan bien!», nos comentan siempre. «Cómo se nota que sois educadores», nos dicen a menudo. Y yo siempre les respondo: «no es por esto, es porque tenemos muy buenos amigos». Tengo claro que el éxito no es nuestro, es fruto de muchas interacciones transformadoras de muchos años. Y es bien cierto que Maria se porta bien. No opone resistencia a los numerosos pinchazos en el culete, a las punciones lumbares, a las extracciones de sangre y demás cosas que le suelen hacer a diario. Como mucho lloriquea, pero nada de rabietas. Incluso cuando acaban de pincharla les da las gracias a las enfermeras. Porque ella sabe que la están curando. Tiene ya unas cuantas medallas *a la más valiente por haber llorado poquito*, e incluso un *certificado de valentía*. A menudo, a cualquier hora del día o de la noche, oímos gritos y llantos. Ella me pregunta siempre «Mami ¿por qué llora el niño?» o «¿Por qué chillaba Jon?». Me cuesta mucho responderle.

J. me hace ver que la sinceridad es clave. Edu siempre lo ha sido mucho, de sincero, con Maria, y ella siempre responde bien. Una mañana ella se ha enfadado, sin motivo aparente. Entonces Edu le ha dicho «Maria, los papis no tienen la culpa de que estés enferma. Nosotros estamos aquí para apoyarte y ayudarte. No nos tienes que tratar mal...». Y ella responde rápidamente, «perdona papi». También detectamos que se enfada con aquel de los dos que no se queda a pasar la noche con ella. Así, cuando me voy yo aquella noche a casa, al día siguiente no me habla. «¿Qué estás enfadada con Mami?», le pregunto. «Sí...», me responde. «¿Estás enfada porque me he ido esta noche?», le digo. Ella me responde que sí. Y así le explicamos que no nos podemos quedar los dos (que ya nos gustaría). Poco a poco, a golpe de ir dialogando, deja de enfadarse. Nos admira muchísimo su capacidad de

comprensión. Con dos años lo entiende todo perfectamente. Esta estancia en el hospital la ha hecho más adulta, más madura. Le ha cambiado incluso la expresión.

Otra de las herramientas que me ha dado J. es preguntar a Maria cómo está, y ayudarla a conectar con su emoción y que ella se pueda expresar. Así que a menudo le preguntamos: «¿Cómo estás Maria? ¿Estás contenta?». Casi siempre te responde que sí. ¡Incluso nos ha dicho que le gusta el hospital y que no quiere irse a casa! «Mírala, como si estuviera de vacaciones en un hotel», le responde la yaya Neus.

A finales de la segunda semana de hospital, y para anticiparnos a la caída inminente del pelo, decidimos que mejor se lo cortamos. La misión es dura, puesto que Maria tiene el pelo muy largo (solo se lo hemos cortado una vez desde que nació). Tiene unos preciosos tirabuzones castaño claro que le llegan casi a la cintura, y que son la envidia de todo el mundo. ¡Y ella está tan orgullosa! Ya hace días que me pide que le haga dos trenzas y le encanta mover la cabeza de un lado a otro mientras nota como estas le tocan la cara. «Mira, Maria», le explica Edu, «como que ya hace mucho que no cortamos el pelo, y debido a la medicación se caerá y se pondrá más feo, mejor lo cortamos ya cortito, igual que lo llevan las yayas y así crecerá más bonito y más fuerte. ¿Te parece bien?». Ella responde que sí. Sabemos que confía mucho en nosotros y que lo que le digamos le parecerá bien. Dicho y hecho. Viene Laura (una compañera de trabajo de Jana) al hospital a cortárselo. Mientras se lo hacen tengo que salir de la habitación... y me hago un hartón de llorar. El pelo es para mí un símbolo de feminidad y sé cuánto le gusta a Maria llevarlo así. «¿Estoy guapa, mami?», me decía a menudo en casa cuando la peinaba. Símbolos que van derrumbándose tragados por la enfermedad. Y

una vez más tenemos que tomar una decisión dolorosa. La enésima ya desde que hemos llegado. No porque queramos, sino porque no hay otra. No hay alternativas, no hay otro camino. Hay que reconocer que Laura la deja guapísima. Maria está guapa de todas las maneras. Poco después Maria le confiesa a Edu que no le gusta el pelo corto. «No pasa nada amor, ya verás cómo crecerá». Fuera de todo pronóstico, Maria nunca llegó a perder el pelo.

Los amigos nos dan mucho apoyo. Y también algunos familiares. Al margen de las visitas que algunos de los tíos hacen semanalmente, está la tieta Jana que ha cogido las riendas de la situación y mira de organizar a la familia. Y se tiene que reconocer que lo hace muy bien. Ahora ella es la fuerte y será de gran ayuda. Los abuelos vienen a menudo y nos ayudan muchísimo a nivel logístico: nos hacen compañía, nos traen y recogen cada día, nos preparan las comidas y las cenas (ya que el hospital se encarga de las comidas de los niños) y nos lavan la ropa. Pero les cuesta un poco el apoyo emocional. Están todos muy afectados y no tienen fuerzas para darnos toda la ayuda que necesitamos. Aquí de nuevo, J., nos ayuda muchísimo. Incluso se reúne un día con los cuatro abuelos para darles directrices de cómo facilitarnos las cosas.

Otra situación sorprendente por *inesperada* con la que nos encontramos es la ausencia de algunos familiares muy cercanos. J. nos advierte que ante estas situaciones tan duras como la que estamos viviendo muchos allegados no acostumbran a estar a la altura. Y, por desgracia, así sucede. Las excusas son variadas: que si están muy ocupados, que si no se encuentran bien, que si no pueden..., de este modo, durante todo el mes que pasamos en el hospital gente muy cercana está totalmente desaparecida.

Nosotros esto lo vivimos con mucha pena, ya que pensamos que, ante ciertas situaciones, uno tiene que dejar atrás la pereza o el miedo a no saber qué hacer o decir y, a falta de saber, al menos estar allí (también porque Maria nos pregunta a menudo por alguno de ellos).

Pero por suerte la gente que está allí y te cuida cuenta mucho más. Muchos de ellos han venido a pasar largos ratos con nosotros en el hospital. Han jugado con Maria, han hablado con nosotros, nos han abrazado y nos han hecho mucha compañía hasta altas horas de la noche. Otros han traído un montón de cuentos y pegatinas para Maria. Han llovido un montón de dibujos y fotos de los amiguitos, que hemos colgado en la pared de la habitación. Incluso nos han comprado productos de belleza para estar lo más guapos posible cada día y nos han regalado *delicathessen* traídas de todos lados. Y quien no ha podido venir nos ha enviado bonitos e-mails, mensajes de voz, *WhatsApp*, llamadas e incluso postales. Olas y olas de amor que nos han ayudado a estar al pie del cañón. Que nos han sostenido las piernas en todos y cada uno de los ocho momentos diarios en los que sentías que te temblaban mientras sostenías la mano de tu pequeña mientras la pinchaban. Que te hacían sonreír y saber que pase lo que pase aquí están, a tu lado. Nunca, nunca, nunca podremos agradecer la suficiente todo este amor recibido. Los que no han podido venir son los compañeros de clase de Maria, ya que los niños tienen vetada la entrada a planta (debido a los posibles virus que puedan traer). Las primeras veces que viene su maestra a verla al hospital Maria me pregunta «Mami, ¿cuándo vienen los niños?». «No pueden venir, mi vida, pero te envían un montón de fotos y de besos», le digo. Poco a poco dejará de preguntarme por ellos, y las últimas semanas ya no querrá ver sus fotos. Creo que los echa de menos y le hace daño no poder estar con ellos.

También recibimos mucho cariño del personal del hospital. Tenemos largas conversaciones con las enfermeras: M., C., G., D., M., L., F., y especialmente con S. A ella le suelo confesar mis inquietudes. Lleva muchos años en el hospital y es toda una experta con los niños (y cómo no, con las familias). Los niños se ríen un montón con ella. Y con ella allí sientes que nada puede ir mal.

UNA LUZ SE APAGA

Esta última semana ha sido especialmente dura. Hace ya muchos días que Maria arrastra una gastroenteritis. Con la administración de ciertos antibióticos parecía que la cosa se había detenido, pero justo acaban los días del tratamiento establecidos por los médicos para combatir el virus que este se reactiva, aún más virulento. Maria, a pesar de encontrarse muy mal, continúa portándose muy bien. Pero cada vez está más fatigada. A los efectos fisiológicos de la gastroenteritis se le han sumado los efectos secundarios de la quimioterapia. Así pues, mi pequeña va perdiendo la fuerza en las piernas, y cada vez se sostiene menos de pie. Pero ella aguanta como puede. «Mami, *ayudu*», me dice cuando aun sosteniéndola se le doblan las piernas y cae. También descubro, casi sin querer, que cuando se sienta en el orinal y llora no es porque tiene el culito muy llagado, sino que es también porque tiene afectado todo el pubis.

Ya no tiene tantas ganas de jugar ni de reír. Está largos ratos seria. Y voy viendo como ya no se alegra cuando vienen los familiares o amigos a verla (a excepción de los primitos, especialmente su prima Martina; cuando la ve le brillan los ojos y sonríe, no haciendo ya grandes risas como solía, pero si con aquella ilusión de antes, aunque ahora un poco más contenida).

Se van incrementando los ratos de llanto y queja: «Mami, me duele la barriga, me dice a menudo». Y me mira, me mira fijamente, largos ratos... Esta mirada me inquieta mucho... Le

comento a una de las enfermeras. Ella me mira y sonrío con una mirada triste, creo que ya sabe lo que significa esto de que me mire tanto (yo en ese momento también lo intuía...). Pero no, no puedo aceptar de ninguna manera que esta mirada signifique que se está despidiendo de mí. Cuando lleva mucho rato mirándome con esa mirada seria y madura, como si quisiera retener mi imagen en sus ojos, yo le digo «¿Qué miras tanto? ¿Qué está guapa la mami?» Y sonrío. Y ella sigue mirando, seria y serena.

Tres días antes de morir, a eso de las 6.00h (que es cuando entra la enfermera del turno de noche para revisar sus constantes vitales y para extraer la muestra de sangre diaria) Maria se despierta y me dice, como de costumbre, que quiere desayunar. Yo le digo lo mismo de cada día: «Vida mía, hasta que no sale el sol no es de día. Cuando salga el sol entonces nos levantaremos y desayunaremos». Le digo esto para que duerma un poquito más. Ella lo tiene claro, y se vuelve a estirar para dormir. Pero no duerme, espera, fijando la mirada en los cristales, esperando que se vaya la oscuridad. Y cuando el alba despunta me dice, con voz excitada: «¡Mami!». Yo, haciendo un bote, le respondo: «¿Qué pasa?» (desde que le diagnosticaron leucemia a Maria vivo en un estado perpetuo de exaltación y de angustia). Y ella me responde, con una sonrisa de oreja a oreja: «¡Mami, BUENOS DÍAS!». Y lo hace con una mirada llena de luz y alegría. Este «¡buenos días!» me acompañará siempre. Ahora sé que aquel «¡buenos días!» quería decir mucho más de lo que parecía.

Los tres días siguientes son ya críticos. La niña se encuentra mal en todo momento. Está todo el día con calmantes, pero no hay nada que la consuele. El dolor de estómago es constante, y Maria se pasa la mitad del día en la cama y la otra mitad sentada en el orinal. Las noches enteras las pasamos allí. Ya casi no tiene

fuerzas para llorar, se duerme sentada allí, mientras me abraza, y yo le sostengo la cabeza, que cae, fruto del agotamiento. Y yo, agotada también, siento cómo la pierdo inexorablemente. Le hacen pruebas y más pruebas y todo sale bien. Así que los médicos no se alarman.

El día antes de su muerte, me siento agotada, y quisiera irme a casa. Pero aquella noche me toca hacer turno a mí. Ahora pienso que de manera inconsciente yo ya intuía algo. Las madres captamos muchas cosas que no se pueden explicar. Hace días que me llegan mensajes de que se irá. Ya la semana pasada nos dijo que quería un hermanito. Ella, que siempre había dicho que no quería (ya que era la reina de la casa y tenía claro que no quería competidores), va y suelta que quiere un hermanito. Al principio pensábamos que no lo habíamos entendido, pero lo repitió. «Mami, mira que dice Maria», me dijo mi madre riendo. Y yo le digo: «¿Estás segura? ¿Y me ayudarás a cambiarle el pañal?» Y ella me responde que sí. «Y le haré las papillas», añade. «¿Y lo amarás y lo cuidarás mucho?», le pregunto. Y ella me responde, medio riendo, «Sí, mami». «Pues entonces nos lo tendremos que pensar», le digo yo. Ostras, qué cambio más repentino, pensé. También la forma en que me mira, su «¡buenos días!», el artículo del dominical del Periódico que me he encontrado en casa y que hablaba de un libro *best seller* en Francia que ha escrito una madre que perdió a su hijo con cinco años a causa de una leucemia (que he tirado enfadada para que Edu no lo viera), o J. que me dice que en la próxima sesión hablaremos de la *pérdida* —entre otras cosas—. Y esta sensación extraña que ya hace días que dura, como si volviese a estar embarazada. Los pechos hinchados como si pudiese amamantar y la sensación de que la llevo en la barriga, como cuando aún no había nacido. La vida me va dando mensajes, indicándome de manera subliminal lo que está a punto

de suceder, mientras yo me resisto y pienso que lo que realmente sucede es que quien habla es el miedo. Y hay que taponarle la boca.

Ya por la tarde la niña se queja de dolor de estómago y ahora también de cabeza. Sé que no se queja en vano (nunca lo ha hecho). La enfermera de la tarde la encuentra taquicárdica, y la mantiene conectada constantemente al monitor que mide sus pulsaciones (solo para controlar). Casi ni duerme (está prácticamente inmovilizada, y ya no tiene fuerzas ni para girarse para ponerse en su postura habitual de dormir). Calmantes y calmantes, y nada. Y yo siento cómo las fuerzas me abandonan. La última cosa que me dice a las 5 de la madrugada es «mami, quiero papilla». Yo de nuevo le digo que hay que esperar a que se haga de día. Tengo la esperanza de que tal vez podremos dormir un poquito —ya que hemos pasado la noche en vela—, hasta las 6.00h o 6.30h. Pero, poco a poco comienza a respirar mal. Y a las 7.00h ya no me habla. Salgo, aviso a la enfermera de la mañana, a la que tengo mucho aprecio, y le digo «C., la niña ya no me habla». Y siento como desfallezco. La enfermera entra a toda prisa y mira de cogerle las constantes. Le está bajando la temperatura y ya no le encuentran el pulso (lo tiene, solo que la máquina no lo percibe), aunque respira con dificultades. Las otras enfermeras me sacan fuera y me dan una infusión para que me calme. Llamo a su padre: «Edu, ven corriendo. La niña no está bien. Y no tengo fuerzas ...» Empiezan las carreras. Viene una de sus doctoras y me dice que no es que se esté ahogando, sino que está en estado de shock por el dolor. Su padre llega, y va junto a Maria a cogerle la mano para que sepa que estamos allí y no se sienta sola, como hacemos a todas horas. Yo entro por última vez y veo como la niña tiene el color de la cara roto. Y me mira, parece que quiere hablar, pero no puede. Yo le digo «Amor, ¿quieres un poquito de agua?», pienso que tal vez así recupera el

aliento. Y ella parece que dice que sí. Le mojo los labios, y me siento desmayar. No puedo, no puedo... Y marchó hacia el lavabo, y me tumbo en el suelo. Quiero vomitar, pero no tengo fuerzas. Siento cómo muero, lentamente... Y más carreras. Hasta que alguien me recoge del suelo y me hace salir hacia fuera. Nos llevan a Edu y a mí a otra sala y entonces nos damos cuenta de lo que realmente está sucediendo: Maria está muriendo. Edu lo sabe porque ha visto como ella hacía el último aliento, lo miraba, y cerraba los ojitos, como si durmiera. Edu me lo dice. Aquellos veinte minutos lloramos desconsolados, nos enrabiamos por dentro, y nos morimos también. Y de pronto sentimos una especie de paz extraña: Maria se ha ido. Miramos por la ventana, y vemos las mismas montañas que veíamos desde la habitación de Maria y los pajaritos volando. Y lo sabemos... Entra el Dr. A., desencajado y con mirada seria y triste confirma la noticia: Maria ha muerto. Está estupefacto y desolado, como si no se lo creyera. No saben qué ha pasado. Posiblemente un derrame cerebral y posterior parada cardiorrespiratoria provocado por la infección bacteriana de la barriga.

En ese momento sientes acabar tu vida. Yo quiero morir, irme con ella... enloquecida por el dolor. Y enloquecida entro en la habitación. Ya se han ido todos los médicos y mi pequeñita está allí en la cama, inmóvil. Con el pijama de las hadas cortado (para poder hacer la reanimación) pero debidamente enganchado con un imperdible. «El hada que cuida...», le decía yo cuando se lo ponía. Esta vez no ha sido así. Y me acuesto con ella. «La mami está aquí», le voy diciendo. Y siento todavía su calor. Van llegando los familiares más cercanos. Y se deshacen viéndome dentro de la cama con mi niña, abrazándola. «La mami está aquí, la mami está aquí...», le digo una y otra vez. «¡Vida mía, vida mía!» Sé que esto es lo que más la consolaría: mamá cogiéndole

la manita y abrazándola, bien fuerte. Tiene la pierna medio doblada y no puedo ponerla bien. Empieza a estar un poco rígida. No lo puedo soportar... «¡Su piernecita, ponédle bien la piernecita, por favor!» El corazón se me desgarrá. Siento cómo agonizo en cada momento. Hasta que llega la hora de llevársela. No soporto la idea de que la puedan ver así. «¡Por favor, que no la vea nadie, por favor...!», Pido a los médicos y enfermeras. Esperan que no haya nadie por el pasillo y se la llevan. Mi pequeña... Quiero ir con ella, donde sea, pero no puedo. No me dejan. Quiero irme con ella. Tengo el corazón roto, hecho añicos, polvo.

Todos los familiares que han venido empiezan a recoger compulsivamente la habitación (sus dibujos y los de sus amigos colgados en la pared, su ropa, nuestras cosas personales...). Todo el mundo llora (los familiares, las enfermeras...). Y yo allí de pie, con la mirada perdida y el cuerpo vacío. Cuando salimos de la habitación la gente de los pasillos nos mira extrañada. Y alguien me arrastra (aún en pijama y zapatillas) por el pasillo. Miro a mi lado, encuentro mi hermana Neus. La miro, y solo le puedo decir «Me quiero morir». Y ella se enfada y me contesta entre sollozos: «Y los otros ¿qué?, ¿que nos zurzan? Si tú te mueres, ¿qué haremos los demás?».

Llego aún no sé cómo a casa, me acuesto, y de la cama paso al sofá. Edu intenta poner orden (hay todas las bolsas del hospital esparcidas). Jana y Just le ayudan. Y pasan las horas... Edu y yo nos abrazamos en el sofá, en silencio, a oscuras, y somos conscientes de que van pasando las horas porque la luz va disminuyendo. Inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido. Vacío, perplejidad, muero por dentro. Mi pequeña allí sola.

Quiero que llegue el día de mañana para llevármela. Opresión en el pecho.

Al día siguiente a las 13.00h la incineración. No queremos velatorio (apenas nos aguantamos de pie). Pero son muchos los amigos y familiares que nos quieren y que quieren venir a darnos su consuelo. Y de las 12.00h a las 13.00h los vamos viendo a todos. Todo el mundo llora y nos abraza. Y nosotros nos deshacemos por dentro y por fuera, como una figura de barro bajo una fuerte lluvia. Y bajamos Edu y yo al crematorio: le damos el último beso. Mi muñequita ahora está helada, y sus párpados están cerrados. Parece la misma niña china que cuando nació... Solo que ahora es más grande, y ya no tiene color en las mejillas. «Manina, los papis están contigo, y te quieren mucho». Le ponemos sus tiritas de la Blancanieves que tanto le gustan. Y nos despedimos de ella.

Salimos fuera, a reencontrarnos con los familiares, y miramos hacia las montañas (que son las mismas montañas que veíamos desde la habitación del hospital, ya que el tanatorio está justo al lado). Vemos los pajaritos que hacían los nidos en las persianas de su habitación. Ahora ella vuela con ellos. Y miramos al mar. Una luz extraña y muy brillante nos ilumina: sabemos que es Maria que nos sonrío.

OSCURIDAD...

Los días siguientes no tengo claro qué pasó. Se han medio borrado en mi memoria. Solo recuerdo pasear sin rumbo... Y recuerdo la oscuridad. Siento que vivo entre tinieblas.

Los primeros días desde que Maria se marchó siento que quiero morir, y fantaseo con tirarme de la moto cuando voy sentada detrás de Edu, o me imagino que aquel guardia junto al que acabo de pasar y que lleva una gran pistola encima enloquece repentinamente y me mata. Y cuando lo pienso sonrío. Y siento paz. Porque sé que si eso ocurriera iría con Maria y podría estar con ella de nuevo. Y eso me consuela. Pero Edu me regaña cuando se lo cuento y se pone muy triste, porque él siente que no puede vivir sin mí, y menos aún puede soportar perderme. Y por él abandono estos pensamientos. Porque le amo y porque no quiero hacerle sufrir.

También pienso en mandarlo todo al traste y marchar. «Mándalo todo a tomar viento, si quieres», dice Montserrat, «pero espera un tiempo antes y deja que se aclaren las ideas y se apacigüe un poco el dolor». Tiene razón... Siempre estoy a tiempo de acabar con todo.

De aquellos días lo que sí recuerdo vivamente son las decisiones que tuvimos que tomar y las gestiones que tuvimos que hacer.

Las primeras decisiones las tuvimos que tomar estando todavía Maria en la cama, justo después de haber muerto. Estas fueron las más duras. Porque la vida no se detiene, aunque estés roto y ciego por el dolor, consumido por la angustia y enloquecido por los acontecimientos. Y son decisiones que solo puedes tomar tú. Entonces tienes que recurrir a la intuición, a lo que Treya Wilber llama *el sistema inmunológico de tu psiquismo*³⁹, que no es más que escucharte a ti mismo, a lo que tu interior te dice que es lo mejor para ti y, en mi caso, lo mejor para mi hija (porque sí, aunque Maria esté muerta sentía entonces, y siento muy profundamente ahora, que tengo que seguir protegiéndola y respetándola, haciendo lo mejor para ella y para su memoria). Y tiene que ser algo que Edu sienta también como la mejor opción. Por suerte Edu y yo estamos muy conectados (y lo estuvimos especialmente durante toda la enfermedad de Maria) y supimos rápidamente que era lo mejor a hacer.

La primera de estas decisiones fue si le hacían la autopsia. Tuvimos claro que sí, para que los médicos y nosotros supiéramos exactamente qué había pasado. La idea no era buscar culpables, sino entender qué había sucedido para evitar que ningún niño o niña en la misma situación de Maria corriera el mismo peligro y la misma suerte. A mí ya no me la devolverán, pero si los médicos entienden qué ha pasado quizá le podrán salvar la vida a otro niño -pensé-.

³⁹ Wilber, K. (1995). Gracia y coraje en la vida y en la muerte de Treya Killam Wilber. Madrid: Gaia Ediciones.

La segunda decisión importante fue si incinerábamos a Maria o bien si la enterrábamos, y dónde. Tuvimos claro que la queríamos incinerar. Nada de enterrarla bajo tierra, en un agujero. Maria tenía que volar, para fusionarse físicamente con la naturaleza (ya que espiritualmente sentíamos que ya volaba libre, pero que a la vez estaba también con nosotros... Qué sensación más extraña). Y teníamos que hacerlo en el tanatorio que hay junto al hospital, en medio de aquellas montañas que tanto nos reconfortaban. Así evitábamos también tener que trasladarla. Y me consolaba especialmente saber que aquellos pajaritos que veíamos cada mañana la acompañaban ahora. Tuvimos la gran suerte de que mi hermana Jana y mi padre se encargaron del sepelio. Y la familia corrió con los gastos (Edu y yo vivimos al día, el sueldo de becario no da para ahorrar. ¡Y quién nos iba a decir que deberíamos hacernos cargo de enterrar a nuestra hija! más bien pensábamos que cuando fuéramos mayores ya miraríamos de ahorrar para que ella no tuviera que hacerse cargo del gasto de nuestra muerte. Y todavía nos quedaba mucho tiempo... ilusos...).

Otras gestiones odiosas fueron la de dar de baja a Maria de la mutua médica, de la Seguridad Social y del Registro Civil. Porque a pesar de estar roto, cuando muere un ser querido la burocracia no perdona. Aunque los amigos se ofrecieron para encargarse de todo, a Edu y a mí nos sabía mal. Nos cuesta mucho dejarnos ayudar (aunque no éramos conscientes...). Así que nos arrastramos hasta dichas oficinas. Madre mía, qué duro es estar en el Registro Civil viendo a los padres con sus bebés todos ilusionados dándoles de alta mientras tú das de baja a tu bebé. Para dejar constancia de que ya no existe, que ya no tiene lugar en la sociedad. Como si nunca hubiera existido (solo hay cabida para los vivos). Ostras, pero si yo soy madre... Y ella sí estaba

viva... ¿Qué ha pasado? Todavía no lo entiendes..., solo sabes que ya no está (aunque está viva para ti). Incluso hemos tenido que avisar al banco de sangre para que retiren su cordón umbilical — el que tan generosamente entregamos cuando nació, por si nunca le podía salvar la vida a alguien—. De esta última noticia nos enteramos hace pocos días, cuando muy torpemente y sin ningún tipo de sensibilidad nos lo comunicó un médico al que acudimos para hacerme una visita rutinaria.

Recuerdo que aquellas mañanas me levantaba toda angustiada y corría hacia su habitación a buscarla... La persiana subida y la luz entrando a raudales. La cama hecha. Sus cosas allí encima y ella no estaba... «¡Maria... Maria! ¿Dónde estás?» Y de repente te asaltan las imágenes de su muerte. Ahogo, llanto, ganas de vomitar. Maria está muerta... NO... ¡NO! Gritaba por dentro. Lloraba.

Aquellos días nos enteramos, por desgracia, de qué es lo que realmente sucede a nivel social cuando se muere un hijo. Lo primero que aprendes es que la sociedad vive de espaldas a la muerte. Ni siquiera tenemos nombre aquellos a quienes se nos muere un hijo. Cuando muere tu marido eres viuda, cuando muere tu padre o madre eres huérfano. ¿Y cuando muere tu hijo? ¿Qué eres? No eres nada. Eso sí, a los ojos de todos eres un desgraciado. Todo el mundo te mira con esa cara... Como si llevaras la letra escarlata grabada en la frente. Algunos, incluso, no te pueden ni mirar. Eres la verdadera encarnación de la desgracia. Otros te miran con cara de pena. Unos terceros te miran con morbo, mientras lees en sus ojos «menos mal que le ha pasado a ella y no a mí», y unos cuartos te miran e incluso te hablan como si no hubiera pasado nada, como si tu hija no hubiera existido (incluso gente muy cercana). Sabes que lo hacen porque se les hace tan

duro que prefieren hacer como si no hubiera pasado: si no se verbaliza no existe. Por suerte hay un quinto grupo, que es numeroso, pero sobre todo es muy significativo, que lo forman aquellos que verdaderamente te aman (tal y como entiendo yo que se debe amar: con amor y entrega. El resto para mí no es amor...). Estos son los que están a tu lado, sin rehuir el tema, pero dejando que seas tú quien marque lo que necesitas en cada momento. Estos son los que de la manera más respetuosa te dejan el espacio para reír, llorar, hablar o estar en silencio. Los que te dan la paz que te falta, los que te hacen recuperar la dignidad perdida, los que te hacen sentir querido. Quienes te cogen la mano y te dicen (ya sea con palabras o con la mirada) que están a tu lado, que andarán contigo, aunque el camino sea cuesta arriba. Este grupo lo forman también otros que quizás les cuesta más pero que te dicen que te quieren y que quieren que estés bien a su manera. Son los que te hacen propuestas repentinas para salir juntos a pasear (por aquellos lugares que saben que te gustan), para ir a desayunar, almorzar o cenar, los que te regalan entradas para ir al cine, al teatro o a un concierto que ellos saben que será especial para ti, los que te envían un *WhatsApp* o email bonito y cargado de estima en cualquier momento del día, los que te envían una postal desde cualquier lugar remoto del mundo donde se encuentren y los que te dedican una canción. Y es a través de ellos cuando más profundamente siento que me habla Maria... Ella está en todos ellos. Diciéndome que no estoy sola, que me quiere y me cuida a cada instante. Maria es ellos y ellas y todos ellos y ellas son Maria. Solo por este grupo ya vale la pena continuar...

LA TRAVESÍA POR EL LARGO DESIERTO

Necesitamos salir de la oscuridad y coger un nuevo camino... pero ¿qué camino? Y ¿hacia dónde?

La primera cosa que sabemos es que nos ahogamos dentro del piso. Todo es *territorio Maria*. Su huella está por todas partes. Y la pena nos mina. Si miro hacia la televisión solo veo el mueble de abajo, lleno de sus juguetes preferidos. Y el mueble de al lado, donde tiene sus libros (rinconcito que cada noche baraja buscando el cuento que quiere leer). Junto al sofá hay su *rincón bebé*: allí tiene sus muñecas puestas en sus camitas, sus tronas... Y allí está también su pizarra con sus dibujos (que a menudo se expanden hacia la pared). Si miro hacia la mesa del comedor está su silla y su cajita con los juguetes con los que juega mientras come. Y su *Barbie* con su armario lleno de vestidos y zapatos. Si voy al lavabo veo sus patitos, sus jabones y esponjas, su albornoz. Y sus huellas del último día que ha estado jugando con mi pintalabios rojo. Si voy hacia mi habitación lo primero que veo es el cajón de mi mesilla de noche revuelto. Cada fin de semana cuando me viene a buscar para que me levante se distrae un buen rato buscando *tesoros* dentro. Cuando entro en la cocina solo veo sus platos, vasos y cucharillas por todas partes. Y los imanes de la nevera bien revueltos (ya que cada noche juega con ellos). Cuando voy al estudio me encuentro con mis papeles llenos de sus garabatos (mira que le tengo dicho que los papeles de trabajo

de la mami no se pueden pintar...). Y su habitación... este es el espacio más duro. Todo está tal y como estaba cuando vivía, pero sin ella. Su ropa, sus peluches, su cajita de chupetes... Su *Fandal*⁴⁰ con las braguitas todavía puestas, el delfín que le regaló el tiet Albert y el osito rosa que tan fuertemente abrazaba. Su peluche de dormir. Y la cama preparada con las sábanas del conejito, tal como me pidió.

Pero, antes, pensamos que tenemos que irnos un tiempo. Necesitamos coger energías y sentir un poco de paz. La casa se nos cae encima y salir a la calle no parece mejor opción. La casa, el barrio y el entorno nos ahogan. Nuestra pena y la del entorno nos ahogan.

A partir de este momento empieza a ocurrir algo que se irá repitiendo todos los días hasta hoy, que es que Maria nos empieza a hablar muy intensamente a través de los amigos y conocidos.

El primer mensaje llega a través de mi prima Ariadna y su compañera de piso Lída, que en esos momentos están pasando una temporada en Cambridge, junto con los hijos de Ariadna — Eder y Amets—, la hija de Lída —Ainara— y la hija de una buena amiga nuestra —Irene—. Allí también está una de mis mejores amigas, Gisela. Y rápidamente Ramón, Ariadna y Lída piensan que quizás nos irá bien pasar unos días allí. Gisela deja a nuestra disposición su apartamento, otro amigo se ofrece a comprarnos los billetes de avión y de tren y las chicas se encargan de llenarnos la nevera y de pensar en actividades que quizás nos

⁴⁰ Es como ella llamaba a su panda de peluche.

apetecerá hacer. Siempre con la premisa de que hagamos lo que queramos en cada momento (si queremos estar solos pues estar solos, y si queremos compañía ellas estarán con nosotros...).

Nos sentimos débiles y muy vulnerables, pero la idea de irnos con ellas nos parece la mejor de las opciones. Así que hacemos las maletas y nos vamos temprano. Nuestra amiga Maria P. nos recoge de madrugada (pobre, ¡hoy habrá dormido escasamente dos horas, y cuando vuelva deberá prepararse para ir al trabajo!). Y lo hace con la mejor de sus sonrisas, mientras nos acompaña al aeropuerto. Antes de partir nos da un fuerte abrazo y con la dulzura de sus ojos nos dice que todo irá bien. Y sabemos que tiene razón. Vamos a Cambridge, junto a gente a la que queremos mucho y que sabemos que nos cuidará en todo momento de la mejor manera posible.

Tengo un pequeño momento de pánico cuando subo al avión, ya que aún no tengo el cerebro muy equilibrado y siento cómo me invade una fuerte ola de claustrofobia. Por suerte llevo encima las pastillas que me ha recetado mi doctora de cabecera, y estas hacen su efecto rápidamente. Quizás deberíamos haber esperado un poquito antes de viajar, pero ¡qué demonios!, el viaje ha venido así y estoy segura de que es la mejor opción. Viene de manos de gente en la que confiamos plenamente y que sabemos que nos ama por encima de todo. Nuestra gente, a la que estábamos ansiosos de abrazar.

Llegamos a Londres, y como nuestros amigos se han esmerado tanto en la compra de billetes, casi no tenemos que hacer nada para llegar a buen puerto. Tomamos el tren y en media hora estamos ya en Cambridge.

Justo al llegar sentimos cómo la paz nos invade... Allí somos anónimos y nadie nos mira raro. Tomamos un taxi para ir hacia el apartamento donde nos esperan Ariadna y el pequeño Amets (ya que Lúdia y Gisela están trabajando, y Eder, Irene y Ainara están en la escuela). El taxista es un hombre muy amable que durante todo el trayecto aprovecha para hacernos una pequeña ruta guiada por la ciudad. Por primera vez en días se nos ofrece la oportunidad de tener una conversación distendida con alguien.

Qué alegría ver a Ariadna. Como la he echado de menos. Siempre la siento conmigo, pero necesitaba verla y abrazarla. Y cómo ha crecido el pequeño Amets. Nos recibe con una de sus sonrisas más encantadoras. Nos sentimos como en casa (bueno, ahora mejor que en casa). Por primera vez en mucho tiempo sentimos que podemos respirar.

Estos días en Cambridge marcan el inicio de un nuevo camino. Por fin empezamos a ver luces en el horizonte, luces que cada vez son más vivas y más grandes. Son días de charlar mucho, de reír, de llorar, de largos paseos y de música. Días de conversaciones transformadoras, de abrazos, de luz y de color. Días de compras, de té y pasteles, de visitas a lugares emblemáticos y de leer.

Las chicas nos miman de mala manera. Nos enseñan sus puestos de trabajo y de ocio, sus lugares favoritos. Nos hacen comidas especiales, nos compran lo que saben que más nos gusta y nos organizan incluso una cena especial. Las niñas nos preparan una audición de música y canto, y nos acarician con sus risas cada tarde cuando vuelven de la escuela. Y unos amigos de Barcelona incluso nos han comprado unas entradas para ir a ver un recital de música barroca que se hace en uno de los teatros más antiguos de la ciudad. Y aquel concierto... ¡qué maravilla! Los músicos

vestidos de época tocan, sin saberlo, las piezas preferidas de Edu y mías. Comienza el concierto con una danza de Purcell que sale en uno de los momentos más emblemáticos de mi película preferida, que es «Orgullo y Prejuicio» (soy fan, desde siempre, de Jane Austin). Continúa con el Canon de Pachelbel... ostras, cómo lloramos en ese momento... ¡Maria está tan presente! Parece como si hubiera sido ella la que hubiera elegido cada una de las piezas. Y prosigue con Haendel, Mozart, Bach, para acabar con las cuatro estaciones de Vivaldi (que era una de las piezas que más escuchaba Maria). Sentimos de nuevo la ilusión de la primavera y el zumbido de los insectos planeando sobre las flores, los colores y olores del verano, las hojas como caen en otoño y la gran nevada y el crepitar de la chimenea de invierno. Justo al terminar el concierto Edu me dice que ha recibido un mensaje, que es que tenemos que dejar libre a Maria. En ese momento no acabamos de entender qué quiere decir esto... Él tampoco lo tiene claro, pero el mensaje le ha llegado de manera contundente.

Cambridge ha sido tan importante, ha sido aquí donde he podido volver a ver a Maria de nuevo. Justo cuando murió el dolor no me dejaba sentirla, pero desde que he llegado a esta hermosa ciudad es como si me hubiera caído el velo de los ojos, abriéndose el corazón y permitiéndome volver a sentir. La veo corriendo ante nosotros mientras paseamos por aquellos bellos caminos. La siento reír mientras nos dice «¡Vamos mami, corre!», Como cuando volvíamos paseando de Sant Jeroni. La veo a mi lado cuando me acuesto, cogiéndome de la mano sonriendo. Y sus ojos me dicen que todo irá bien, que ella está con nosotros. Y la veo y la siento mucho a través de las chicas -Gisela, Ariadna y Lída-, y a través de los niños -sobre todo a través de Eder-. En Cambridge he podido volver a sentir el verdadero poder de la amistad (que me había reconfortado tanto durante el periplo

hospitalario). Siento de nuevo las olas de estima y fuerza de los amigos, cómo llegan fuertes y poderosas, empujándonos adelante y adelante. Porque *el efecto Cambridge* ha sido muchas cosas bonitas, pero especialmente ha significado el poder de la amistad transformadora que todo lo puede.

Ya al final del viaje, mientras esperamos con Gisela que llegue el tren que nos llevará hasta el aeropuerto (Gisela, que tan amorosamente nos ha acompañado, para darnos el último beso y para regalarnos unas *delicathessen* inglesas que nos ha comprado para que volvamos más contentos a Barcelona), nos viene a la cabeza una metáfora de lo que es nuestra vida ahora. Así pues, nos sentimos como si escalásemos el Himalaya. El camino es largo y muy empinado, y tendrá tramos más duros y otros más fáciles. Pero a pesar de la dureza del camino, en todos y cada uno de los tramos nos acompañarán los amigos y la gente que nos quiere. Quizá no todos estén físicamente en cada uno de los momentos, pero sí que habrá siempre alguien para ayudarnos a subir (ya sea llevándonos los paquetes que más pesan o cogiéndonos la mano para poder hacer el próximo paso. O quizás para enseñarnos algún atajo para llegar antes arriba). Y seguro que todos ellos están siempre en espíritu. Y así sí, así sí alcanzaremos la cima. Nunca nos hubiéramos planteado subir el Himalaya, pero la vida nos ha llevado hasta aquí y tenemos que hacerlo. Porque la alternativa es quedarnos al pie de la montaña y dejarnos morir. Y eso sí que no...

¡Cuánto ha costado volver! La pena de Maria está viva en el barrio. Todo el mundo está muy afectado. Maria era una niña muy visible, todo el mundo la conocía. Porque era divertida, aunque tímida, y era muy bonita y risueña. Y porque nadie se esperaba que pasara esto.

Tenemos que pensar en lo que a mí me parece *un plan de supervivencia*. Que nos haga salir de nuestro estado de enfermedad espiritual. Porque, sí, en aquel entonces siento que estoy *enferma de Maria*. Así es como me sale llamarlo al principio, hasta que me doy cuenta de que no es que esté enferma de Maria, sino de la ausencia de Maria. Porque Maria es todo menos una enfermedad. Más bien es todo lo que la cura. Se nos ocurre, estando aún en Cambridge, que tenemos que poner en marcha un plan que llamamos *redecora tu vida*. Porque estando allí sentimos que queremos seguir viviendo: por nosotros, por Maria y por toda la gente que nos quiere. Queremos continuar nuestro camino.

Justo al volver percibimos cómo el entorno que dejamos es el mismo, pero no nosotros. Nosotros estamos cambiados. La luz dentro de nosotros se ha encendido. Y ahora ya podemos ver con claridad todos los mensajes que Maria nos va enviando. Lloramos mucho todavía, pero también reímos. Y ya nos sentimos con fuerzas para volver a salir al mundo. Con la cabeza alta y la mirada encendida. Yo siento aún el llanto detrás de los ojos. De hecho, esta sensación no me abandonará en mucho tiempo. Pero ya me siento más valiente.

El plan *redecora tu vida* arranca con fuerza. Apenas dos días después de volver nos juntamos en casa un grupo de amigos: Jana, Just, Tom, Andrés, mi sobrino Marcel, y cómo no Edu y yo. Vienen todos con una ilusión... En medio día hemos conseguido pintar todo el piso. Y al poco de haber comido ya tenemos los muebles nuevos que nos ha regalado Albert montados. Parecía imposible, pero ¡cuando hay ganas el poder creador es infinito! Ha sido un día bonito. Hemos hablado, hemos reído y hemos llorado juntos. Pero sobre todo nos hemos dejado querer... Yo he

sentido a Maria saltando entre los cubos de pintura y desordenando y tocándolo todo mientras los chicos montaban los muebles. La he sentido vivamente.

Unos días después emprendemos el vaciado de la habitación de Maria. Esto costará más... Hemos estado aplazando el momento, pero debemos ser valientes. Lloramos amargamente mientras guardamos su ropa en cajas de cartón. Y lloramos aún más cuando tenemos que elegir lo que queremos guardar en unas cajas especiales —de colores, con unos buhitos dibujados que elegimos porque sabíamos que le gustarían mucho—. Las cajas de momento estarán en su habitación. Allí están sus tiritas mágicas, sus dibujos, sus muñecos favoritos y su agenda de la escuela. Sus gomas y clips del pelo, sus joyas, sus chupetes... Dios. Recuerdo como si fuera ayer cuando preparábamos su habitación y llenábamos estos mismos armarios. Pequeña, ya no disfrutarás de tus tesoros, pero nosotros los dejaremos siempre aquí para que si alguna vez necesitas verlos los encuentres.

Nos vamos también un día entre semana a Montserrat con mi amiga Mónica. Y es un día muy especial. Charlamos mucho, nos llenamos de la energía de la montaña y nos reconectamos con todo el universo. Estando sentados junto a la ermita de Sant Miquel⁴¹, un poco más allá del Monasterio, Mónica saca de su mochila un montón de libros especiales que ha traído para

⁴¹ Ermita de San Miguel en catalán. Una de las ermitas más importantes que se encuentran en los alrededores del Monasterio de Montserrat. Se encuentra a 825 metros y se tiene constancia que ya existía en el siglo X. Se accede fácilmente desde el Monasterio, pero por un camino que hace bastante subida.

nosotros. Nos los hubiera podido dar en el coche, pero los ha cargado hasta aquí arriba. Y allí sentados, en la cima, nos los va enseñando uno a uno, y nos cuenta con mucho cuidado y detalle de qué va cada uno y por qué nos los ha traído. Sé que serán lecturas capitales ya que conozco a Mónica y todo lo que viene de ella es de gran significancia para mí. Y así será. Serán lecturas fundamentales, que me ayudarán en gran medida a elaborar mi duelo y a entender todo lo que la física y el mundo material no te pueden explicar sobre qué ha sucedido. Mónica ha sido siempre un canal poderoso de mensajes vitales. Es para mí como Ariadna, de aquellos ángeles que te acompañan y te hacen, a la vez, de hermanas, amigas, y de compañeras de vida, que sabes que siempre, pase lo que pase, estarán contigo. Desde el inicio hasta el final. Tengo claro que la amistad con ellas dos será el tesoro más grande que tendré nunca. Esto y el amor de mis seres más queridos.

Otra de las cosas importantes que nos sucederán en esta etapa será la visita a Anna⁴². Ella es nuestra guía espiritual desde hace muchos años, pero fundamentalmente es una gran amiga. Maestra de maestros, un ser muy sabio y muy avanzado a nivel espiritual. Ella siempre nos ha aportado mucha luz, especialmente en aquellos momentos más confusos. Anna ve lo que la mayoría no podemos, no porque ella tenga poderes mágicos, sino porque no tenemos la sensibilidad o la capacidad para reconocerlo —y que ella sí tiene, fruto de un largo trabajo personal y vital—. Así pues, tenemos la capacidad de percibir muchas cosas, pero no la capacidad para reconocerlas. Y Anna sí la tiene. ¡Y muy

⁴² Ana en catalán.

desarrollada! Ella supo mucho antes que nosotros que Maria se iba. Y ella sabía el por qué —y nos lo hizo saber cuando estuvimos preparados—. Maria es una Conciencia muy avanzada (esto ya lo sabíamos), pero que no había conocido el amor de los padres. Y esta era su misión. Vino a hacer este trabajo que tenía pendiente y nos eligió a Edu y a mí para hacerlo, porque sabía que le daríamos todo el amor que no había conocido y porque sabía también que la dejaríamos marchar y reharíamos nuestra vida. Esta percepción siempre la habíamos tenido, solo que no podíamos expresarla con palabras. Y Anna, una vez más, nos ayudó a verbalizar lo que percibimos, pero no vemos. Este mismo mensaje me llegó poco después, mientras leía uno de los libros que me había traído Mónica titulado *Quien Muere*, de Stephen Levine.

Anna también nos ayudó a entender el mensaje que había recibido Edu mientras escuchábamos *Lascia ch'io pianga* de Haendel allí en Cambridge. No podíamos retener a Maria aquí porque ella tenía que irse a hacer otras cosas —su recorrido como conciencia—. Le teníamos que continuar dando nuestro amor y nos teníamos que liberar de la afección. Debíamos dejarla libre, y esto solo lo podíamos hacer dándole todo nuestro amor y transmitiéndole que estaríamos bien. Y llegado el momento habría que ayudarla a hacer el traspaso. Y para hacer eso tendríamos que liberar también sus cenizas. Pero cuando llegase el momento ya lo sabríamos.

Se acercan las fiestas de Navidad y sabemos que tenemos que irnos. No queremos celebrar nada de nada. Mi madre se hace cargo y se apunta al carro de no hacer ningún encuentro «Si vosotros no estáis no haremos nada». Pero la madre de Edu no lo entiende. Supongo que es porque ella es madre y quiere consolar

a sus hijos, que sufren. Y porque necesita, en estos momentos tan duros, tenerlos todos recogidos en casa con ella. Pero la idea se nos hace insufrible. Está viva todavía dentro nuestro la última Navidad: la ilusión de los pequeños, la magia de las fiestas... Y porque se nos hace insoportable ver como el resto del mundo seguirá viviendo estos momentos, junto a sus pequeños, mientras nosotros lloramos a la nuestra y su ausencia.

Edu mira unas ofertas de hoteles y casualmente encuentra una de buenísima para irnos unos días a la Vall d'Aran. Ostras, ¿cómo es posible? ¡Si es temporada alta allí! Pero como este invierno no ha nevado nada y no hace frío, pues los hoteles están vacíos. Así es como el día 24 enfilamos hacia Vielha. Aquel sueño que habíamos proyectado con Maria al final del verano toma forma. Un nuevo regalo de la pequeña. La podemos ver mirándonos sonriente y guiñándonos el ojo, con aquella mirada burlona.

Pasamos la Nochebuena en el hotel. Necesitamos estar lejos de casa, y no podríamos haber encontrado mejor lugar para estar. La Vall d'Aran es muy de los tres. Allí terminamos los *Carros* — que fue cuando comenzó el sueño Maria—, allí vivimos los veranos en el apartamento de Gausac cuando ella nació, y todas las vivencias que hemos tenido aquí siempre han sido muy nuestras, especiales y únicas. Lloramos muchísimo paseando por la ciudad, cuando vemos el osito de metal en el que siempre nos pedía que la subiéramos, cuando pasamos por las fuentes del casco antiguo donde se mojaba las manos (¡y lo que no son las manos!), cuando vemos la marmota de peluche gigante de la tienda *Marmot*, que hacía diez veces su tamaño, al que siempre se abrazaba, y al pasear por Arties, recordando, entre risas, aquel día del verano pasado en el que me pidió subir al tobogán mientras yo me sentaba detrás de ella y ¡oh! Ella bajaba mientras

a mí se me quedó el culo pegado entre lado y lado y allí me quedé atascada. Yo petándome de risa y el resto de los niños mirándome con mala cara porque obstruía de mala manera el tobogán. Incluso una niña me dijo «Claro que no te pasa el culo, ¡si es de niños!». Madre mía, qué vergüenza pasé, pero cómo nos reímos. Edu llora amargamente cogido en la puerta de hierro de la piscina de Salardú recordando como chillaba dentro del agua. Ya nunca volverá a la piscina que tanto le gustaba, ni peinará a su padre.

El día de Navidad subimos a Sant Maurici. Necesitamos iniciar un proceso que tenemos pendiente, que es acompañarla en el camino del más allá. Cuando ella murió, murió también una parte de nosotros con ella. Y ahora debemos hacer este camino juntos, los tres: ella, y lo que murió de nosotros con ella deben marchar, para poder continuar así nuestro camino aquí, el nuevo camino de la parte nuestra y el de ella que ha quedado aquí, en el mundo terrenal.

El parking está vacío. Es normal, es Navidad. Todo el mundo debe estar en casa con sus familias. Y es por nuestra familia, la que formábamos los tres, que nosotros estamos aquí. Enfilamos el camino hacia arriba. Mientras caminamos por el prado la veo correr ante nosotros, con sus vaqueros azules, sus zapatillas fucsias y su chaquetilla rosa del buhito. Y sus rizos dorados arriba y abajo. De vez en cuando se gira, nos mira y sonrío. Y me dice aquello de «¡Corre mami!» que tanto le gustaba. Hace un frío que pela y Edu y yo vamos tapados hasta las orejas. Pero ella ya no siente frío, va toda satisfecha con su chaquetilla, con las mejillas encendidas. Ella ahora es mágica y ya no sufre. Y como ya no se cansa ya no va en la mochila a la espalda de su padre, sino a pie. Este camino de subida a Sant Maurici, en plena mañana de

Navidad, será la imagen que grabaremos en nuestras mentes y en nuestros corazones, la imagen de nuestra despedida.

Llegamos arriba, entre llantos y sonrisas, y nos sentamos al pie del árbol que hay un poquito más arriba de la fuente donde ella bebió por primera vez de la cantimplora. Y yo le digo:

Maria, mi vida, habla con tu hermanita, y explícale cómo son los papás, y todo lo que hacemos juntos. Dile que cuando quiera, que venga, que estamos preparados. Entre los tres haremos que sea muy feliz. ¿Verdad que le dejarás tus peluches? La Mami le enseñará tus chupetes, y le explicaremos que son tus tesoros. Y ella nos ayudará a cuidarlos. Los papis le hablarán mucho de ti, y ella te amará siempre, como nosotros. Maria, los papis lloran mucho, pero están bien. Solo que deben acostumbrarse a no verte con los ojos terrenales, a no tocarte... Pero marcha tranquila, mi vida, marcha cielo arriba, y más allá. Y estate tranquila porque nos volveremos a ver. Cuando llegue el momento nos vendrás a buscar, y volveremos a caminar juntos, cogidos de la mano, hacia el infinito.

Desde este día que veo a Maria cogida de la mano de su hermanita, Dolça, las veo de espaldas, Maria con su chaquetilla rosa y Dolça al lado, una mini-Maria, también de rosa, pero más pequeña. Y se miran y ríen.

Bajamos solos, con lágrimas en los ojos, pero tranquilos, porque sabemos que nos hemos ido los tres. Ya nunca estará sola. Nunca sentiremos que corre sola por el universo.

Poco a poco, luz y más luz. Enviada por diferentes manos y de muchas maneras diferentes. A través de los vitrales de colores rojizos, cuando Xavi (pareja de Mónica) nos invitó a visitar la Sagrada Familia. A través del cine, cuando mi cuñado Xavi me

regaló entradas para ir; mientras vimos *La Juventud* lloré de manera profunda, sollozando y todo, ya que las imágenes me conectaban con la esencia más pura de Maria. A través del paisaje, mientras caminaba por Sant Jeroni con nuestra amiga Montse y llorábamos juntas, diciéndonos que venga lo que venga lo pasaremos juntas. A través de una cena en casa con Sara, cuando me contaba cómo de viva estaba Maria en mí. Mientras desayunaba con Esther, y veía en sus ojos todo el amor y estima mutuas que nos habían acompañado todos estos años que habíamos pasado juntas. Tomando un té con Maria P., en casa, cuando me miraba con sus grandes ojos verdes, que hablan viva y profundamente sin voz y que me dicen que está aquí con nosotros, ahora y siempre. A través de una cena en casa de Mimar, cuando me daba fuerzas para decir *no* cuando yo no me veía capaz. A través de mi abuela, que me decía, justo después de explicarle que no tuviera miedo de morir, que yo la acompañaría, que siempre había sido su niña. A través de Mónica, cuando me regaló el lápiz de ojos resistente al agua con una funda lila que ella misma había hecho, diciéndome que me lo regalaba para que continuara reforzando mi belleza y que era grande y preciosa, por dentro y por fuera. A través de los dulces que semanalmente me regalaba Emilia, para que endulzara mi día a día y fuera cogiendo fuerzas. Y a través de tantos y tantos momentos pasados con Edu y con los amigos.

EL AQUÍ Y EL AHORA

Lloro un montón mientras escribo este relato... Escribo en el comedor de casa, cuando estoy sola. A veces sentada en el sofá; otras, en la mesa del comedor. Levanto los ojos y me doy cuenta de que van pasando las horas porque la luz de la estancia cambia (igual que cuando murió Maria y perdí la noción del tiempo).

Desde que ella se fue sentí la necesidad de escribirlo. Quizás para hacer *autoterapia*, aunque no creo que fuera por eso, ya que ha sido un proceso creativo muy duro y punzante —he tenido que dejar pasar muchos días entre escrito y escrito, ya que era demasiado doloroso, a veces insoportable—. Poco a poco he visto que necesitaba dejarlo todo por escrito primero, para no olvidar nada y también, pensando que tal vez pueda ayudar a alguien a quien le pase algo parecido. Para que sepa que todo lo que a nosotros nos ha ayudado le puede ayudar a él o a ella también. El duelo es un proceso que reviste también mucha soledad porque, aunque estés muy acompañado, es muy difícil que alguien a quien no le ha ocurrido lo mismo que a ti te entienda en profundidad y pueda comprender tus abismos. A mí, personalmente, me han reconfortado y me han ayudado mucho los relatos sobre la muerte elaborados por otros padres y madres. Y, sobre todo, sobre todo, lo he escrito para que toda aquella gente que quiero tenga claro que con amor uno puede salir de esta desolación. Para que no tengan miedo y para compartir con ellos y ellas las grandes lecciones que me ha dado Maria. Revertir en los demás, aunque sea una mínima parte, todo lo que me ha dado. Un buen amigo

me ha dicho siempre que no hace falta sufrir para aprender, y como tiene mucha razón, pues yo hago entrega de este aprendizaje a mis amigos, porque no es necesario que pasen por esto para aprender lo que yo he aprendido.

Maria ya no está en cuerpo presente. No la puedo ver con los ojos ni escucharla con los oídos, pero sí la puedo ver con el corazón y con los ojos del alma. Y sentirla, eso sí puedo hacerlo, y con mucha intensidad. Incluso la puedo escuchar a través de los pájaros, las campanas y la música. Es curioso porque cuando murió estuve unos días que no la percibía. Solo veía oscuridad. Como si viviera en tinieblas. Estaba tan rota por dentro que el dolor no me dejaba sentirla. Pero a medida que me fui serenando empecé a sentir su presencia y a verla. La veía con el corazón, pero nítidamente. Y sobre todo la sentía. Cuando me tumbaba en la cama y me giraba hacia el lado derecho (como suelo hacer) la veía de pie a mi lado y entonces me cogía la mano: «la manita mami», me decía, como cuando estábamos en el hospital. También solía verla de pie junto al marco de la puerta de su habitación. Estaba quietecita, con una mano agarrada al marco y la otra tendida al lado de su cuerpo, sin salir de la habitación. Me miraba fijamente y me sonreía. Y yo la miraba y le sonreía también, al mismo tiempo que se me escapaba alguna lágrima. Y con la mirada me decía que estará siempre a mi lado, y yo le respondía que lo sé, y que la quiero mucho. «Mami llora porque te echa mucho de menos...», le decía siempre. También la veía mientras escribía y cuando estaba tumbada en el sofá viendo la tele. A menudo desviaba la mirada hacia el marco de la puerta y le sonreía, y lloraba. Cualquiera que me viera pensaría que estoy loca. Pero ella y yo sabíamos por qué sonreía.

También la veíamos Edu y yo juntos mientras paseábamos. La empezamos a ver en Cambridge, mientras recorríamos aquellos caminos que conectan el centro de la ciudad con los alrededores. La veíamos correr ante nosotros riendo y mirando atrás, sonriéndonos.

Desde hace unas semanas ya no la veo, y sé que se ha ido a hacer lo que tiene que hacer. Maria siempre ha sido muy rápida en todo, así que sabíamos que haría el traspaso rápido. Pero la podemos sentir muy profundamente cuando el sol nos toca la cara y cuando este ilumina el mar. Sabemos también que es ella cuando suenan las campanadas de las 12 (hora de Maria). Porque le encantaban las campanas. Cada mañana camino de la escuela oíamos como las de la Iglesia Mayor tocaban las 9 y entonces contábamos: «Uno, dos, tres» ... Y justo después cantábamos: «les campanes de l'església fan clinc, fan clinc⁴³» ... La sentimos cuando paseamos por Sant Jeroni y vemos los pajaritos volar. Sabemos que ahora ella vuela con ellos, ella está en todas las cosas bonitas del mundo que nos rodean. Y la siento dentro de mí, con una profundidad abrumadora. Como cuando la llevaba en mi vientre. Solo que ahora la siento en el corazón. Y, sobre todo, la veo mucho a través de mis amigos. También he podido comprobar que todos aquellos que la aman la sienten muy presente. Y sé que es a Maria a quien sienten cuando siento el amor profundo a través de lo que me cuentan. Así pues, todos aquellos que sentís a Maria tened claro que ella no es ninguna historia fantasmal, ella es luz pura, amor puro.

⁴³ Las campanas de la iglesia hacen clinc, clinc, hacen clinc, clinc.

Ahora ya no me revuelve el cajón de la mesita de noche como solía hacer ni la veo entrar por las mañanas en nuestra habitación, mientras coge mis zapatillas y me las planta en la cara diciéndome «mami, ponte las tillas y vamos a desayunar» (como solía hacer cada fin de semana). Yo entonces le decía «Muy bien, ya me levanto, pero ahora ve a despertar a tu padre». Ella corría hacia el otro lado de la cama a despertarle (en verdad estaba ya despierto, pero se hacía el dormido). Entonces le tocaba la cara suavemente y yo le decía «si quieres que se despierte le debes dar un beso». Ella reía y le daba un beso en la mejilla. Entonces él hacía que se despertaba y seguidamente la cogía de un salto y la tiraba sobre la cama. Después venían las risas y los juegos. Un rato y después a desayunar (los sábados desayuno normal: «papilla» de cereales para ella y tostadas y café con leche para nosotros, los domingos ¡churros!).

Todas estas pequeñas rutinas diarias son las que más se echan en falta, es aquí cuando el vacío es más vivo. Y el silencio que impera en casa... eso es lo peor. Aquí reinaban siempre el ruido y las risas y ahora este silencio tan ruidoso...

He estado muchas semanas sin poder pensar en todas estas concreciones de nuestra vida con Maria. Pensaba en ella de manera abstracta, ya que cuando me venía a la cabeza algún rasgo concreto de ella sentía que no podía respirar y me ahogaba. Opresión en el pecho, y sentir como si el corazón se fuera a detener. Hasta que una noche estallé a llorar.

Maria, amor, siento mucho pensar en ti de manera abstracta. No es que mami no te quiera, es que no puedo soportar vivir sin ti. Y cuando pienso en todo lo que eras y hacíamos siento que me muero. Edu, ¿estoy haciendo bien? ¿Crees que la estoy

traicionando? ¿Qué estoy intentando olvidarla deliberadamente?
Lo siento, lo siento mucho...

Edu me tranquiliza. Y me dice que haga lo que sienta que me hace bien. Ya llegará el día que podamos pensar en estas concreciones sin llorar. Y tiene razón. Poco a poco vamos recordando hechos concretos y reímos, como cuando sucedieron. Y a veces también lloramos, pero ya no siento la opresión en el pecho. Hay que ir soltando toda la angustia, poco a poco. Y nos tenemos que dejar llorar. Cuando más contengo el llanto, más opresión en el pecho. Todavía nada de fotos y vídeos, y menos aún mensajes de voz. Pero espero algún día poder, porque la echo de menos y necesito verla. Pero poco a poco.

En breve hará tres meses que murió y aunque ya hemos hecho muchos pasos siento que queda un largo camino por recorrer. Hemos vuelto ya al trabajo, y ha sido duro. Retomar la rutina sin ella es punzante. Ya no le enviamos fotos o mensajes de voz a Edu mientras vuelve de Girona; ya no me vienen a buscar los dos a la oficina por las tardes; ya no la llevamos y la recogemos de la guardería. Y ya ha pasado el Carnaval y no la pudimos disfrazar. Ya no nos viene a buscar por las mañanas cuando se levanta y ya no bailamos la canción de Blancanieves. Ya no me revuelve los cajones y ya no me pinta los papeles de trabajo. Tampoco la siento reír y correr por todas partes, ni le preparo sus comidas preferidas (Pasta y *chichas*, tortilla y *camalats*⁴⁴).

⁴⁴ Pasta con salchichas, tortilla y calamares en *lenguaje Manina*.

Hace unos días alguien me comentaba cuán rápido han pasado estas semanas desde que murió... Y cómo la vida continúa. Será para los demás, ya que para Edu y para mí parece que el tiempo esté parado. La vida continúa para aquellos que no han perdido nada, para aquellos que siguen teniendo sus hijos. Pero no para nosotros. Para Edu y para mí no sigue nada: solo iniciamos otra vida. Porque aquella sin Maria ya no puede continuar. Iniciamos una vida nueva, sin Maria, pero con ella en todo momento. Una vida en la que probablemente nos lanzaremos a buscarle una hermanita (sabemos que ahora este nuevo ser está con ella, Maria le está explicando cómo son los papis y le da algunos consejos). Y nosotros estamos tranquilos porque sabemos que ella nos ayuda. Cuando murió me llegó el mensaje de que seríamos padres en verano... quién sabe.

Voy hacia el trabajo y la siento conmigo. Tengo miedo y me siento vulnerable. Pero recuerdo la valentía y el coraje con el que ella se enfrentaba cada día a la dureza del tratamiento. Solo necesitaba que le cogiéramos la mano. Se dejaba hacer, siempre y cuando estuviésemos allí con ella, acariciándola. Y yo haré lo mismo. Me enfrentaré a lo que me da miedo con su valentía. Porque ella y todos los que me aman están en todo momento conmigo, cogiéndome de la mano y sonriéndome, diciéndome que pase lo que pase están allí.

Si hay algún momento que desfallezco con un simple *WhatsApp* ya tengo a mis seres queridos allí. A las chicas de Sociología en grupo esperándome en el bar de Letras, a Edu

esperándome en el módulo que hay delante de la *Escoleta*⁴⁵ y a las compañeras de despacho listas para ir a tomar un café furtivo en el bar.

Maria..., cuántos momentos maravillosos me has hecho pasar. Y cuántas cosas me has enseñado. Resulta que debía ser yo quien te enseñara a ti, pero has sido tú mi maestra. Ya desde que naciste supe que eras un alma grande, mucho más grande que yo. Tú siempre sabías qué debías hacer, y cuándo hacerlo. Y te has ido cuando lo tenías que hacer. Y te quiero especialmente por haberme escogido para acompañarte en este camino.

Tú me has enseñado, entre muchas otras cosas, a ser consciente de la finitud de la vida. Pero no en un sentido negativo sino totalmente positivo. Tenemos que ser conscientes de que nos vamos, pero no para tener miedo, sino para disfrutar de manera intensa de cada momento. El futuro no existe: solo hay el aquí y el ahora. Y se tiene que vivir cada instante haciendo lo mejor en cada momento.

Como decía Elizabeth Kübler-Ross, uno muere como ha vivido. Por eso vale la pena cuidarnos mucho, para disfrutar de la mejor manera y en el mejor de los estados en cada momento. Y lo más importante es amar, en cuerpo y alma, con entrega total. Porque cuando nos llegue el momento de irse y miremos atrás,

⁴⁵ Es el sobrenombre por el que se conoce la Escuela que se encuentra dentro del Campus de la Universidad Autónoma de Barcelona.

tengamos la tranquilidad de haber hecho lo mejor en cada momento.

Yo, antes, cuando me hacían cualquier propuesta de salir me lo pensaba mucho... «¿Me apetece? ¿Estoy motivada? ¿Me conviene?» Ahora estoy mucho más abierta. Primero porque la mayoría de las propuestas me vienen de la mano de gente a quien quiero y que me quiere, y sé que a través de ellos me habla Maria. Aunque no lo vea, seguro que detrás de la propuesta se esconde algo bonito, único y especial. Y porque solo existe el aquí y el ahora. Cada interacción amorosa me llena el alma, me da luz y al mismo tiempo paz y me ayuda a tejer mi camino. Si hay días que digo que no, perdonadme..., es que todavía me siento muy cansada. Cansada de tanto luchar contra la pena —con la que batallamos cada minuto del día, incluso cuando soñamos—. Cansada de echarla tanto de menos. Cansada de intentar, sin aliento, buscar un nuevo sentido a la vida. Cansada de llorar.

También he aprendido a no perder el tiempo con lo que no vale la pena. Así que a todo aquel que no se acerque a mí con estima y respeto, ni lo miro. La vida es demasiado corta y hay demasiadas cosas bonitas a hacer para perder el tiempo. No penséis que es fácil. Yo también tengo mucho apego al mal rollo... Pero solo depende de mí cambiarlo, ¿no? Pues manos a la obra.

Y se tiene que relativizar, perdemos mucho tiempo (que no vuelve, y que nos ensucia el alma y nos despista de lo que es verdaderamente importante) en cosas que no valen la pena. Como en quejarnos por todo, como caer en la pereza. Solo importa amar y ser amado, con entrega. El resto es poco importante. El tiempo perdido ya no vuelve.

También es muy importante salir de uno mismo para ver a los demás. Vivimos demasiado ligados a nuestro ego, a nosotros mismos, y nos cuesta mucho ver a los demás (y aún más ponernos en su lugar). ¿Cómo podemos amar de forma incondicional y con entrega si solo nos vemos a nosotros? Abramos la cabeza y el corazón, para ver al otro. Solo así creceremos y nos haremos grandes.

Y no tengamos miedo a morir... La muerte es una parte intrínseca de la vida. Todos moriremos algún día, y debemos hacerlo con la mayor de las dignidades y la más grande de las valentías. María encaró la muerte sin nervios, con coraje. Mirándonos a los ojos, serena. Y cuando sintió que le cogíamos la mano cerró los ojitos, como si fuera a dormir. Murió en paz porque había vivido intensamente y de manera plena, con amor. Y porque sabía que los que la queríamos estábamos allí con ella, acompañándola. Yo sé que ella estará allí cuando yo vaya, cogiéndome de la mano. Y ella me acompañará allí donde tenga que ir. **LO SÉ TAN CLARO COMO SÉ QUE LA AMO, PARA SIEMPRE.**

LAS PRIMERAS LUCES

Volver a la rutina ha sido difícil, pero nos mantiene distraídos. Las primeras dos semanas nos dejan bastante tranquilos, pero pasados unos días estamos ya plenamente inmersos en las tareas habituales. Yo empiezo con la organización de un Congreso que hacemos anualmente los miembros del Departamento, que me mantendrá muy entretenida unas cuantas semanas. Después nos vamos con los compañeros a un Simposio en Canarias. Me alojo con mi compañera Sandra, que es majísima, y lloro un montón con ella. Su fortaleza me permite llorar todo lo que necesito, sin remordimientos. Y la verdad es que eso me ayuda mucho. Es una compañera entrañable y divertida, con quien puedo hablar de todo. Siento que es una compañera de vida, que espero tener siempre conmigo.

Después llega Semana Santa y, de manera totalmente improvisada, nos vamos unos días a la Toscana, a la casa que Sandra tiene en un pueblo precioso que se llama Lustignano. Vamos en coche para tener la libertad de recorrer la Toscana a nuestro aire. Sandra nos acompaña, pero ella se quedará en casa de sus padres en Poggibonsi. Una vez allí conocemos a su familia, típicamente italiana, como ella, y extremadamente entrañables. A nivel verbal no nos entendemos demasiado ya que tenemos la barrera del idioma, pero nos entendemos perfectamente. Sus padres lloran con nosotros, y nos cogen la mano, fuerte.

Qué días más bonitos los pasados allí, en aquellas maravillosas tierras. Sandra es una anfitriona excelente. Los pocos días que ha estado allí con nosotros nos ha presentado a todo el pueblo, y nos cuidan y nos miman de una manera... Nos hacen sentir como en casa. Su generosidad y estima hacia nosotros es enorme.

Pasamos los días arriba y abajo con el coche, vamos varias veces a San Gimignano, ¡qué pueblo más mágico! Comemos helado mientras vemos cómo cae la noche sobre sus innumerables torres. Y compramos un vino especial Chianti para cuando tengamos a nuestra pequeña. Visitamos Volterra, Siena, Florencia, y un sinnúmero de pueblos pequeños. Son días de llorar mucho. Han sido unas semanas intensas desde que volvimos al trabajo y la contención no nos había dejado llorar. Pero hay que vaciar... Y Italia nos da esta oportunidad.

Arrancar la tesis será lo que más costará. Pero tenemos que ponernos a ello. Montserrat me dice que no tenga prisa, que me queda todavía mucho tiempo de beca. Pero yo necesito ponerme a fondo porque hemos puesto en marcha otros proyectos, como el de ser padres, que, si van adelante, en unos meses requerirán de todo nuestro tiempo y esfuerzo. Así que no hay tiempo que perder. Contacto de nuevo con la maestra con la que había estado trabajando en la segunda fase de mi trabajo de campo, Maite. Es una maestra fantástica, y una persona excelente, y enseguida me da el empuje que necesito. Preparamos juntas —Maite, Montserrat y yo— los instrumentos de recogida de datos y vuelvo a la escuela. Maite me enciende el corazón, le gusta tanto su trabajo y ves que lo disfruta con tanta intensidad que es imposible no entusiasmarse con ella. Y a mí me encanta pisar de nuevo la escuela. En un primer momento entro con el corazón encogido, porque es la escuela donde hubiese ido María el año que viene,

pero hay que sobreponerse. «Montse, adelante», me digo el primer día que voy. El resto de los maestros me acogen con mucho respeto y estima, y los niños te hacen olvidar el dolor y la pena. ¡Pero en ellos no puedo dejar de ver a Maria! «Así sería dentro de unos pocos años», pienso a menudo. Pero la alegría de los niños no deja espacio para la pena. Y de esta manera es como consigo, contra todo pronóstico, recoger todos los datos que me faltan para terminar la tesis. Maria está aquí detrás, lo tengo claro.

Desde que empezamos a ver un poco de luz tenemos varias *misiones* en marcha, la primera y más importante es volver a ser padres. Antes de que Maria se pusiera enferma teníamos claro que con ella teníamos suficiente. Nos hacía tan felices y nos llenaba tanto que no nos planteábamos tener ninguno más, de hijo. Y ella tampoco lo hubiera consentido (ella, ¡que era la reina indiscutible de la casa!). Pero desde que se marchó que sentimos que tenemos que volver a vivir esta experiencia. En primer lugar, por ella, porque era su deseo; en segundo lugar, porque nosotros somos padres, aunque nuestra hija ya no esté en cuerpo presente. Os parecerá extraño, pero para nosotros el sentimiento de cuidarla y protegerla es el mismo que cuando estaba viva. Aparte de que ella va siempre conmigo. Haga lo que haga la siento a mi lado, ¡y me habla, muchísimo! Y siempre me dice lo mismo: «Mami, estoy bien; y Mami, continúa así, luchando, adelante». Así que nos decimos esto, ¡adelante!

En el mes de enero visitamos al ginecólogo, para comunicarle que queremos volver a ser padres y para que me haga una revisión, para comprobar que esté físicamente bien. Unos meses después de nacer Maria me tuvieron que hacer una operación de suelo pélvico muy dolorosa, y al cabo de un año un retoque más, y tengo miedo de que algo no esté en su sitio. Le explicamos lo

ocurrido con Maria y se queda bastante tocado ya que, aunque no fue el médico que la trajo al mundo, las últimas visitas en las que ella me acompañaba, las he hecho siempre con él. El doctor tiene una nieta de la misma edad y conecta mucho con la niña. Su reacción es del todo inesperada... Él, que normalmente es un hombre dulce y amable, se vuelve serio y frío. Y me trata un poquito como si estuviera desequilibrada... Hombre, muy bien no estoy, pero mi conducta ante el mundo exterior es impecable (cualquiera que me conozca lo podrá confirmar). Lloro mucho, sí, pero lo hago siempre en mi intimidad, para no incomodar a nadie. Y procuro siempre estar bien, de cara a la galería, para que nadie se preocupe por mí (y mi esfuerzo me cuesta). Así que su reacción me parece del todo inadecuada e injustificada (y teniendo en cuenta el dolor que siempre va con nosotros, muy poco humana). Tras visitarme, y mientras me estoy vistiendo, coge a Edu por banda y le pregunta si estoy muy eufórica con esto de tener un hijo. Edu, extrañado, le responde que estoy normal. Cuando salimos de la consulta y Edu me lo cuenta me dan unas ganas de estrangularlo... se debe pensar que soy una de esas locas que quiere tener un hijo a toda costa. Como si tuviera que sustituir a Maria o algo parecido. Tampoco ha sido muy amable cuando le hemos comunicado, de manera totalmente accidental, que dimos el cordón umbilical de Maria al banco de células madre. Nos dice todo alarmado que llamemos rápidamente para que lo retiren ya que, aunque aún no esté investigado, al haber tenido leucemia la niña podría no ser bueno. Lo hace de una manera tan torpe... ¡Madre mía, cuánto dolor sentimos en ese momento! Un acto de donación que hicimos con tanto amor, pensando que podría ayudar a otro ser a vivir, y ahora nos dice que esta donación no es buena. De lo poco que queda del cuerpo de mi hija, que dimos con tanto sentido y altruismo, y ahora nos dice que es un deshecho

del que hay que deshacerse (no con estas palabras, pero sí es lo que dio a entender). Una visita para olvidar.

Ya os podréis imaginar cuantos días llorando nos pasamos después, como si no tuviésemos bastante dolor ya. Cuando le comentamos a J. lo sucedido nos dice que el colectivo médico es de los menos preparados para asumir el tema de la muerte. Para ellos es como un fracaso personal, y cuando se tienen que enfrentar a menudo cogen esta actitud inhumana y distante, como si no fuera con ellos. Pensamos que probablemente es lo que le ha pasado a mi ginecólogo, y decidimos darle una segunda oportunidad. En el pasado demostró ser muy buen médico y pensamos que hay que ver qué pasa en la segunda visita, una vez tenga los resultados de los análisis y la citología. Aunque yo voy de lo más fría y distante, él vuelve a ser el de siempre. Y me anima mucho, cuando le digo que estoy preocupada por mi edad (ya que estoy a punto de cumplir 40), y me insiste en que no me preocupe, que me quedará embarazada muy rápido.

Aparte de este triste episodio, nos ponemos manos a la obra. Pero van pasando los meses y el embarazo no llega... «Vaya, a ver si ya no valgo», pienso a menudo. Intento no obsesionarme porque sé que la presión no ayuda. Pero debo tener en cuenta la posibilidad de no ser ya fértil. He leído algún artículo que habla de este concepto (nuevo para mí) de *la infertilidad secundaria*, que es la imposibilidad de volver a quedarse embarazada una vez ya se ha concebido. Un estudio internacional de la Organización Mundial de la Salud dice que este tipo de infertilidad afecta al 10,5% de las mujeres y, en el caso de España, una de cada diez mujeres tiene muchas dificultades para concebir un segundo hijo. Y enseguida pienso: «¿seré yo una de esas?». Qué rabia haber leído este artículo ya que ahora estoy un poco preocupada con

esto. Pero es raro porque cuando murió Maria sentí muy profundamente que en verano volveríamos a ser padres. Fue uno de esos mensajes claros y contundentes que me envió Maria justo después de morir, mientras ella estaba tumbadita en la cama y yo la abrazaba y la acunaba (los otros mensajes fueron que teníamos que hacer la autopsia, que no quería velatorio en el tanatorio y que quería que la incinerasen, para poder volar libre por el universo, y no quedar enterrada bajo tierra). También me he soñado muchas veces siendo ya mayor, tumbada en una cama, y una chica joven, enérgica y con fuerte carácter diciéndome «Vamos mami, ¡espabila!», mientras yo me voy quejando que ya soy mayor y que no valgo para nada... Siempre había pensado que esta chica sería Maria, pero habiendo muerto, ¿quién es la chica de mis visiones? Seguro que era otra hija mía que estaba por venir.

Edu me lo recuerda a menudo, y me dice «¿Que no confías en Maria? Ella te dijo que en verano volveríamos a ser padres...» «¡Por supuesto que sí!». Le respondo. Así pues, dejemos pasar los meses. Siento mucho sufrimiento dentro de mí, y mucha angustia todavía. Me sigue pasando, cuando la emoción se desborda, que se me corta la respiración, y aquella opresión en el pecho... Tendremos que estar activos con el tema, pero tenemos muchas otras *misiones* que cumplir todavía.

La segunda y muy importante para mí es recibir la autopsia de Maria y hablar con su doctor. El equipo médico que la trató hizo un gran trabajo, pero la última semana se les escaparon cosas que a mí me parecen importantes. Y necesitamos también saber qué fue exactamente lo que le provocó la muerte. No se trata de buscar culpables, pero sí que siento muy profundamente que le tengo que explicar lo que fue bien y lo que no tanto para que ningún niño o

niña muera sin dignidad, como muy bien hubiese podido pasar cuando murió María si Edu y yo no hubiésemos estado al pie del cañón (aunque no sé cómo lo hicimos...). El médico —el Dr. A.— que es una gran persona, accede a venir a casa a vernos, pero por motivos x la visita no acaba nunca de llegar: que si está en un congreso, que si estoy yo en un congreso, que si está enfermo... Finalmente la visita se concreta el viernes 1 de abril, de 10 a 13h. Cuando llega el Dr. A. a casa me salta el corazón... Qué duro volver a verle. Mira que es un hombre que me gusta (es tan amable, tan bueno con los niños...), pero no dejo de pensar que el último día que lo vi fue cuando murió María y buf... Pero estoy fuerte, y tengo claro lo que le quiero decir. La llama de la lucha y la transformación está bien encendida dentro de mí. Ha llegado con J., que ha sido la intermediaria y que ha hecho posible este encuentro (una de las mil otras cosas que nunca le podré agradecer lo suficiente).

Nos sentamos con un té en la mano y él empieza a hablar. Justamente le acaba de llegar la autopsia y nos la explica, con mucho detalle. Nos dice que la quimioterapia provocó complicaciones afectando el hígado y los riñones. Y estas afectaciones, en cuestión de horas, provocaron un derrame cerebral, que terminó en parada cardiorrespiratoria. El día antes de morir los análisis habían salido bien y nada indicaba que estaba pasando esto. El médico no se lo acaba de explicar, aunque nos dice que este protocolo que se está aplicando ahora ya ha provocado daños en el hígado a otros niños y que habrá que estudiarlo a fondo. En la próxima revisión del protocolo que se llevará a cabo en el mes de mayo él expondrá el caso de María y otros niños, para que se hagan las rectificaciones necesarias. Siento como se rompe un poquito más mi corazón, he visto agonizar a mi hija, la he visto sucumbir con el dolor y la he visto

morir, pero sigo sin estar preparada para oír estas palabras. Llora profundamente, por dentro, mientras trato de aguantar el tipo. Edu me sostiene la mano con fuerza y me acaricia con su mirada, diciéndome *estoy aquí, contigo...*

La actitud del Dr. A. es admirable. Nos dice que a pesar de que hicieron lo que había que hacer a ojos de las pruebas (que ha repasado mil veces), que tenemos todo el derecho y libertad de emprender acciones legales ya que él es el último responsable. Edu y yo tenemos claro que él no es el responsable de la muerte de Maria, pero sus palabras le honran. Ella tenía que irse y le eligió a él. Él no lo sabe, pero yo sí lo tengo claro. Nos confiesa que a raíz de la muerte de Maria a varios de sus pacientes, al mínimo síntoma, se los han llevado a la UCI. Sé que desde que ella murió todos los equipos médicos que la habían tratado han sufrido el mismo síndrome (su pediatra nos había confesado hacía poco que desde que le habían detectado, por insistencia mía, la leucemia, ya había pedido una treintena de análisis...). El Dr. A. continúa diciéndonos que no puede asegurar que si la hubieran llevado unas horas antes a la UCI hubiera sobrevivido, ya que tenía un fallo sistémico, pero que al menos lo hubiera podido intentar... Ya es igual: nada nos devuelve a Maria. Yo le agradezco la sinceridad y la honestidad, pero le dejo claro que el motivo del encuentro y nuestra misión no es encontrar culpables, que sabemos que no los hay. La intención es transformar las dificultades en posibilidades.

Inicio mi exposición. Le explicamos con mucho detalle todo lo que él y su equipo hicieron bien —que fueron muchas cosas—. Y también todo lo que pensamos que no fue bien, como que no prestaran suficiente atención al hecho de que un día antes la niña se quejaba de mucho dolor de cabeza y dolor de barriga, el caos

del equipo médico y las enfermeras justo antes de que ella muriera, la desatención que este caos provocó en Edu y en mí, que agonizábamos en ese momento junto a ella... Nosotros, aun con la adversidad del momento, estuvimos allí a su lado, acariciándola, cogiéndole su pequeña mano. Ella murió tranquila, porque su papi y su mami estaban allí con ella, mirándola a los ojos, acariciándola. Murió viendo nuestras caras. Y eso es lo que cuenta. Pero otros padres que no estén tan unidos, que no sean tan queridos como lo somos nosotros, tal vez sucumban y a raíz de esta mala organización sus pequeños mueren solos o sin el amor que este momento requiere. Y eso sí que no. La muerte es, junto con el nacimiento, probablemente el momento más importante de nuestra vida. Y hay que vivirlo con la mayor de las dignidades. Y da igual que tengas uno, dos y medio, diez o cien años... Todos merecemos la misma oportunidad de irnos de la mejor manera: con calma y serenidad, con amor y junto a los que más queremos. Nosotros pudimos darle esto a la pequeña, y esta paz nos acompañará siempre. La tranquilidad de saber que lo dimos todo en todos y cada uno de los momentos que ella vivió.

El doctor escucha, atento, conteniendo la respiración, ya que todo lo que le cuento es de una gran profundidad y trascendencia, y él sabe cómo es de importante. Nos dice que hablará con su equipo, analizarán la situación y se pondrá manos a la obra para aplicar todo lo que le hemos dicho que es importante de cara a los enfermos y las familias. Sé que es cierto lo que dice, ya que veo cómo la llama de la transformación brilla en sus ojos. Y cuando nos despedimos, y siento la fuerza de su abrazo y la forma en que nos mira —con pasión, estima y fuerza—, sé que algo se ha puesto en marcha. «F., me siento todavía débil, pero cuenta conmigo para lo que necesites» le digo. «Yo voy a donde sea y hablo con quién sea». Él me responde: «Cuento contigo. Haremos

grandes cosas juntos, ya verás». Y me abraza con fuerza, y me sostiene la mirada. Este encuentro sin duda no lo olvidaremos nunca ninguno de los que estábamos allí. Maria ha sido un motor de transformación increíble. Su muerte no será en vano. Todo lo que ha dejado a su paso ha sido luz, fuerza, transformación positiva. Incluso su muerte. Este es su legado.

Aquel encuentro hizo que completásemos un tercer gran reto para nosotros, como fue volver a pisar el Hospital. Un muro invisible nos detenía cada vez que paseábamos por Sant Jeroni y veíamos el edificio donde murió Maria. Pero aquel encuentro fue el revulsivo para conseguir llegar caminando, justo seis días después, hasta la misma puerta del Hospital. ¡Iban cayendo muros, visibles e invisibles...! Y un mes después volvimos para donar sangre. Yo, que suelo tener problemas de presión baja, especialmente cuando me sacan sangre, sabía que sería duro, pero ¡qué demonios! ¡Maria era tan valiente con las agujas que yo no podía ser menos! Aquel día fue muy especial, ya que todas las chicas del Banco de sangre del hospital X nos conocían. Subían a menudo a ponerle sangre a Maria y estaban enamoradas de ella (como todo el mundo). Y se acordaban vivamente de Edu y de mí. Suena extraño, pero fue bonito reencontrarse con aquella gente desconocida que tanto había amado y cuidado a la pequeña.

Nos queda otro gran paso a dar, y es dejar ir los restos de Maria en el universo. Alrededor de Semana Santa es cuando poco a poco voy sintiendo que la tengo que liberar. Tener sus cenizas en casa es un hecho que me consoló muchísimo durante los primeros meses. Puedo recordar vivamente la desesperación que sentí cuando ella murió y sus restos no estaban conmigo. Y el bálsamo que supuso cuando pudimos recoger sus cenizas y llevarlas a casa con nosotros. De nuevo los tres, en casa. Pero poco a poco

empieza a dolerme verla allí, en una urna (preciosa, pequeñita, de cerámica blanca, pero al fin y al cabo un recipiente, que no la deja volar). La tenemos sobre la mesa del comedor, donde tantos ratos pasábamos juntos, comiendo, jugando, riendo. Encima del corazón que hay dibujado en el mantel que la cubre. Anna ya nos lo dijo que teníamos que soltarla, pero cuando nos sintiéramos preparados. Lo empezamos a hablar con Edu, y vamos pensando cómo lo queremos hacer.

Aun hace frío, y la primavera no acaba de mostrarse. Y en este contexto no la queremos dejar. Queremos que sea cuando haga ya buen tiempo, cuando la primavera estalle en colores y luces, cuando ya no haga frío. Y queremos que sea en un lugar muy especial. Como este era el contexto cuando ella nació (el 11 de junio), decidimos que será entonces cuando la dejaremos. Y lo haremos en sus sitios preferidos: en la playa de Empúries y en Sant Maurici. Lo vamos planificando y sobre todo lo vamos trabajando Edu y yo juntos. Compartiendo las angustias, los anhelos, proyectando y construyendo, como hacemos siempre. Es una gran decisión, y hay que estar muy seguros. Sin embargo, nunca se está suficientemente preparado, nunca parece ser el momento adecuado. Es la única parte material que te queda de tu ser querido, la única, y sientes que te mueres cuando piensas que ya no te queda nada físico, nada. Y no puedes... Pero lo encaramos una vez más como un acto de amor. Las decisiones difíciles deben tomarse así siempre, pensando en el otro, con todo el amor posible. Y es así como nos sobreponemos al egoísmo de padres y pensamos en lo que creemos que es mejor para ella, y es que vuela, no solo en el mundo espiritual como ya lo hace sino también en el físico.

Como muchos de nuestros amigos y familiares están pendientes de la decisión tomada y sufren, compartimos, justo cuando lo hacemos, este relato con ellos:

Queríamos compartir con vosotros uno de los momentos más bonitos y duros que hemos vivido desde que Maria se marchó. Sabemos que veláis por nosotros y que nos tenéis siempre en vuestros pensamientos y en vuestro corazón. Habéis sido aquellos que nos habéis acompañado en todos y cada uno de los momentos vividos estos últimos meses así que hemos pensado que queríamos compartir la intensidad de estos días, la emoción, los sentimientos...

Como ya sabéis, estos días hemos ido a dejar las cenizas de la pequeña. No nos fuimos solos... todos nos acompañabais. El miércoles se despidió de los yayos y de los abuelos, y también de algunos tíos. También de su casa, de sus muñecos, de su habitación. De sus rincones favoritos de la casa, de la calle y del barrio. Y el jueves cogimos el coche, que tanto le gustaba, y enfilamos hacia Empúries. La veíamos durmiendo en su sillita en el asiento de atrás, mientras hacíamos camino. A finales de agosto soñaba que volvíamos, y no estuvimos a tiempo. Pero un sueño es un sueño, así que fuimos a Empúries y ahora ya vuela por encima del mar, con las gaviotas, entre las rocas y con la arena de la playa. Al ser mágica seguro que juega con los niños y niñas romanos y griegos que vivían en la antigua ciudad, y juntos corren dentro del agua, en aquella playita preciosa que hay delante de las ruinas, que cubre solo hasta las rodillas. Edu y yo la esperamos en la arena, y grita, riendo, «¡Mami mira!» mientras me enseña un puñado de tierra que sostiene entre las manos. La brisa le mueve las trenzas, y nos acaricia la cara. Y nos dice que ella está bien, y que es feliz. Pero hay más lugares mágicos que visitar así que emprendemos el viaje hacia la Vall d'Aran. Pasamos por los túneles que tanto la hacían reír (cuando empezábamos la cuenta atrás antes de entrar y cuando gritábamos «túneeeeeeeel», una vez ya dentro) y llegamos a Vielha. Subimos hacia Gausac y entramos en nuestro apartamento. La vemos

cómo se tira al suelo, como cuando llegábamos, poniendo esa cara de ilusión extrema de cuando llegas a un lugar muy deseado. El apartamento está en silencio y un poco apagado, pero si nos esforzamos la vemos en cada rincón. Lloramos, reímos... El corazón se rompe un poquito más y poco a poco vamos apilando las piezas, haciendo una montañita. Vamos recibiendo vuestros mensajes, que nos ayudan a poner las piezas en orden. Con el tiempo, quien sabe, iremos pegándolas y quizás queda medianamente bien.

Viernes, nos vamos a Sant Maurici. Continuamos llorando... viendo los caballos del Port de la Bonaigua⁴⁶, sintiendo la urna entre mis manos, en mi falda. Le voy enseñando el camino. Y ella lo ve a través de mis ojos. «¡Mira, mi vida, el prado está lleno de flores, amarillas, lilas!... ¡Mira los pájaros, mira el agua como cae de la montaña! Papi dice que todos los elementos han venido para verte pasar, y al mismo tiempo, para abrirte sus brazos y recibirte con un fuerte abrazo».

Llegamos al parque, y sentimos la ola de energía del paraje. Ya sabemos que es un lugar energéticamente muy potente, tanto, que cuando llegas, sientes que puedes subir hasta la cima y más allá. Pero hoy no subiremos hasta la cima, hoy nos vamos a quedar en el prado. El sol brilla intensamente entre las nubes, y sentimos el zumbido de las abejas y el canto de los pájaros. «No es un urogallo, Maria, son los gorriones, y las golondrinas, y los mirlos y los cuervos. ¡Mira! Aquel rincón del cauce donde tu papi te levantaba para que pusieras las manos dentro del agua. Mientras tú reías y reías, y pedías meterte toda dentro. «¡No, que el agua está muy fría!» te decía mami. Al pie del camino hay las dos

⁴⁶ Puerto de la Bonaigua. Puerto de montaña con un paso de 2072 metros situado en el corazón de los Pirineos y que separa el Pallars Sobirà del Valle de Arán.

pedras grandes donde la mami y el papi escribían en su libreta de los sueños, mientras tú jugabas con los palos de caminar. «Mami, mira» decías mientras caminabas con ellos. Y yo te miraba y te sonreía. Qué orgullo... mírala, con sus botas y su mochila. Tan pequeña y ya ama la montaña como sus papis. Lo veo en el brillo de sus ojos, en como ríe. El sol sobre sus ricitos castaños, las mejillas encendidas. Ahora vuelas por encima del río, y ya tocas el agua con todo el cuerpo. Vuelas por el prado, entre los árboles, las flores, los pájaros. Hoy todos los elementos han venido a recibirte: el viento, el sol, las nubes, la lluvia... incluso la nieve que está todavía en la montaña. Los rayos y los truenos también han querido venir y nosotros entendemos que ya te quedas con ellos y que tenemos que volver. Pero no te preocupes: el papi y la mami están contigo, somos los dos árboles que hay al pie del cauce del río. Estarán siempre allí, haciéndote compañía. Como hemos hecho siempre, mucho antes incluso de que llegaras. Juega, vuela, ríe, y cuando te gires, allí estaremos. Como antes, como siempre.

Hoy haces tres años, y vamos a Santa Maria de Taüll. Cantamos la canción que te enseñó mami, la canción que cantaba ella cuando era pequeña en la escuela: «Santa Maria, mare de Déu...» ¿Lo recuerdas? Hacemos el *Camino de la Santeta* y subimos un poquito más arriba. Y esperamos a que llegue la hora en que naciste: las 12:34. Las nubes amenazan, pero el sol también quiere estar.

¡Cómo brillan los verdes de las hojas, el lila y el amarillo de las flores! Bajamos a ponerle una vela a la Virgen. Y le pedimos que vele por tí. Ella es madre, y como yo, ha perdido un hijo. Así que seguro que me entiende. Le pedimos también que la pena vaya disminuyendo. La pena, que todo lo puede, que arrasa, que detiene el latido. La pena que me aprieta el pecho, que no me deja respirar. Salimos de la iglesia y sentimos que vamos a avanzar. Basta de pensar qué estarás haciendo en cada momento. Aquella vida ya no existe: ahora hay otra. Una que llenaremos con nuevos sueños, con nuevas energías. Montse, deja ya el ego terrenal...

No todas las madres tienen sus hijos en cuerpo presente. No todas los pueden ver y tocar, llevarlos a la escuela, cuidarlos. No todos irán al festival, no todos crecerán... Deja de aferrarte a lo terrenal, trasciéndelo. El amor es mucho más, va más allá. Incluso va más allá de la vida y de la muerte. El amor se ve y se toca, pero también se siente, y no por ello es menos real. Y el cuerpo es materia, pero también espíritu. Tu niña era cuerpo, pero era también una conciencia, grande, muy grande y pura, que necesitó hacer su camino y que necesitó marchar para continuarlo haciendo. Acéptalo con una sonrisa, con la alegría de haber sido la escogida para recibirla. Siente esta nueva vida que empezamos cuando ella se fue, pero en la que tú, María, nos acompañas en cada momento. Ahora somos tres, ¡y la energía se multiplica! Pero no, no solo somos tres... son muchos los amigos y amigas que están SIEMPRE con nosotros. Los vemos, los sentimos. Y cuando no, los sentimos de otra manera. Estamos para siempre conectados en el éter (plano astral superior al terrenal, donde convergen todas las energías), y también en el mundo terrenal. Así que con toda esta energía celebramos hoy el cumpleaños de María. Lloramos, reímos, y miramos el futuro. Con ilusión, viendo vuestras sonrisas, las de María y las de aquellos que como ella ya no están.

Os queremos, SIEMPRE, en el plano terrenal y en el astral, estemos en la ciudad o en la cima de la montaña. Y gracias por estar siempre aquí, cogiéndonos de la mano.

Montse y Edu

DOLÇA...

El mes de junio es siempre un mes muy intenso. Tras el cumpleaños de Maria viene el mío, y desde que nació lo hemos celebrado juntas. Sabíamos que mi cuarenta cumpleaños sería especialmente duro, así que unos meses atrás buscamos una excusa para irnos aquellos días y nos inscribimos a un Congreso de investigación de nuestro ámbito que se celebraba en Madrid. El día que cumpla 40 años nos vamos con el AVE hacia la capital, y de camino Edu me muestra un vídeo que ha montado con las felicitaciones que me envían los amigos y amigas más especiales. Ostras, cómo lloro... la gente en el tren me mira extrañada pero ya estoy acostumbrada. No pasa nada. Cuando las emociones te desbordan no las puedes contener, porque el corazón te explota. Lo he aprendido este último año. Este junio, con tantas emociones, ha vuelto el dolor en el pecho. Me han hecho pruebas para descartar ninguna cardiopatía y parece ser que es el estrés. Este dolor me acompañará para siempre. Cuando me emociono el pecho se estrecha, y me cuesta respirar. De ahí la necesidad de ir soltando.

Llegamos a Madrid y vamos a desayunar a aquella pastelería mítica llamada «La Mallorquina» en la Plaza del Sol que nos han recomendado. Hacemos el trabajo que toca: vamos al Congreso y presentamos nuestra comunicación. Y aprovechamos también para escaparnos y disfrutamos paseando por Madrid: vamos a ver la exposición del «Bosco» en el Prado, visitamos el Palacio Real, recorremos el casco antiguo, la Plaza Mayor, comemos churros

con chocolate... Y el último día nos perdemos por el Parque del Retiro.

Qué días más bonitos, más intensos... Ayudan a terminar el mes de junio. Pero siento todavía mucha opresión en el pecho, estoy muy angustiada. Me está costando canalizar tanta emoción. Y siento como un impulso irracional de irme. Necesito paz, calma, distancia. Necesito estar en la montaña, conectar. Siento que, si no, voy a enfermar, que estoy a tope. Y casi exijo a los compañeros de Departamento que me den permiso para trabajar a distancia. Siento que es una cuestión de supervivencia. Poco después entenderé qué es lo que me está realmente pasando.

Principio de julio. Cerramos las tareas más urgentes de trabajo y nos vamos a Gausac. Hemos tenido la suerte de poder alquilar nuestro apartamento para todo el verano. Llegamos y... oxígeno. Paz. Y, ostras, me tenía que venir la regla y no tengo ninguna señal. Llevo conmigo el *Predictor* que me compré hace unos meses y que todavía no había podido utilizar y la primera mañana que nos levantamos en Gausac lo sabemos: estoy embarazada. Edu llora, yo siento miedo... Y mucha contención. Guardamos el secreto ya que son muchas las cosas que pueden ir mal. Y me pregunto cómo puede ser que me haya quedado embarazada con toda la angustia que he sentido este último mes. Un milagro, sin duda. Entonces recuerdo los mensajes que Dolça le daba a Edu unos meses antes, cuando iba a hacer sus clases de tarot: «Solo vendré a través de un acto de amor profundo y sincero. Solo vendré si estás bien...» Así me lo iba transmitiendo Edu mes tras mes. Por eso era tan importante trascender el propio yo y soltar a Maria, liberarla, con amor. Y es por eso por lo que Dolça decidió venir.

Siempre tuvimos claro que sería una niña, Dolça. Yo ya las había visto juntas las pasadas Navidades en Sant Maurici. La gente que nos conoce bien nunca lo dudó. Desde el primer instante y mucho antes ya hablábamos de ella. «Mira que como sea un niño...» me decía el avi Jordi. «No, es una niña, es Dolça», le respondía yo.

Y Dolça vino acompañada de muchas náuseas. Cada niño es un mundo, y cada embarazo también. Con Maria me encontré perfectamente y con Dolça tuve unos cuatro primeros meses bastante malos. Por suerte estábamos ya en la montaña, avanzando en la tesis, pero tranquilos. Yo teniendo que parar algunos ratos para combatir las ganas de vomitar, sin poder entrar a ciertos supermercados porque cuando sentía ciertos olores el estómago se me ponía en la boca. Sin poder hacer grandes caminatas, pero ilusionada. Y atemorizada...

Con este embarazo fuimos muy prudentes. Solo lo anunciamos cuando ya habían pasado los cuatro primeros meses y las pruebas médicas nos decían que la niña estaba bien. A los abuelos y los amigos más íntimos se lo dijimos un poquito antes. Las reacciones nuestras y las de alrededor, variadas. Por nuestra parte de ilusión, pero también contención. Y por parte de la gente de alrededor, de prudencia, con ilusión, pero también con miedo. Miedo por nosotros, porque Edu y yo ya nunca más seremos normales y no saben cómo podemos reaccionar si la cosa va mal. Estamos tocados, y aunque nos sintamos muy fuertes, sabemos que un nuevo golpe duro sería quizás demasiado duro, podría hacernos caer. Lo que la gente no sabe es que la caída fuerte es la que no te ves venir, seguramente la primera; y Maria nos ha puesto para siempre alerta, nos ha hecho fuertes.

El embarazo va siguiendo su curso, y a partir del quinto mes ya me encuentro mejor. Vigilando mucho mi espalda que siempre me duele, y procurando cuidarme mucho. Y sintiendo intensamente a Dolça, que es muy movida. Sensaciones al mismo tiempo extrañas, de *deja vu...* con Maria muy presente. Con mucha pena, dolor, y, a la vez, esperanza. Con muchos recuerdos, con muchas lágrimas, pero al mismo tiempo con ilusión. Y luchando para ser justos con la pequeña que viene y que no tiene ninguna culpa. Se merece los mejores papis del mundo, la máxima alegría y entrega, y lucharemos para combatir la pena, ahora más que nunca.

Preparamos su venida, y lo hacemos muy atareados: tenemos ciertas *misiones* en marcha y hay que cerrarlas antes de que ella llegue. La más importante: la defensa de la tesis, trabajo que dedico a muchos, pero especialmente

A mis tres grandes amores, Edu, Maria y Dolça. A ti Edu por todo: apoyo científico, logístico y sobre todo emocional. Por aguantar mis preocupaciones y angustias y por quererme siempre. A ti Maria por ser mi gran maestra de vida. Tu sonrisa me acompaña siempre allí donde voy. Y a mi pequeña Dolça, luz de futuro...

Y con la defensa el cierre de una etapa y el inicio de una nueva. Encaro el reto con la ayuda de mi directora (sobre todo), de Edu y del resto de compañeros y aunque el papeleo no se acaba nunca y temo que me llegue el parto (porque el embarazo está ya muy avanzado y la espalda ya no me sostiene), consigo defenderla tres semanas antes de dar a luz. Con los miembros del Tribunal bromeamos: «Mira que como te pongas a parir en medio de la defensa... ¡Aún saldremos en las noticias!» Pero todos ellos

(especialmente Joan⁴⁷, que es uno de mis grandes maestros y una persona a la que quiero mucho y que tuve el honor de que fuera el presidente de mi tribunal de tesis) me cuidan y me miman, y no se muestran muy duros con sus alegatos. Agradecer mucho a Joan todo el amor y estima con el que bañó el acto. Amor que se extendió al público (donde estaban los familiares más cercanos, los amigos y amigas más especiales y los compañeros del Departamento, que una vez más estaban allí apoyando) y que hizo que un acto que suele ser muy académico y frío se convirtiera en un acto bonito y especial, un recuerdo dulce que me acompañará siempre.

Aquellas últimas semanas mi abuela, la que siempre me cuidó y quiso, la yayona que tantas lecciones me ha dado, que tanto quiero, empieza ya a dejarnos. No lo quiere reconocer, pero tiene miedo, y se aferra a la vida con uñas y dientes. Tiene ya 95 años, y hace años que desafía a la muerte. Tuvo un bajón grande cuando Maria murió, pero luego se reavivó y parecía que nunca nos dejaría. Pero el tiempo no perdona y es implacable, y siempre, siempre llega nuestro momento. Yo ya hace días que le cojo la mano y le digo:

Yaya, no temas. El abuelo, el tío, Maria estarán allí contigo, no estarás sola. Y te encontrarás con tu madre a la que tanto quieres y a la que hace tanto que no ves. Yaya, mamá estará bien, marcha tranquila. Nosotros la cuidaremos.

Y ella siempre me responde: «Tú siempre serás mi niña...»

⁴⁷ Juan en catalán.

Yo estoy tranquila. Aquella tranquilidad inconsciente que nos acompaña a las embarazadas, la que te da el alto nivel de oxitocina que necesitas para encarar lo que viene con la fuerza necesaria. Y es así como llega el día señalado. Viernes 3 de marzo: me levanto, detecto que me ha caído el tapón mucoso y nos vamos *chino chano* hacia el hospital. Voy dilatando con normalidad y como la cosa va bien, me dicen que me quede. Y es así como, con mucha serenidad, de manera armónica y pausada, llega la pequeña Dolça. Un parto muy bien llevado, Edu y yo muy conscientes de todo y también tranquilos. Me la dan, nos miramos, unos ojos grandes y oscuros, sabios, que me dicen que están aquí para poner las cosas en su sitio. Esta es su gran misión: PONER LAS COSAS EN SU SITIO. Nos lo ha ido diciendo a través de su padre, a través de los mensajes que nos da Maria.

El parto ha ido tan bien que yo estoy en perfecto estado desde el primer momento (qué diferencia con el parto de Maria, atropellado, poco sensible con la madre, un parto del que me costó muchísimo recuperarme). Me levanto desde el primer instante, estoy con energía. Qué extraño todo, la gente que no nos conoce se piensa que somos padres «novatos», pero se extrañan de nuestra serenidad y experiencia. No saben que ya hace tiempo que fuimos padres, solo que nuestra hija mayor ya no está en cuerpo presente. Ahora somos una familia *multidimensional*, como dice siempre Edu.

Nos vamos a casa, y lo primero que hago es llevarla a casa de mis padres a que conozca a yayona. Qué alegría le damos. Qué alegría verlas a las dos juntas, abrazos... Será la primera y la última vez que lo harán porque yayona marchará plácidamente nueve días después. Siempre hemos pensado que esperó a morir a conocer a Dolça.

Dolça... ¡Qué parecido (físicamente hablando) y qué diferente (de carácter) a Maria! La vi y sentí que el corazón se me paraba. Cómo se parece a Maria... Solo le cambia el color de los ojos: Maria los tenía de un color gris-verdoso y ella los tiene tan oscuros... Pero la misma cara, cuerpo, cabello. Esta melena negra que admira a todos... Y su encanto. Preciosa, mágica. Edu y yo siempre nos hemos preguntado cómo puede ser que siendo él y yo tan normales hagamos niñas tan preciosas. Ahora la yaya Enriqueta diría que «Porque vosotros sois los dos muy guapos». Yo creo que es amor de madre y de suegra.

Dolça ha sido (y es) un regalo. Un sueño compartido con Maria. Una nueva oportunidad de ejercer de padres, un bálsamo. Pero os engañaría si no os dijera que ha sido duro. El miedo a perderla está vivo. Desde que supimos que venía que nos preguntamos cuándo se irá, hasta cuándo la podremos disfrutar. Porque yo sigo pensando que todos los niños enferman y mueren. Porque temo que un cáncer me la arrebate. Porque tengo el corazón rasgado y la tirita que sostiene la cicatriz, aun sangrienta, puede despegarse en cualquier momento y el corazón se deshará. Sigo llorando, mucho. Y cuando lo hago ella me mira, seria, y con la mirada me dice «Mami, yo estoy aquí. Mami, he venido a ayudarte a salir adelante». Y le digo que lo sé, y que la quiero. Es curioso porque ya no veo al bebé, veo a la conciencia; ya no siento que es mía, siento que yo la acompaño y ella me acompaña en este camino. Y este sentimiento es lo que me da la fuerza para encarar lo que pueda venir: su enfermedad y muerte, mi propia muerte.

Es una conciencia grande, pero es también una niña: ha sido bebé muy poco tiempo. Aquella mirada despierta y resolutiva, adulta. «Esta niña ya viene aprendida», dice siempre la yaya

Neus. Al igual que Maria, siempre ha sabido qué quiere. No necesita hablar, te hace saber en cada momento cómo está y qué quiere. Es resolutiva, inquieta, todo lo quiere conocer y saber. Tiene mucha determinación. Justo ayer, mientras paseábamos por Llafranc, quiso bajar conmigo las innumerables escaleras que enlazan el camino de Ronda con el pueblo. Hay un montón, y ella con las piernas tan cortas... Pero no hubo manera de convencerla de que bajara sobre mí. Con mucha dificultad, pero agarrándome muy fuerte de la mano, ¡las bajó todas, todas! ¡Y estaba tan orgullosa y reía tanto al final, donde nos esperaba su padre! Lo tiene todo muy claro, es terca y muy luchadora. Y también es muy sentida, y, sobre todo, sobre todo, es muy cariñosa... Como al principio estábamos todos un poco contenidos, pensamos que esta contención la había llevado a buscar el amor de manera más intensa, y que por eso era tan melosa. Pero a medida que el tiempo va pasando pienso que le viene de serie. Al principio nos costó a todos: cómo se parece a Maria, cuántos recuerdos nos trae, cuánto dolor su ausencia. Incluso costó reunir a la familia las primeras celebraciones (como la primera *Mona*⁴⁸). Y les costó a todas las maestras de la guardería donde la llevamos (cómo lloraron, ellas y nosotros, el día de la Castañada cuando la llevamos disfrazada de castañera, con la imagen de Maria con un disfraz semejante, viva dentro de nuestros ojos). Pero poco a poco ella ha ido

⁴⁸ La *Diada de la Mona* o *La Mona de Pasqua* es una celebración típica en Cataluña que se celebra el lunes de pascua. Consiste en que los padrinos regalen una *Mona* a sus ahijados y ahijadas. La *Mona* suele ser una figura de chocolate acompañada o no de un pastel. Tradicionalmente las *Monas* hacen referencia a los huevos de Pascua. Antiguamente eran huevos cocidos, pero actualmente se regalan huevos de chocolate.

rompiendo la barrera, se ha ganado a todos a golpe de risa, de besos y abrazos.

Edu a menudo se lamenta de no poder tener a las dos juntas: Maria y Dolça en cuerpo físico. Cómo nos hubiéramos divertido... Yo le digo que Maria está, y que ellas se conocen. Como ocurre en todas las casas, muchas de las cosas que Dolça tiene eran de Maria. Edu y yo hemos querido que sea así. Lo comunicamos a la guardería y las maestras lo han entendido. A los abuelos les cuesta más. Ellos no han trabajado profundamente el luto y todavía les cuesta mucho encarar ciertas cosas, pero poco a poco.

Este último año hemos oído de todo: que ahora ya no toca la pena, que ya tenemos a Dolça, que tenemos que mirar adelante, que tenemos que poder hacer todo lo que hacíamos por Maria con Dolça, que ahora ya todo es ella... la gente quiere ayudar, pero sigue costando que se pongan en nuestra piel. Porque es muy difícil sentir lo que no te ha pasado. Y a todos ellos les quiero decir que Dolça no es una sustituta de Maria. Maria ha sido y será siempre. Y Dolça también. Alguien me dijo un día que cada hijo ocupa un espacio en el corazón, y que ese espacio será siempre suyo. Y así es: amo a ambas por igual, y cada una ocupa su espacio, y es un espacio presente. Maria está siempre presente, y los que nos conocen saben que Edu y yo siempre hablamos de ella. Siempre será presente y siempre estará presente. Que no lo olvide nadie, sobre todo aquellos que tratan de dejar atrás su recuerdo.

Han pasado ya dos años y medio y los mensajes de Maria continúan llegando, siempre con su intensidad y con su mirada pícaro. El último (a día de hoy) llega el día de su cumpleaños, cuando llevamos a Dolça al médico. Pedimos la primera hora, y

nos dicen que hay una doctora nueva que será a partir de ahora su pediatra (ya que la antigua pediatra ha cambiado de puesto de trabajo para estar más cerca de casa). El día del cumpleaños de Maria es su primer día como doctora de cabecera, nosotros seremos sus primeros pacientes... Y sorpresa: la doctora es la Dra. A., una de las tres doctoras que acompañaba al Dr. A. en sus visitas a Maria cuando estaba en el hospital X. La Dra. A. era su preferida, y guardamos un montón de fotos de recuerdo de las dos. Ella contiene la respiración cuando nos ve, nosotros aguantamos el tipo. No nos lo esperábamos, ninguno. Ella ha tenido dudas cuando le han pasado el nombre del paciente, ya que son unos apellidos que nunca olvidará. Nos emocionamos un poco, nos abrazamos. Y yo puedo ver a Maria cómo sonrío y me guiña el ojo. Maria y Dolça le han hecho este regalo a la Dra. A. que sufrió un duro golpe cuando Maria murió, siendo ella aún doctora en prácticas, dándole la oportunidad de decirnos lo que le había quedado pendiente «la Dra. E. y yo os tenemos muy presentes. No nos lo esperábamos, nos supo muy mal», y sabemos que ella es consciente de esta oportunidad cuando nos confesó que «siendo científicos como somos, hay cosas que uno no sabe cómo explicar...». Porque, como ya hace tiempo que sabemos, la ciencia no tiene respuestas para todo.

* * *

Aquí termina (por ahora) mi relato. Un relato de vida que pretende ser, como explico en algún momento, un legado. Un legado de luz, de fuerza, de creación, de amor. Un relato que como ha compartido conmigo mi amiga y querida Mónica (y pongo sus palabras):

Puede ser una buena herramienta para reflexionar sobre lo que nos resulta más básico y esencial ante la vida y la muerte, y a la vez nos puede acompañar en situaciones dolorosas para transformar los procesos personales que nos permitan continuar caminando.

Un relato de acompañamiento para aquellos que vivan pérdidas similares, y para los que están a su lado. Un relato para aquellos que no saben cómo encarar un hecho al que todos y todas llegaremos —que es la propia muerte o la de un ser querido—, para que lo hagan con la mejor de las disposiciones. Un relato que da continuidad a todo lo que nos enseñó Maria, y que sigue la tarea que vino a hacer a este mundo. Un relato, en definitiva, de amor. Amor a Maria, a quienes amo, a la Vida y al Mundo.



«¿Cómo saldremos de esta ...?» ¿Cómo sobrevivir a la muerte de tu hija? Cómo seguir respirando, cómo retomar el camino, cómo reengancharse al ciclo vital tras una experiencia así ... Porque, aunque no se encuentren las fuerzas ni las ganas de caminar, la vida continúa, sin ella en cuerpo presente y contigo sin una parte de ti. Falta ella, falta la luz, falta el aire y dentro de ti sólo queda un alma rota por el dolor y la desesperación. Pero de forma obstinada los días se van sucediendo y te das cuenta de que hay que volver a encontrar el sentido y la serenidad necesarias para salir adelante.

Con este libro queremos decir a todos aquellos padres y madres que han sufrido una pérdida como la nuestra que «no estáis solos, no sois extraños; somos muchos los que os cogemos de la mano y caminamos con vosotros». Este libro también lo hemos escrito para todos aquellos que los acompañan: amigos, familia, compañeros de trabajo, vecinos y profesionales. Sabemos que la muerte nos llegará a todos, pero nadie nos enseña a vivirla ni a aceptarla y cuando pasa nos encontramos sin herramientas para poder afrontarla. Y es entonces cuando aparecen reacciones torpes, que no sólo no ayudan, sino que hacen más grande el vacío, el dolor y el sinsentido.

Os presentamos nuestra vivencia, la de unos padres que perdieron a su hija. Queremos compartir con vosotros lo más valioso que tenemos. En este libro encontraréis la experiencia, el amor y la entrega de los amigos y familiares. También encontraréis la fuerza y la luz de los profesionales de la Fundación Paliaclic que acarician y ayudan a reencontrar el sentido, recuperar y conservar los recuerdos más preciados, a descubrir los sentimientos más profundos y la emoción más clara.

Una experiencia conducida por las sabias preguntas de Joan Carles Trallero y por un relato escrito por Montserrat Yuste, la madre. Un relato triste y sincero por todo lo que explica de forma clara y punzante. Pero también un relato generoso, lleno de esperanza y sentimiento, un relato que pone en valor lo más importante, lo que realmente cuenta: el amor, la amistad y la entrega que todo lo puede.

